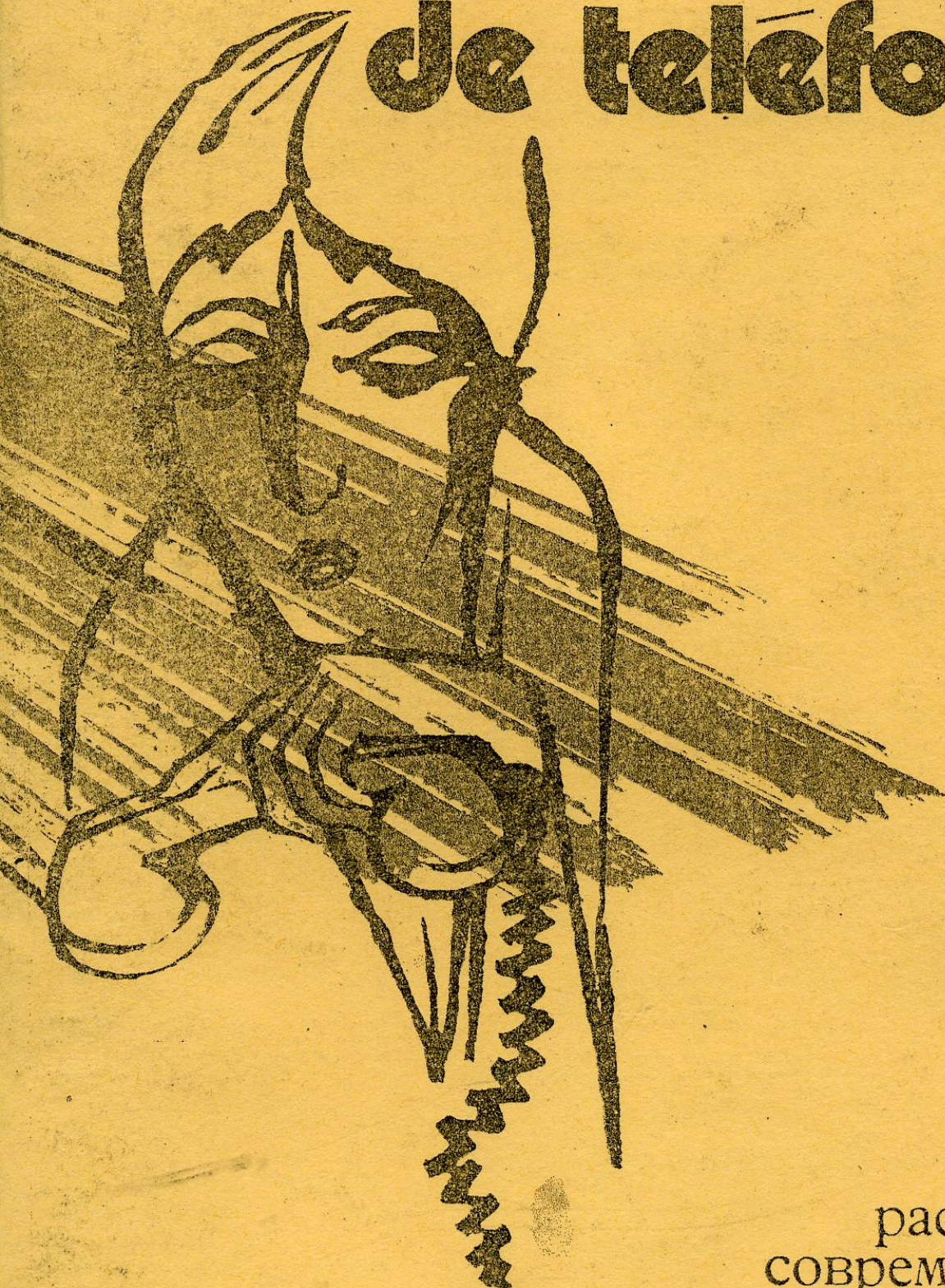


P 244

*uras fáciles*

# Golpe de teléfono



рассказы  
современных  
испанских писателей



Составление, обработка текста,  
комментарий и словарь  
Г. Г. Джанполадян, М. А. Ивахиной

## Рецензенты:

кафедра испанского языка Московского государственного педагогического института имени В. И. Ленина (зав. кафедрой доц. Н. И. Попова);

канд. филол. наук Л. В. Орлова (Высшие курсы иностранных языков МИД СССР)

Р24 Рассказы современных испанских писателей: Адапт./  
Сост., обраб. текста, коммент. и словарь. Г. Г. Джанполадян, М. А. Ивахиной. — М.: Высш. шк., 1989. — 96 с. — (Б-ка для нач. чтения)

На обл.: Un golpe de teléfono. Текст: исп.  
ISBN 5-06-000187-3

Пособие включает рассказы прогрессивных современных испанских писателей 50-х годов (Анна Мария Матуте, Франсиско Гарсия Павон, Конча Лагос и др.), раскрывающих проблемы социальной несправедливости.

Рассказы написаны живо и увлекательно. Текстовый материал методически обработан с учетом языковой подготовки студентов I—II курсов. Дан комментарий трудных словосочетаний и предложений. В конце книги дан испанско-русский словарь.

Для студентов I—II курсов неязыковых специальностей вузов и широкого круга лиц, занимающихся на курсах и самостоятельно.

Р 4602020100(4309000000)—080  
001(01)—89 253—89

ББК 81.2Ис-923  
4И(Исп)

ISBN 5-06-000187-3

© Составление, обработка текста, предисловие,  
комментарий, словарь, оформление  
Издательство «Высшая школа», 1989

## ОТ СОСТАВИТЕЛЕЙ

Настоящий сборник рассказов предназначен для I—II курса гуманитарных факультетов университетов, неязыковых специальностей вузов, и широкого круга лиц, занимающихся на курсах и самостоятельно.

В сборник включены рассказы современных испанских авторов (Анна Мария Матуте, Франсиско Гарсия Павон, Конча Лагос и др.). О каждом писателе дается краткая биографическая справка.

Рассказы расположены по степени возрастания трудностей. Тексты в сборнике адаптированы. Составители стремились сохранить лексику и стилистические особенности произведений, идя по линии незначительного сокращения текстов, лексической и грамматической адаптации.

Идиоматические выражения, реалии и трудные для понимания места отмечены в текстах цифрой и прокомментированы (см. с. 68). В конце книги прилагается алфавитный испанско-русский словарь.



## FRANCISCO GARCÍA PAVÓN

Nació en 1919, en Tomelloso, Ciudad Real. Autor de numerosos libros, algunos traducidos a media docena de lenguas, galardonado con premios como el de Crítica (1967) o el Nadal (1969), se dio a conocer en 1946 con la novela *Cerca de Oviedo*. Dos méritos fundamentales que reconocen los críticos a Francisco García Pavón: ser creador de la novela policiaca típicamente española y tener un dominio casi perfecto de las técnicas del relato breve.

### LA MISS

— Mamá, ¿para qué queremos esa miss que dice papá que va a venir?

— Para qué te enseñe inglés, hijo.

— ¿Para que me enseñe inglés?

— Sí.

— ¿Es un libro una miss?

— No, hijo. Una miss es una señora inglesa.

— ¡Ah! ¿Y en este pueblo hay muchas misses?

— No. La que te va a traer papá será la primera.

— Qué gusto. Yo sólo tendré una miss que me enseñe inglés. Ni Pepito, ni Jeromín, tienen miss.

— No, no la tienen.

— Qué gusto... Pero si la miss sólo habla inglés, ¿cómo la entenderé?

— También habla español. Posee las dos lenguas.

— ¡Ah!, posee las dos lenguas...

La madre y el hijo están sentados en un mirador que da a la calle<sup>1</sup>. Lluve constantemente. El centro de la calle, empedrado, está cubierto de charcos.

La madre cose. El niño, con la cara pegada a los cristales<sup>2</sup>, sueña, mira a la calle, medita, pregunta. Vuelve a su tema.

— ¿Y cómo son las misses, mamá?

En este momento el abuelo entra también en el mirador. Bajo su poblado bigote, medio cano y medio rojo, esconde la

punta del puro apagado. Tras las gordas gafas de oro, mira el cielo, sólido, grisáceo, feo.

— Mamá, ¿que cómo son las misses?

— Hijo — dice el abuelo —, son altas, feas, zancudas.

— ¿Sí, mamá?

— Di que no, hijo. Las hay también rubias, guapas, graciosas, como las artistas de cine.

— No hagas caso.<sup>3</sup> Todas son huesantonas, con las piernas de palo, con gafas y feministas.

— ¿Qué cosa es feminista, abuelo?

— Ya tendrás la desgracia de saberlo.

— Abuelo, ¿y dónde tienen la otra lengua?

— ¿Qué otra lengua?

— La otra. Mamá dice que las misses poseen dos.

La madre se ríe sobre la costura. El abuelo, haciendo un milagro de equilibrio, enciende el puro sin prenderse el bigote.

— Pareces tonto, hijo. Tu madre quiere decir que habla dos lenguas.

El niño vuelve los ojos a la calle, mira hacia la fachada de enfrente.

— Qué bien le irá este temporal a la tierra<sup>4</sup> — dice el abuelo.

— Sí, — afirma la mamá.

Un chico, haciendo equilibrio sobre unas piedras, intenta cruzar la calle.

...“Como las misses son zancudas, según el abuelo, cruzarían bien la calle<sup>5</sup>” — piensa el niño.

El abuelo entra en el comedor.

Comienza a anochecer.

— ¿Verdad, mamá, que será guapa mi miss?

— Sí, hijo.

— Si no, se reirán mucho mis amigos de mi miss.

— Claro..., ya verás como es bonita.

— Yo no la quiero zancuda.

— Ya verás si lo es — dice el abuelo con voz agria desde adentro. — No me gustan las inglesas, y menos en mi casa ... Piratas ... La rubia Albión...<sup>6</sup> Drake...<sup>7</sup> Fariseos<sup>8</sup> con flema. No me gustan.

— Está bueno, papá; mi marido lo quiere así y no vamos a rectificarle. Hoy la vida se concibe de otra forma. Con ingleses y todo.

— Tu marido no sabe una palabra de historia.

— Tal vez.

El niño abraza a su madre, y besándola en la mejilla, le dice al oído<sup>9</sup>:

— Mamá, ¿verdad que si sabe historia papá?

Y la madre también muy bajo:

\* Здесь и далее объяснения см. в разделе Comentarios (p. 68)



— Si, hijo.  
— La pérfida Albión — sigue el abuelo. — Bien hicimos en ayudar a los americanos en Saratoga<sup>10</sup>. Será una antipática... zancuda, siempre con la Biblia. Paganizará al pequeño. Como si en España no hubiese buenos profesores.<sup>11</sup>

- Ya está bien<sup>12</sup>, papá.
- Ya está bien, hija... Odio a la pérfida Albión.
- Mamá, ¿la miss se llama Albión?
- No, hijo; se llama "Mery".
- ¿Mery?
- Si.

Arrecia la lluvia. Sobre los turbios charcos de la calle se reflejan las luces amarillentas, eléctricas. Al encender de nuevo el puro en la oscuridad del comedor, brilla el diamante del abuelo. Brilla muy bien.

El niño mira a la calle con la cara pegada a los cristales. La madre, con la costura abandonada sobre el halda<sup>13</sup>, calla.

...La lumbre del puro, de cuando en cuando<sup>14</sup>, se aviva en la oscuridad.

#### EL PARTIDO DE FÚTBOL

El primer partido de fútbol que vi fue aquel que me llevaron el día que bautizaron a mi primo, cuando me daba el sol en los ojos<sup>1</sup>. Pero eso no vale<sup>2</sup>. No vi el fútbol bien hasta que me llevó papá desde el Casino con otros amigos suyos y nos sentamos en preferencia<sup>3</sup>.

A los toros se iba por la calle de la Feria y al fútbol por la calle del Monte. A los toros se iba detrás de la Banda Municipal, con velocidad de pasodoble; al fútbol, como dándose un paseo tranquilo.

Hacia mucho sol. Pasó un coche cargado de señoritas... Laurita, la tía y ésas, que nos saludaron con mucha algarabía.

A los toreros los llevaban vestidos, en coche. Los futbolistas — esto me sorprendió — iban de paisano, sin corbata, a pie, seguidos sólo de algunos chiquillos. Piñero, el pescadero, que era el gran delantero centro<sup>4</sup>, iba en bicicleta de carrera<sup>5</sup>, por medio de las eras. Ricardo y Blas, que eran señoritos, en automóvil.

La gente iba a los toros congestionada, con los ojos bailando, buscando grandes sangres. Con vino y merienda... Al fútbol iban así como a tomar el sol, con idea de ir luego al cine... "por matar el tiempo". Eran grupos pequeños sin mujeres, sin mantones, ni coches, ni caballos.

El fútbol hace bostezar a los sanguíneos porque no había caballos. ¿Qué iban a hacer los caballos en el fútbol, si eran hombres los que trotaban? Tampoco había heroica bandera nacional, como

en los toros. Y es que, como decía el señor veterinario, que era reaccionario, "el fútbol es natural de los ingleses, que gustan de cansarse corriendo detrás de las cosas inútiles y sin argumento". Los españoles prefieren los toros porque en ellos hay algo "práctico", hay drama.

Ya en el campo, nos sentamos en preferencia, que era primera fila a la sombra, como si fueran palcos de teatro<sup>6</sup>. Detrás de nosotros estaban las gradas. Enfrente, en general, al sol<sup>7</sup>, la gente de la calle o vulgo, detenidos por los palos que les apretaban la barriga. Era gente que daba lástima<sup>8</sup>, siempre voceando, agarrada a aquellas maderas.

Me gustó mucho cuando salieron al campo, corriendo en hilera<sup>9</sup>, los dos grandes equipos. Salían con los puños en el pecho, a paso gimnástico, los calcetines muy gordos y los uniformes muy limpios... Parecía que todos tenían las rodillas de madera, menos el portero, que llevaba en ellas unas fajillas... y en la cabeza una gorra de visera. Las botas también parecían de madera, sin desbistar<sup>10</sup>.

En el palco de al lado estaban Laurita, la tía y ésas, que reían mucho y decían que algunos futbolistas eran muy peludos.

También fue bonito cuando echaron la moneda al aire y se dieron la mano. Y la hermana de Pablo, la guapa de perfumería, le dio una patadita al balón<sup>11</sup> y reía mucho. Tocó el pito uno con traje negro — árbitro — y empezó la función, que consistía en correr todos para allá detrás de la pelota. Y de pronto todos para acá. Sólo se miraba hacia un costado del campo cuando había saque de línea<sup>12</sup>, que es muy bonito, porque el que saca hace como si se estirase muchísimo<sup>13</sup> y echa el balón a la cabeza de un camarada.

Sobre nuestras cabezas pasaban las voces de la gente, que parecía mandar mucho sobre los jugadores, aunque éstos yo creo que no hacían caso.

Como corrían para allá y luego para acá, el público lo que tenía que hacer era lo mismo: volver la cabeza para acá y para allá. Y daba gusto<sup>14</sup> verlos a todos como si fueran soldados: "vista a la derecha, vista a la izquierda<sup>15</sup>". Y muchos le daban así a la cabeza mil veces, sin dejar de comer<sup>16</sup> cacahuets, como monos locos, que masticaban, escupían y siempre se arrepentían de mirar hacia donde estaban mirando.

A los porteros se les veía metidos en el marco grande, como figurillas de un cuadro descomunal, agachados, con las manos en los muslos, mirando los cuarenta pies que corrían detrás del balón, que es una pelota cubierta con piel de zapato con cordones y todo.

El árbitro corría también para uno y otro lado, pero con carreras muy cortas, sin fuerza. Toda su potencia estaba en el



siendo, que cuando se enfiadaba por algo lo tocaba muy de prisa y muy fuerte. Y cuando estaba contento daba unas pitadas<sup>17</sup> largas y melancólicas.

Los que me parecieron más inútiles fueron los jueces de línea, que estaban la tarde entera corriendo el campo, sin hacer otra cosa que levantar la banderita<sup>18</sup> cuando la pelota se sale, como si los jugadores no se dieran cuenta<sup>19</sup> de que no había pelota tras la que correr.

Al final del primer acto los jugadores parecían muy cansados. Llevaban los uniformes empapados en sudor, con refregones de tierra. Unos cojeaban, otros masticaban limón, otros llevaban pañuelos en la frente. Tenían aire de animales muy fatigados, que no miraban a nadie, e iban como hipnotizados.

Cuando se hacía gol, y se hizo muchas veces, los futbolistas del equipo que metían el gol se abrazaban fuertemente, como si fuera la primera vez que les ocurría aquello en la vida. Los que recibían el gol no se abrazaban, sino que volvían a su línea con la cabeza reclinada.

Al acabar el primer acto, todos iban a la caseta, y les daban gaseosas, y se echaban agua, y resollaban.

Todos los hinchas iban a la caseta, así como<sup>20</sup> el cronista local, Penalty, para mirar a "los chicos".

El segundo acto fue muy aburrido. Todo el mundo estaba ya cansado de mirar a un lado y a otro. El balón, sin fuerza, iba y venía a poca altura; a veces se quedaba solo, se iba fuera y así todo el tiempo.

Los espectadores hablaban más entre ellos, contaban chistes. Los de mi palco hablaban con la tía, Laurita y ésas; les daban caramelos y reían mucho. Y hablaban de ir al cine o hacer baile en una casa, que era lo bueno.

Lo único impresionante de aquel segundo acto fue el penalty. Dejaron al pobre portero solo, destapado, y un enemigo, desde muy cerca, le dio una patada tan fuerte al balón, que el pobre portero seguía esperando el tiro cuando ya hacía mucho rato que el esférico descansaba en el fondo de la red. El portero se enfadó mucho y tiró la gorra contra el suelo y echó el balón al centro del campo de mala gana<sup>21</sup>.

Yo estaba tan aburrido, que empecé a pensar en mis cosas: en el colegio, en Palmira... También pensaba en no volver al fútbol más en mi vida, porque no le veía argumento.

Cuando salimos, casi anoecía. Hacía fresco. En el automóvil tuvimos que ir muy despacio entre el gran gentío que caminaba con las manos en los bolsillos. Mis amigos del colegio, los que eran muy aficionados al fútbol iban tan ofuscados, que no me vieron. Hablaban todos a la vez<sup>22</sup>. Aunque los llamé, no me oyeron, que así eran de aficionados.

Cuando llegué a casa, supe que el abuelo había vuelto de Valencia y me estaba esperando con un mecano que me había comprado allí. Como tardaba, se había hecho ya un puente colgante con muchas varetas rojas y verdes.

Me dieron de merendar y me puse a jugar con el mecano.

## COMIDA EN MADRID

Aquella noche, cuando acabaron de armar los muebles en la casa de aquellos señores de Madrid, los tres operarios y yo esperábamos en el recibidor, mientras el abuelo hablaba con los clientes.

La señora de la casa y el abuelo aparecieron por el pasillo hablando muy despaciosamente. El abuelo le contaba cosas antiguas haciendo muchas pausas y dando nombres de personas muertas y viejísimas... La señora escuchaba con una sonrisa caramelosa, sin cansancio. Era una señora rubia y blanquísima, como un limón. Envuelta en una bata clara se llevaba toda la luz por donde iba.

Se despidió de todos y a mi me dio un beso glotón y húmedo.

El abuelo estaba contento porque los muebles le habían salido muy buenos. Y habían gustado mucho a los señores, que le llamaron "artista"... Y habían pagado sin regatear<sup>1</sup> y no como hacían los del pueblo.

Camino del hotel<sup>2</sup>, el abuelo hacía lenguas<sup>3</sup> de la señora, de lo buena y lo amable y lo guapa que era. Y por escucharle andábamos muy despacio, parándonos a cada paso.

Cuando estuvimos en la puerta del Hotel Central — los operarios se hospedaban en la Posada del Peine —, el abuelo les dijo:

— Mañana, a las doce, nos veremos en el café María Cristina. Comeremos juntos en un buen restaurante. Os invito.

Los tres se perdieron entre el gentío de la Puerta del Sol<sup>4</sup>. Antes de las doce llegamos el abuelo y yo al café. Pidió cerveza y patatillas y se puso a hojear el periódico, que era El Liberal. Yo miraba por los ventanales el ir y venir<sup>5</sup> de la gente.

Mientras leía, de vez en cuando<sup>6</sup>, hacía comentarios en voz alta:

— "No sé donde vamos a parar" — y se quedaba moviendo la cabeza<sup>7</sup>.

Luego pasó una mujer que debía ser muy guapa. El abuelo la miró por encima de las gafas, e hizo el mismo gesto que cuando dijo: "No sé dónde vamos a parar". Al ver que yo lo observaba volvió a El Liberal.

Pasó una mujer que le ofreció lotería y después de darle muchas vueltas<sup>8</sup> al número compró un décimo. Y mientras se lo guardaba en la cartera, con mucha pausa, me contó otra vez cuando hacía muchos años le tocaron<sup>9</sup> en Valencia diez mil



pesetas. (Con las que hizo la casa nueva). Así que extendió todos los billetes en la cama, y llamó a la abuela, que estaba en el recibidor..

— Mira, Emilia.

Y que la abuela dijo:

— ¡Oh!, qué hermosura.

Y empezó a tocarlos, porque nunca había visto tantos billetes juntos.

Llegaron los operarios, muy majos y rozagantes. Venían satisfechos, sonrientes, gozando del ocio. Pidieron cervezas y más patatas y contaron, riéndose mucho, que les habían picado las chinches y anduvieron toda la noche a zapatazos con ellas.

— Vamos a comer en un sitio muy bueno — dijo el abuelo con mucho énfasis — ... En casa de Botín..

— Ya dice el nombre que ahí se debe comer muy bien — dijo Franquelin — Botín, Botón, Botán!

— Ya veréis.

Desde la taberna hasta Botín, el abuelo, que le gustaba mucho escucharse<sup>10</sup>, nos fue contando las veces que él había estado en Botín con unos políticos. Y contó lo que comieron, plato por plato, y que les trajeron vino de Rioja<sup>11</sup>.

Al entrar en Botín nos dio una oleada caliente, que olía a comidas ricas y picantes, humos de asados, vapores de sopas.

— Este olor alimenta — dijo Franquelin aspirando.

Nos sentamos a una mesa que había un poco arrinconada, y el abuelo pidió la carta. Se caló las gafas “de cerca” y empezó a leerla con gran calma. Los tres operarios, con los brazos cruzados sobre la mesa<sup>12</sup>, lo escuchaban como el más sugestivo mensaje del mundo.

— Bueno, ¿qué queréis?

— Yo carne — dijo Franquelin.

— Y antes, ¿qué?

— Carne.

— Bueno, lo que tú quieras, pero ¿qué carne?

— Pollo, lomo y chuletas. Esos tres platos quiero. Ni más postre, ni más ná<sup>13</sup>.

El camarero anotó con una media sonrisa.

Luego pidió Arias y luego Visantet, ruborizándose mucho:

— Paella.<sup>14</sup>

— Buena idea. A nosotros, paella también — dijo el abuelo, consultándome con los ojos.

Para hacer boca<sup>15</sup> pidió vino y cangrejos.

Franquelin y Arias reían tan fuerte que los señores que había por allí tan elegantes, tan bien comidos y tan medidos en el hablar, volvían la cabeza con gesto de extrañeza.

Aunque el abuelo nos recomendaba moderación, ya que

“por morenas y por cenas están las sepulturas llenas<sup>16</sup>”, ellos cada vez comían y reían más, se bebían los vasos de vino de un solo trago<sup>17</sup> y se limpiaban con el dorso de la mano.

Sólo Visantet comía muy en silencio<sup>18</sup> y con cara muy pegada al plato<sup>19</sup>.

— Esto es vida — decía Franquelin. — ¿Verdad, Visantet?

Y Visantet sonreía como triste, con la boca llena.

El abuelo empezaba a contar cosas antiguas. Nos callábamos, y ellos creo que se aburrían un poco. Por eso, en seguida, aprovechaban la ocasión para cortar con algún chiste y reírse mucho.

Como los vecinos de mesa se habían dado cuenta de que Franquelin sólo comía platos de carne, no dejaban de mirarlo y comentaban.

Tomamos café y copa y luego unos puros. El abuelo, como siempre, cortó la punta del puro con unas tijerillas y metió un poco en la copa del coñac.

Franquelin fumaba echando la cabeza hacia atrás y el humo a lo alto.

Como era sábado, el abuelo les dijo que él y yo no nos íbamos al pueblo hasta el domingo por la noche, pero que ellos se marcharan aquella tarde si querían, Franquelin dijo que si tuviera dinero se quedaría a los toros del domingo.

— ¿Y usted? — preguntó a Arias.

— Yo también me quedaría.

— ¿Y tú, Visantet?

Bajó los ojos y sonrió ruborizado como siempre.

Entonces, el abuelo sacó la cartera y con mucha parsimonia tomó un billete de veinte duros.

— Aquí tenéis cincuenta pesetas que me dio la señora para vosotros y cincuenta os doy yo. Vuestro es el mundo.

Se pusieron contentísimos y el abuelo les dijo cómo debían repartírselo, pero ya no me acuerdo de detalles.

Se despidieron de nosotros en la Puerta del Sol. Todavía me parece verlos perderse entre la multitud.<sup>20</sup>

## DOLORES MEDIO

Nació en 1914, en Oviedo. Su obra, en la que se refleja la vida y el mundo que la rodea, suele ser calificada por la crítica como literatura social. Publicó su primera novela en 1945. Obtiene muchos premios nacionales por sus obras: el premio Nadal por la novela *Nosotros*, los *Rivero* y el premio Sésamo por su obra *Andrés*.

## INJUSTICIA

Lo primero que entra en contacto con el objeto extraño, es el pie de Pablo. Precisamente en el momento en que las luces se apagan y empieza la proyección de la película.



Pablo pisa el objeto. Muchas veces le ha ocurrido esto de pisar cosas <sup>1</sup> y estar a punto de <sup>2</sup> caerse. Pero ahora, no. El objeto con que ha tropezado Pablo no es un papel grasiento, ni una moneda de fruta, ni una prenda de ropa, caída al suelo. Es...

— ¿Una cartera?— pensó Pablo Cacho, el chico que vende chocolatinas y bombones helados <sup>3</sup> en el cine más populoso y popular del barrio.

Aunque debe retirarse — tiene la obligación de retirarse del patio de butacas cuando se apagan las luces —, Pablo vuelve a recorrer el pasillo de arriba a abajo, de abajo a arriba desde la puerta al foso de la orquesta y desde éste a la puerta, hasta que el pie vuelve a tropezar con el objeto extraño.

Se agacha. Lo recoge. Lo coloca, con naturalidad, sobre la bandeja de su mercancía, sin que los espectadores, ocupados en tomar posiciones, reparen en la maniobra del muchacho <sup>4</sup>.

Pablo sale del patio de butacas sin acelerar el paso <sup>5</sup>. No debe mostrar prisa. No vayan a sospechar... <sup>6</sup>

Recuerda que una vez, encontró unos guantes. Unos guantes de piel. Algo estupendo.

Pablo Cacho no puede calcular exactamente lo que costarían <sup>7</sup> los guantes. Nunca ha comprado unos guantes. Pero sospecha que los guantes debían costar más de lo que él gana durante un mes, recorriendo la sala del cine, desde las cuatro de la tarde hasta la una de la madrugada, colocando a los espectadores sus chocolatinas y sus bombones helados.

Pablo no sabe lo que los guantes podrían costar, nuevos o usados, pero debía saberlo el acomodador, o la taquillera, o quien fuera el que se había quedado con ellos <sup>8</sup>. El, los había entregado. Había cumplido con su deber entregándoselos al acomodador. El acomodador le dijo: "Bueno, trae los guantes, por si los reclaman <sup>9</sup>". Y pensó entonces Pablo: "Me gratificarán... <sup>10</sup>"

No hubo gratificación. Supo más tarde, por casualidad, que no los había reclamado nadie. Pero los guantes de piel no volvieron a sus manos. Una buena lección para su moral, para su concepto un poco confuso de la propiedad.

Ahora se dice:

— No lo entregaré... Para que esos tíos se queden con el dinero... <sup>11</sup>

Por eso deja la caja del bombón helado y la bandeja de las chocolatinas sobre un sofá de la antesala del cine y se mete en el retrete, cerrándose por dentro, para mayor seguridad.

En la cartera hay billetes grandes. Billetes que Pablo no ha visto nunca en sus manos: cinco billetes de mil pesetas, cuatro de cien y algunos pequeños.

Pablo empieza a sudar... Es como un escalofrío lo que recorre

el cuerpo. La cosa es grave. Tiene que devolver el dinero inmediatamente.

Pablo toca la cartera, acaricia los billetes... Es mucho dinero. ¡Mucho!

— La de cosas que se pueden hacer con tantas pesetas... <sup>12</sup> — piensa. Posiblemente una casa, con muebles de esos que se ven en los escaparates... O, ¿tal vez comprar un coche?

Pero el dinero tenía dueño. Ahora depende de Pablo que el dinero vuelva a sus manos. Pero Pablo se promete que volverá.

Volverá si el dueño lo reclama, naturalmente. Porque pensar que Pablo lo entregue, como los guantes, a un acomodador o a una taquillera, es pensar algo que está fuera de los cálculos del muchacho.

Pasea por la antesala, por los pasillos, levantando la cortina de vez en cuando, para ver alguna escena de una película que ha visto ya tres o cuatro veces. Con disimulo, con un disimulo que disimula bastante mal, se toca la cartera a cada momento. Y piensa:

— Ahora, en el descanso... Si el dueño la echa de menos <sup>13</sup>, preguntará...

Pablo entra en la sala. Camina algunos pasos. Alguien le llama. Se detiene ante cada cliente. Despacha. Cobra.

Cada moneda que cae en sus manos, le recuerda lo otro. El tesoro que lleva en la cartera.

Y grita, de vez en vez <sup>14</sup>, con una voz en la que se traslucen una emoción que no puede ocultar:

— ¡Bombón helado!... ¡Chocolatinas y caramelos!

Si el hombre que ha perdido la cartera quiere comprar algo, la echará de menos. Hará algún gesto, algún movimiento. Y entonces, él...

Termina el descanso y empiezan a proyectar la película.

Durante toda la proyección de la película, Pablo sigue dando vueltas <sup>15</sup> al asunto, sin hallar una solución.

Se agarra a cualquier posibilidad que le permita conservar el dinero sin considerarlo robo. ¡Cuántas cosas puede hacer él con este dinero, si el dueño no lo reclama!

\* \* \*

Durante cuatro días ha espiado Pablo, ha recogido todos los movimientos, todos los gestos, todos los comentarios hechos en torno <sup>16</sup> suyo, esperando que alguien hablara de ello. Pero, nada. Ni un comentario. Lo que quiere decir que el hombre no sospecha donde perdió la cartera. No pensará en el cine... ¿Y si fuera un ladrón? <sup>17</sup> Tal vez por eso no la reclame. ¿Puede considerar suya la cartera?

Unas veces piensa que sí, que la cartera es suya. Otras, en



cambio<sup>18</sup>, se cree obligado a entregarla<sup>19</sup> en una Comisaría. La policía puede hacer averiguaciones... En todo caso<sup>20</sup>, si después de esto el dueño no aparece, el dinero volverá a sus manos y ya podrá disfrutarlo con tranquilidad.

Todavía pasan dos días, tres días, cuatro días más.

Por fin, se le hace insoportable<sup>21</sup> a Pablo esta extraña propiedad, que le quita el sueño<sup>22</sup>. Hoy, sí, hoy la entregará. Ya sabe donde está la Comisaría, ya ha buscado un pretexto para salir de casa temprano, con el tiempo suficiente para pasar por ella antes de ir al cine.

Camina ligero. Casi contento. Si, contento. Es feliz. No habrá comida abundante. No habrá coche... o lo que sea<sup>23</sup>. Volverá a ser pobre como las ratas<sup>24</sup>, tomará para sus gastos algunos céntimos de las propinas antes de entregárselas a su madre. Pero está contento. Ha ganado una batalla que le permite sentirse hombre y responsable.

Acelera el paso. Quiere llegar en seguida a la Comisaría, soltar pronto el dinero y volver a dormir tranquilo, con la conciencia en paz<sup>25</sup>.

En la Comisaría le llevan ante el Comisario.

El Comisario mira a Pablo con simpatía.

— ¿Una cartera? Muy bien, muchacho. ¿Contiene dinero?

Pablo vuelca el contenido de la cartera sobre la mesa y grita satisfecho:

— Dinero... Mucho dinero, señor Comisario. Mire...

— Bien, bien, muchacho, así se hace<sup>26</sup>. Eres un buen chico. ¿Dónde la has encontrado?

— En el cine donde trabajo — contesta Pablo.

— ¿Cuándo?

Pablo no sabe mentir. No debe mentir. Ya que<sup>27</sup> se ha decidido a entregar la cartera, debe ser sincero. De cualquier modo<sup>28</sup>, ¿por qué va a engañar al Comisario?

— Hace... bueno, creo que hace ya ocho días.

— Y, ¿no has preguntado?... ¿No has averiguado?...

Pablo quiere explicar algo, pero se enreda torpemente en sus palabras. El Comisario le mira. Pablo se sonroja.

El Comisario le mira ahora con curiosidad. ¿Qué significa este azoramiento del chico, sus vacilaciones, si al principio parecía tan decidido?

— ¿Has robado el dinero de la cartera, no es eso? Lo has robado y ahora tienes miedo...

— ¡No! No, señor Comisario. No he robado nada. Se lo juro. No he tocado ni una perra. Se lo juro...

El Comisario le mira ahora severamente:

— Entonces, ¿por qué no lo has entregado cuando lo encontraste?

¡Cristo! ¿Por qué? ¿Cómo puede explicar Pablo al Comisario sus vacilaciones, sus dudas, su deseo latente, que él mismo ignora, todo el trabajo que le costó<sup>29</sup> vencer ese deseo? ¿Cómo puede el Comisario sospechar que se encuentra ante un pequeño héroe, ante un niño que ha ganado solo una de las batallas más difíciles de la vida, si ni él mismo lo sabe.

El viejo, duro, acostumbrado a tratar con los delincuentes, zarandea a Pablo.

— ¡La verdad! ¡Quiero saber la verdad!

Y el muchacho tiene sólo una verdad:

— Tenía miedo de que me lo quitaran...

El Comisario le hace una ficha<sup>30</sup> y le envía a la calle.

Pablo vuelve a la calle, un poco aturdido. Le duele la injusticia<sup>31</sup>. Una injusticia de la que nadie es culpable. Cosas de la vida.<sup>32</sup> Tal vez si se hubiera quedado con el dinero no tuviera nada que justificar<sup>33</sup>. Pero entonces...

Pablo da un puntapié<sup>34</sup> a una piedra, enviándola lejos. Después pasa la mano sobre la carrocería brillante de un coche aparcado junto a la acera. Ahora se limpia con la manga la nariz húmeda y mete las manos en los bolsillos del pantalón.

Dice muy bajo, casi hablando consigo mismo:

— Pero, entonces...

## CONCHA LAGOS

Nació en 1913. Ha publicado poemas en los más importantes diarios y revistas españolas, colaborando también en revistas hispanoamericanas, francesas y portuguesas. Muchos de sus poemas han sido incluidos en antologías españolas, hispanoamericanas y extranjeras.

### UNA HORA DE VIDA

Sonó el teléfono y, aún medio dormido<sup>1</sup>, lo descolgó. La noticia le espabiló.

— Descuida<sup>2</sup>, descuida. Estaré puntual.

Saltó de la cama, calzándose a tientas<sup>3</sup> las zapatillas; a tientas también buscó el reloj y fue con él hasta la ventana descorriendo un poco las cortinas. "¡No es posible que sea esta hora!", pensó. Lo retuvo unos instantes junto al oído.<sup>4</sup> "¡Claro!", llegó tan cansado anoche que no le di cuerda<sup>5</sup>. Volvió junto al teléfono, marcó las tres cifras y esperó sentado al borde de<sup>6</sup> la cama. "Menos mal", dijo poniendo en hora el reloj.<sup>7</sup> "Pasaré antes por la oficina y escribiré unas cartas. Tengo tiempo".

Se vistió rápidamente, cogió la cartera y salió a la calle.



Parque, donde Arriaga le había citado. Se sentó y pidió un café. Con la prisa<sup>8</sup>, no había tenido tiempo de desayunar; ahora le ocurría con frecuencia<sup>9</sup>. Cada día andaba más agobiado, pendiente del reloj<sup>10</sup>, lleno de papeles; de asuntos urgentes que resolver; pasando sin descanso de una cosa a otra. Su vida era un agitado ir y venir<sup>11</sup>, una prisa nerviosa, constante, pero no podía quejarse: los negocios prosperaban. En medio de todo tenía suerte<sup>12</sup>. La cita de hoy era importante; en ella iba a quedar resuelto<sup>13</sup> algo que desde hacía meses estaba intentando conseguir. Se bebió el café de un trago y miró el reloj.

“Es extraño que Arriaga se retrase. La junta es a las doce y antes tenemos que cambiar impresiones”. Abrió la cartera y sacó un pequeño bloc. Anotó algo guardándolo de nuevo. Paseó luego la vista<sup>14</sup> por el local, casi solitario a esa hora. Era la primera vez que entraba allí. No tenía nada de extraño, ¡hacia tanto tiempo que no entraba en ninguna parte! De casa a la oficina, de la oficina al banco. Luego las juntas, las visitas, los viajes. Miró el reloj de nuevo. Las once menos cinco. “Este Arriaga... Al menos<sup>15</sup> podía telefonarme”. Su impaciencia iba en aumento. Se levantó. “Le echaré un vistazo a la calle”<sup>16</sup>. El reloj del bar dio en ese instante diez campanadas. <sup>17</sup> El alzó la vista sorprendido. — ¿Va retrasado, claro?

El dueño y un cliente de la barra consultaron sus relojes. No. No iba retrasado. Le costó trabajo<sup>18</sup> convencerse. Al ponerlo en marcha<sup>19</sup>, adelantó las agujas. “¡Qué estupidez, perder así una hora! Será mejor andar un poco. Aquí encerrado van a estallarme los nervios<sup>20</sup>.” Pagó y se echó a la calle<sup>21</sup>. Casi sin proponérselo, cruzó a la de enfrente y entró en el Parque.

La mañana era apacible, soleada. Primero caminó por el paseo central; luego, indiferente, siguió un estrecho sendero bordeado de un pequeño seto. La arena crujía bajo sus pies. ¿Desde cuándo no pisaba un parque? Ni lo recordaba...<sup>22</sup>

De los cuadros, recién regados, subía un olor fresco a tierra húmeda<sup>23</sup>. Desembocó<sup>24</sup> en una plazuela de castaños; en el centro estaba la fuente. El agua, de un verde oscuro por la sombra de los árboles, estaba quieta, como dormida. Hubo un tiempo en el que a él le divertía tirar cosas al agua para verlas flotar: hojas, cáscaras de naranjas, algún pedazo de madera. Se acercó y estuvo largo tiempo mirándola. Recordó la alameda de su pueblo, el olor de los tilos, la glorieta y su estanque. Hacía años que todo se había borrado de su memoria y ahora, de repente<sup>25</sup>, lo sentía otra vez próximo. En aquel tiempo sabía el nombre de los árboles, de los pájaros, de los insectos. ¿Cuándo y cómo empezó a olvidar todo?

Se sentó en un banco. Entre las copas de los castaños se veía el cielo de un azul intenso, limpio, sin una nube. Le impre-

sionó aquella paz, aquel silencio; era como si el tiempo se hubiera dormido<sup>26</sup>.

Un roce en las hojas le hizo volver la cabeza. Era un mirlo. Sí, seguro. Lo había reconocido por su plumaje negro, por el pico amarillo. El pájaro se mecía despreocupado en la rama de un arbusto. A veces, saltaba a tierra y picoteaba algo. Dejó de mirarle y cambió de postura. Observó sus manos abandonadas<sup>27</sup> sobre la cartera. No las reconocía. Las recordaba delgadas, ágiles, nerviosas; ahora las sentía pesadas, torpes. Le hubiera gustado<sup>28</sup> tener un espejo. Estaba seguro de que tampoco hubiera reconocido<sup>29</sup> su cara. Aquellos años los había vivido como un autómata, extraño a sí mismo<sup>30</sup>. Se apoyó en el respaldo. El cielo tenía el mismo azul intenso que cuando lo miraba de niño. No había cambiado. ¿Y si fuera todo un sueño, una pesadilla?

Cerró los ojos. “El tiempo no ha pasado. Yo soy el de antes; he reconocido los árboles, el cielo, los pájaros. ¿Por qué no puedo ser el mismo?” Apretó los ojos con fuerza para retener las imágenes. Prolongar aquella hora de vida. Recuperar por ella años perdidos.

#### LA LAMPARA

— Desengáñate<sup>1</sup>, aquí lo que hace falta es una lámpara, una buena lámpara que ilumine la mesa. No me digas que puedes pasarte sin ella<sup>2</sup>, porque te estás quemando la vista<sup>3</sup>. Ya sé que no vamos a comprarla hoy ni mañana, claro. Habrá que esperar algún ingreso o paga extraordinaria<sup>4</sup>; pero, desde luego<sup>5</sup>, tienes que hacerte a la idea<sup>6</sup>.

— Está bien, mujer; todo se andará<sup>7</sup>.

— Reconoce que es imprescindible. Ni sé<sup>8</sup> cómo puedes escribir con esa bombilla. Debe de ser una tortura. Y no me digas que es un gasto superfluo.

— Pero si no digo nada. Lo que necesito ahora es trabajar, terminar este artículo de una vez<sup>9</sup>. Tengo que entregarlo en el periódico por la mañana. Ya discutiremos eso cuando cobre.

— Insisto porque te conozco. Verás como llega el sábado, y nada; y llega el otro, y lo mismo... Así hasta sabe Dios. Apenas cojas el dinero, lo primerito, la lámpara.

El asintió con la cabeza, sin levantar la vista, haciendo esfuerzos para reconcentrarse y no perder el hilo<sup>10</sup>. Claro que le agradecía su interés y hasta creía recordar que aquello lo habían discutido ya otras veces.

La oyó, por fin, alejarse<sup>11</sup>, entrar en la cocina, abrir grifos, remover cacharros. Eran los ruidos de siempre, pero aquella noche le llegaban amplificadas.



La bombilla dejaba caer <sup>12</sup> una luz amarillenta, pobre, colgando de un cordón ennegrecido y desgarrado. ¡Cuántos años ya! Procuró alejar recuerdos, preocupaciones... Además, no había aún por qué alarmarse. Su vista era buena, exelente, y todo en aquella habitación, en aquella casa — ya se sabía — era provisional; así lo convinieron al casarse: una cama, un estante, las cuatro sillas.

¡La paga extraordinaria! Sonrió. Se esfumaría <sup>13</sup> como tantas veces, como siempre: alguna enfermedad, un par de zapatos, una camisa para él, un abrigo para ella... Algo inmediato, urgente, inaplazable.

Claro que le gustaría tener una lámpara. Una lámpara de mesa con luz íntima, suave. Hasta desprendería algún calor. Y también un piso más desahogado. Por supuesto <sup>14</sup>, nada de salita ni despacho. No, él no soñaba con un despacho, ni siquiera <sup>15</sup> con un sillón más o menos cómodo donde apoyar la cabeza alguna vez. El sólo quería un rincón suyo, independiente; un rincón alejado de la cocina, de la alcoba, del ruido, de la charla. Sólo eso; un rincón y tal vez, la lámpara. Se la imaginó con una luz misteriosa verde azulada, y él allí, en el círculo luminoso que le cobijaría, limitándole todo el contorno, limitándole la realidad, como algo inquietante y turbio que había que mantener aparte, ignorada. Le bastaría pulsar el botón para que el milagro se realizase. Aquella lámpara le acompañaría, invitándole al trabajo, a la meditación, al sueño, al descanso incluso... Y todo en ese espacio suyo, exclusivamente suyo, dependiendo sólo de su voluntad. Un espacio que él podría prolongar a su antojo <sup>16</sup> y hasta hacerlo duradero, definitivo...

La voz soñolienta llegó desde la alcoba:

— ¿Te falta mucho?

Se sobresaltó.

— Ya termino.

Apartó a un lado la taza fría de café, apagando contra ella el resto del cigarro.

El silencio se hizo de nuevo. Su mano empuñó la pluma y volvió a deslizarse por el papel...

### ANA MARÍA MATUTE

Nació en Barcelona, en 1926. Publicó su primera novela *Los Abel* cuando contaba sólo veintidós años. Autora de numerosos libros de relatos (*Los niños tontos*, *Historia de la Artamila*, *Tres y un sueño*), de tales novelas como *Primera memoria* (1960), *Los soldados lloran de noche* (1964), *La trampa* (1969).

Obtuvo los más importantes premios literarios que se conceden en España (Planeta, de la Crítica, Nacional de Literatura, Nadal). Su obra traducida a una docena de lenguas, se califica por los críticos como literatura social.

### ENVIDIA

Martina, la criada, era una muchacha alta y robusta, con una gruesa trenza, negra y luciente, arrollada en la nuca. Martina tenía los modales bruscos y la voz áspera. También tenía fama de mal genio, y en la cocina del abuelo todos sabían que no se le podía gastar bromas ni burlas <sup>1</sup>. Su mano era ligera y contundente a un tiempo, y más de una nariz había sangrado por su culpa.

Martina tenía la fuerza de dos hombres, según decía Marta, la cocinera, y el genio de cuatro sargentos. Por ello, rara era la vez que los demás criados o alguno de los aparceros mantenían conversación con ella.

— Por tu genio no tienes amigas ni novio — le decía Marta, que en razón de <sup>2</sup> su edad era la única a quien toleraba confianzas—. Deberías ser más dulce y amigable.

— Ni falta que me hace <sup>3</sup> — contestaba Martina. Y mordisqueando un pedazo de pan se iba hacia el río. Realmente, hacía pensar que se bastaba a sí misma <sup>4</sup> y que de nada ni de nadie necesitaba.

Yo estaba convencida de que Martina estaba hecha de hierro y de que ninguna debilidad cabía en su corazón. Como yo lo creían todos, hasta aquel día en que, después de la cena, siendo ya víspera de la Navidad, se le ocurrió en la cocina hablar del sentimiento de la envidia.

— Mala cosa es — dijo Marta, al fin de todos —. Mala cosa es la envidia, pero bien triste, y cierto también que todos nosotros hemos sentido su punzada alguna vez.

Todos callaron, como asintiendo, y quedaron pensativos. Yo, como de costumbre, asistía de escondidas <sup>5</sup> a las reuniones.

— Así es — dijo Marino, el mozo —. Todos hemos sentido la mala mordedura, ¿a qué negarlo? ¿Alguno hay aquí que no sintiera al menos una vez en la vida? ¡Ah, vamos, supongo yo! Menos Martina, que no necesita nunca de nadie ni de nada...

Todos miraron a Martina, esperando su bufido o su cachete. Sin embargo, Martina se había quedado pensativa, mirando al fuego, y levantó levemente los hombros. Cruzó las manos sobre las rodillas. Ante su silencio, Marino se envalentó:

— ¿Y cómo es eso, chica? ¿Tuviste tú envidia de algo alguna vez?

Todos la miraban con curiosidad divertida. Sin embargo, cosa extraña, Martina no parecía darse cuenta de <sup>6</sup> la pequeña burla que empezaba a flotar a su alrededor. Sin dejar de mirar <sup>7</sup> a la lumbre dijo lentamente:

— ¿Y por qué negarlo? Vienen ahora fechas santas y no quiero mancharme con mentiras: sentí la mordedura, es verdad.



Marta se echó a reír.

— ¿Puede saberse de qué tuviste envidia, Martina?

Martina la miró, y yo vi entonces en sus ojos una dulzura grande y extraña, que no le conocía.

— Puede saberse — contestó —, porque ya pasó. Hace mucho tiempo, iera yo una zagala!

Se pasó la mano por los labios, de revés<sup>9</sup>. Pareció que iba a sonreír, pero su boca seguía cerrada y seria. Todos la escuchaban sorprendidos, y al fin dijo:

— Tuve envidia de una muñeca.

Marino soltó una risotada<sup>10</sup>.

— Cuéntanos, muchacha, y no hagas caso, — dijo Marta. Martina siguió entonces, precipitadamente:

— Nunca hablé de esto, pero todos sabéis que cuando padre se casó con Filomena yo no lo pasé bien<sup>11</sup>.

Marta asintió con la cabeza.

— Fue verdadera madrastra, eso sí, muchacha. Pero tú siempre te supiste valer por ti misma<sup>12</sup>.

Martina se quedó de nuevo pensativa y el resplandor del fuego dulcificaba sus facciones de un modo desconocido.

— Sí, eso es: valerme por mí misma... eso es cierto. Pero también he sido una niña. ¡Sí, a qué negarlo, niña y bien niña! ¿Acaso no tiene una corazón? Después que padre casó con Filomena, vinieron los zagalos Mauricio y Rafaelín... ¡Todo era poco para ellos, en aquella casa...! Y bien, yo, en cambio, la grandullona, al trabajo, a la tierra. No es que me queje, vamos: sabido es que a esta tierra se viene, por lo general, a trabajar. ¡Pero tenía siete años! ¡Sólo siete años!

Al oír esto todos callaron. Y yo sentí un dolor pequeño dentro, por la voz con que lo dijo. Continuó:

— Pues esta es la cosa. Un día llegaron los del Teatrín... ¿recuerda usted, señora Marta, aquellos cómicos del Teatrín? ¡Madre, qué majos eran! Traían un teatrillo de marionetas. Me acuerdo que me escapé a verle. Tenía ahorrados dos realines, escondidos en un agujero de la escalera, y acudí... Sí, me gustó mucho, mucho. Ponían una función muy bonita, y pasaban cosas que yo no entendí muy bien. Pero sí que me acuerdo de una muñeca preciosa — la principal era —, lo más precioso que vi: pelo rubio hasta aquí, y unos trajes... ¡Ay, que trajes llevaba la muñeca aquella! ¡Mira que en cada escena uno diferente! Y abanicos, y pulseras... ¡Como un sueño era la muñeca! Me gustó tanto que después del espectáculo me metí adentro. Vi que la mujer del cómico guardaba los muñecos en un baulito. Y a la muñeca, que se llamaba Floriana, la ponía en otro aparte. Conque fui y le dije: “Señora, ¿me deja usted<sup>13</sup> mirarla?”

“Ella, a lo primero, pareció que me iba a echar, pero luego

se fijó más en mí, y creo yo ahora que le daría lástima<sup>14</sup> de verme descalza, rota y flacucha, y dijo: “¿Pagaste tu entrada, chiquita?” “La pagué, sí, señora”. Ella me miró más, de arriba a abajo, y por fin dijo: “Bueno, puedes mirarla si eso te gusta”. ¡Vaya si me gustaba!<sup>15</sup> Tenía la Floriana una maleta para ella sola y, ¡qué de trajes, qué de pulserinas, coronas y abanicos! Uno a uno me los iba ella enseñando, y me decía: “Este para esto, éste para lo otro...” ¡Ay, Dios, un sueño parecía! Viéndola, a mí me arañaban por dentro, me arañaban gatos o demonios<sup>16</sup> de envidia, y pena y tristura me daba, he de confesarlo. ¡Y cómo vivía aquella muñeca, cielo santo! ¡Cómo vivía! Al llegar a casa, la Filomena me esperaba con la zapatilla y me dio buena tunda por la escapada. Me subí al escaño donde dormía, en el jergón de paja. Y me acordaba del fondo del baúl de sedas mullidas, donde dormía la Floriana... Y mirando mis harapos me venían a las mientes<sup>17</sup> sus sedas y sus brazaletes. A la mañana salí con el primer sol y me fui para el carro de los cómicos, descalza y medio desnuda como estaba y me puse a llamar a voces<sup>18</sup> a la señora. Y en que salió, despeinada y con sueño, le pedí que me llevara con ellos, que, bien lavada y peinada, podía serles como de muñeca.

Marta sonrió y le puso la mano sobre el hombro.

— Vaya, muchacha — le dijo —. No te venga la tristeza pasada. Bien que te defendiste luego. ¡Poca envidia es esa tuya!

Martina levantó la cabeza con un gesto como de espantar una mosca importuna.

— ¡Y quién dice otra cosa! Nadie tiene que andarme a mí con compasiones<sup>19</sup>. ¡Fresca estaría!<sup>20</sup> ¡Cuántas querrían estar en mi lugar! De pecados de envidia estábamos hablando, no de tristeza.

## JESÚS FERNÁNDEZ SANTOS

Nació en Madrid en 1926. Autor de una docena de novelas y varios libros de relatos traducidos a las principales lenguas europeas, Fernández Santos ha sido galardonado con los más importantes premios literarios que se conceden en España: dos veces el premio de la Crítica, premio Nadal, Nacional de Literatura y Planeta. Sus primeras novelas y relatos: (*Los bravos*, *En la hoguera*, *Cabeza rapada*) aparecieron en la segunda mitad de los años cincuenta.

Con la publicación de *Extramuros* (1979) y su inmediata conversión en uno de los más sonados best sellers de los últimos años, Jesús Fernández Santos obtuvo el reconocimiento popular que la calidad de su obra merecía.

## LA VOCACIÓN

Falta apenas un minuto para la hora. El gran reloj del locutorio mueve su aguja hasta dejarla vertical. Antonio ha ensayado



folios que tiene ante sí, confusamente impresos en la multicopista de la radio. Teme habérselos aprendido de memoria. A veces sucede así de tanto repetirlos. Entonces cuando los nervios apuran, la memoria va más aprisa que la letra y se roza una frase.

El micrófono no impresiona tanto cuando al otro lado de la mesa está el compañero para sacarlo del apuro, pero ahora, en la soledad de la habitación, donde ni el rumor de las oficinas llega, siente que está sudando. Seguramente en ese momento, el director ha encendido su receptor en casa. Dicen que oye constantemente los programas. "Si este día - piensa Antonio - quedo bien<sup>1</sup>, seguro que me aceptan, seguro que me quedo de plantilla<sup>2</sup>." Se acabó, entonces, el vagar por los pasillos y las visitas monótonas a la redacción durante todo un año perdido.

El sabe que muchos de los que hoy figuran en puestos de importancia, incluso su amigo Agustín, llegaron silenciosamente como un humilde huésped cuya presencia no desea hacerse notar<sup>3</sup>. Desde entonces, jornadas aburridas de despacho en despacho, cigarros consumidos en tardes vacías, el ir y venir de los departamentos en pequeños trabajos, hasta que cierta mañana - ellos no sabrían ya decir cuándo, la voluntad invisible ha uncido a la emisora su vocación y su destino.

Cuando la música de sinfonía cesa, la luz verde desaparece. Se enciende la roja y el encargado del control, desde su puesto iluminado, hace a Antonio un gesto que quiere decir: "Ahora..."

Ya está dicha la cabecera. Vuelve la luz verde en tanto gira un disco. Un son lento, melodioso, a tono con<sup>4</sup> la mañana que comienza. Antonio, más tranquilo, contempla el lado opuesto de la mesa, el otro lugar vacío. En el programa hay párrafos para locutora. Si ésta no llega a tiempo, deberá llenar él los intervalos. Más difícil.

El disco termina. De nuevo el gesto del otro, más allá del cristal.

El director quiere optimismo por las mañanas; un tono amistoso, confidencial en los programas. Publicidad de las doce en adelante, y las tragedias a las seis, en los seriales. Ahora hay que hablar a cada escucha individualmente, en coloquio cordial, como a un amigo a quien se quiere mandar contento a la oficina.

Antonio piensa en su padre. ¿Irá su padre contento a la oficina? No. Su padre nunca escucha la radio, y menos a esa hora.

Cada vez que el hombre en mangas de camisa<sup>5</sup> le hace seña, Antonio habla, cara al micrófono, ni muy lejos ni demasiado cerca, como le han enseñado. Ahora dice las palabras con menos dificultad, casi con soltura.

Al fin alguien aparece en el locutorio.

Raquel lleva seis años en la emisora. Empezó muy joven. Se desliza por la puerta silenciosamente y llega a tiempo para leer

su parte con aplomo y rutina. A pesar de su rostro indiferente, recién salido del sueño, la voz surge amable, cargada de cálidos matices. Una de esas voces que el público conoce sin saber su nombre, tan sólo de oirla día tras día.

Tras concluir su parte, mira.

- ¿Qué tal?

- ¿Yo? Regular... - duda Antonio.

- Paco dice que bien. Me lo dijo al entrar.

Paco es del control. Le miran y él, como si supiera de que hablan, asiente.

- ¿Tú eres amigo de Agustín?

- Sí. He venido algunas veces con él.

Agustín le recomendó que se dejara ver por la redacción, por el estudio. Es la táctica de muchos, es mejor que llegar de pronto, una mañana, pretendiendo trabajo. Al fin se ha presentado una ocasión. Antonio reemplazará provisionalmente al compañero enfermo y Agustín puede sondear al director, mientras tanto.

- ¿Nunca hablaste en la radio?

- Una vez, en un concurso, con otros. Nada...

- ¿Solo, nunca?

Mueve la cabeza, negando otra vez, mientras con el índice señala su parte en el papel. Raquel, vista a la luz de la pequeña lámpara, parece joven, con esa juventud un poco ya pasada, que realiza la luz artificial. Del cuerpo no se puede juzgar. Entró con el abrigo sobre los hombros y se lo quitó sentada, un poco hombrunamente, mientras leía.

Antonio va leyendo y de pronto, incomprensiblemente, el texto acaba al volver una hoja. La garganta se seca en un instante, mientras vuelve atrás, buscando el final de la frase. Mas por allí ya pasó y cuando comprende que el chico de la multicopista, al grabar los folios, metió entre ellos uno blanco, ya Raquel hilvana sus últimas palabras dando entrada al disco siguiente.

- ¡Si tuvieran cuidado!<sup>6</sup> - arranca la hoja con rabia.

- No lo notaron. Pasa en todos los programas. Cuanto peor parece aquí, mejor<sup>7</sup> sale fuera.

Nadie lo ha notado porque a esa hora la casa duerme aún. Cerrado el despacho del director, desiertos los pasillos y la redacción, sólo una mecanógrafa ha madrugado para copiar dos recetas de cocina.

Los primeros en llegar son los botones.

- ...y calcula, toda la tarde bailando.

- ¿Con la negra?

- Con la morena.

- Parece una negra. ¿Y después de bailar?

- Después, nada.



— En una reunión. En casa de mi amigo.

— Se la saca de allí, hombre.

— ¿Y si no sale? ¡Allí te quería yo haber visto!

Entran en el guardarropa y de mala gana visten sus guerreras galoneadas.

El mayor suspira.

— ¡Cuándo seremos viejos para cobrar el subsidio!

El conserje les ha seguido con la mirada.

— ¿Has visto? Ni los buenos días<sup>9</sup>.

El guardia no comenta. El otro continúa:

— ... ni educación ni nada.

La puerta del hall se abre para la señorita Carmen. Al tiempo<sup>9</sup> que avanza, los dos hombres la contemplan, la envuelven con la mirada ociosa y triste de todos los días y ella, también como cada mañana, la ignora preguntando:

— ¿Ha venido el señor Anaya?

El conserje mueve la cabeza.

— ¿Y el señor Masavé?

— No ha venido nadie. Es usted la primera.

— Bueno, deme la llave.

— Ya está dentro la señorita Pepita.

Desaparece. La señorita Carmen, cuando quiere, hace valer su jerarquía<sup>10</sup>, su puesto privilegiado de secretaria del director.

A poco, suena el timbre del avisador.

— Acaba de llegar y ya está llamando.

— Nadie acude. El timbre suena hasta que el conserje le hace callar, atravesando el hall, camino del guardarropa.

— ¿Pero qué? ¿Os vais a pasar ahí toda la mañana?

Los botones, sorprendidos, se ofenden:

— Ya, va, hombre, ya, ya.

El pequeño, más tímido, sale primero.

— No correrá tanta prisa<sup>11</sup>, digo yo.

— ¿Y cuándo hay prisa para vosotros? La señorita Carmen está llamando.

El mayor se apresura.

— Ahí voy yo.

— ¿Pero qué pasa ahora?

— ¡Que voy yo, te digo!

A las nueve empieza la vida. Llegan las mecanógrafas, sonámbulas por el cansancio del domingo, un poco aburridas de antemano<sup>12</sup>, bajo el brazo la toalla limpia para las manos. Entra Andrés, el jefe de programas, y Agustín, el amigo de Antonio; llegan los redactores, los locutores, el viejo zarzuelista fracasado que archiva los discos, y la encargada de publicidad con sus años, su tos, y su genio irascible. Entran en tandas, según el ascensor los sube.

Por último, a eso de las once, llega el director.

\* \* \*

Cuando el director entra en su despacho, ya Andrés y Agustín esperan allí. Andrés charla con la novia. Agustín espera que el jefe encienda el receptor.

El director, como todos los lunes, llega un poco cansado. Se sienta a su mesa frente a su propio retrato que le contempla desde la pared al lado de una vieja fotografía de Alfonso XIII inaugurando la emisora.

— ¿Han leído ustedes esto? — Deja caer<sup>13</sup> un periódico del domingo.

Todos conocen el artículo excepto Agustín. Mientras lo va leyendo piensa en Antonio.

“...el hecho de que la radio, en las condiciones actuales, constituya el elemento de difusión nacional que más directamente llega a las clases populares es lo que nos hace llamar la atención hoy, no sólo sobre la baja calidad de los programas, sino<sup>14</sup> acerca de la ignorancia que del idioma hacen gala<sup>15</sup> nuestros locutores”.

El director no hace ningún comentario. Dobla el periódico cuidadosamente y lo guarda.

— ¿Ustedes creen que hablan tan mal nuestros locutores?

— Los periódicos piensan siempre lo mismo: sólo ellos tienen razón. Debe ser porque nadie les hace caso. La radio no es un negocio. Cualquiera diría que la prensa la regalan.

Andrés sigue aún explicando sus razones, pero el director ya ha olvidado el asunto. Pide los programas de la semana que Carmen deposita sobre la mesa.

De pronto, tras un final melodioso, la voz que Agustín espera, les envuelve inesperadamente. Carmen, mientras discuten, ha encendido el aparato del despacho. Todos quedan por un instante, vagamente suspensos ante el locutor desconocido. El director pregunta.

— Está enfermo Castellón — contesta Agustín eludiendo la respuesta.

— ¿Pero este chico quién es?

— Había que llenar ese turno, tan temprano...

— ¿Es amigo suyo?

También al director el periódico le preocupa.

— Este año imposible. No me metan a nadie.

La voz de Antonio llega, sigue durante la mañana.

Gabardinas. Muebles. Tapicerías. Ron. Galletas. Tejidos. Medias. Día de la Madre. Café. Maltas. Comentario del día.



poco. Pasa el hall y se asoma un momento en el departamento de su amigo. Todos los días. El portero, el conserje, le conocen. Algunos locutores recuerdan vagamente su cara. Agustín, su amigo, le ha dicho saliendo por la tarde el día de prueba: — Tú sigue viniendo por aquí; tú no lo dejes. Es cuestión de acostumbrarlos, es cuestión de paciencia.

#### EL DOBLE

Desde que la úlcera le retiró, nunca estuvo a su alcance<sup>1</sup> tanto dinero. En la antesala sólo halló tres muchachos y ninguna cara conocida. Al entrar, le examinaron fugazmente y volvieron a su charla. Hablaban de faenas, de pueblos y de toreros que él no conocía, ni aun a través de los periódicos que de vez en cuando caían en sus manos.

Apareció un hombre con gafas oscuras de concha, en mangas de camisa.

— ¿Gregorio Flores?

— Servidor.<sup>2</sup>

Uno de los jóvenes se había levantado. El hombre le mandó pasar y Gregorio Flores desapareció tras él, luego de hacer una leve seña a sus compañeros. Ellos, asimismo, alzaron la mano levemente, respondiendo:

— Suerte.

No hablaban ahora. De nuevo observaban al recién llegado, estudiándole con ese leve matiz hostil y desdenoso que para todo rival de más edad tienen siempre los jóvenes.

La habitación, la casa, los amplios ventanales que el frío de fuera mantenía opacos, le desconcertaba. Estaba acostumbrado a otra clase de oficinas menos elegantes. Se alegró de vestir el último traje de los buenos tiempos, y, preguntándose si acaso irían a volver, pasó revista<sup>3</sup> a las fotos que adornaban las paredes.

El hombre de las gafas oscuras apareció de nuevo, precediendo al chico.

— Ustedes, esta tarde a las cinco.

Así que no habían contratado al muchacho y él había perdido la mañana. Ya estaba pensando en volver, cuando la misma voz le quitó de la última esperanza.

— ¿Usted vino también por el anuncio?

Miró atrás, dudando. También se detuvieron los otros tres y escucharon desde la puerta:

— ¿Qué edad tiene usted?

— Cuarenta y dos.

El de las gafas pareció meditar, como si de memoria calculara algo.

— Usted no venga — dijo al fin con ademán negativo —, son muchos años. ¿Con quién toreó?

Esta vez mintió más. Le dijo un nombre al azar<sup>4</sup>, sacado de la prensa, siempre con el temor de que los chicos, desde la puerta, lo descubrieran.

— ¿Cuánto hace de eso?

— Dos temporadas.

El hombre, cortés, pero inflexible, le despidió.

En el segundo piso encontró a Pastor. A pesar de la oscuridad conoció su rostro. Quiso zafarse, buscando la penumbra del rincón, pero el viejo compañero fue hacia él. Como años atrás, en el café, le abrazó espectacularmente. Luego, retrocedió y, llamándole muchas veces por su nombre, comenzó a examinarle de arriba abajo.

— ¡Deja que te mire!<sup>5</sup> ¡Las veces que pregunté por ti<sup>6</sup> a los compañeros! ¿Dónde te metes? ¿No vas ya al café? ¡Hasta me aseguraron que te habías muerto! Ni hablar<sup>7</sup>, Fermín no se muere sin avisarme a mí.

Tras las risas quedaron en silencio<sup>8</sup>. Luego, Pastor, más serio, tentó con el envés de la mano el vientre del otro.

— ¿Qué tal eso? ¿Te operaron?

— Va para dos años<sup>9</sup>.

— ¿Qué tal quedaste?

— Así...

— Hay que olvidar las penas. Ven; sube conmigo — dijo Pastor.

Fue siempre así, simpático, cordial. Como torero no llegó a interesar. Ahora debían irle bien las cosas, a juzgar por su apariencia. Hizo un alto<sup>10</sup> mientras subían, para preguntar aún:

— ¿Qué hacías aquí?

Por el tono, parecía un habitual de la casa<sup>11</sup>.

— Vine por el anuncio.

— ¿Qué anuncio?

Le enseñó el recorte del periódico, que el otro pareció comprender a la primera ojeada, repitiendo el gesto del hombre de las gafas.

— Eso tiene su riesgo. ¿Qué te han dicho?

— Que no...

El amigo se encogió de hombros<sup>12</sup>.

— ¿Pero por qué? ¿Te dieron alguna razón?<sup>13</sup>

— Por viejo.

El viejo torero se había detenido. No deseaba volver otra vez a la oficina, pero Pastor, como en los viejos tiempos, le echó la mano sobre el hombro, convenciéndole.



Así supo que trabajaba ahora en asuntos de cine.

La segunda entrevista concertada el día siguiente fue bastante más larga y aburrida. El viejo torero vio caras nuevas, poco propicias a transigir. Se maravilló oyendo a Pastor discutir por él con tanto empeño.

Al día siguiente llegaron a un acuerdo. Le dieron la mitad como anticipo y firmó un seguro para caso de muerte o inutilidad.

\* \* \*

Había llegado al estadio muy temprano, a la hora que el aviso decía, pero el portero desde su cabina le advirtió:

- No tenga prisa. Es usted el primero.

Las paredes desnudas se cubrieron de moho, y el vaivén de la puerta abierta traía un viento frío que estremecía su cuerpo enfundado en la vieja gabardina. Cruzaba gente presurosa, con ojos soñolientos; un viejo con un termo en la mano; un hombre tiritando, que tras golpear con la mano en el cristal del portero, avisó:

- Estoy tomando un café. Por si preguntan...

Despertó entumecido. Anduvo unos pasos para reaccionar, acercándose a la entrada. Se entretenía en contemplar una vieja carroza arrumbada en el rincón más lejano del patio, cuando le llamaron. Era el portero.

- ¿Vinieron ya?

- Están en el plató.

- ¿Me dice dónde es?

- En el número seis. Pase por ahí. Siga todo a lo largo.

Más pasillos vacíos, largos, enormes, de muros estucados. Una hilera de puertas numeradas. Al otro lado de la seis cinco hombres alzaban sobre el piso los muros blancos de un cortijo. Se dirigió al capataz.

- ¿No está aquí el encargado del personal?

- ¿Qué encargado?

- Me dijeron que estaban trabajando en el número seis.

- ¿Quién?

- El portero.

- Está bueno ése... No sabe lo que dice.

- ¿No es éste?

- Sí, lo es. Lo que pasa es que hoy están todo el día en el solar - miró de soslayo<sup>14</sup> cómo sus compañeros alzaban la ventana enrejada e hizo ademán al otro de que siguiera.

Un nuevo patio, igual que los anteriores, a excepción del rótulo en letras negras sobre la puerta del laboratorio.

- ¿Ve el hilo del teléfono?

Tendido por tierra había un manojo de cables que se alejaba desde sus pies.

- Sígalo hasta el final.

Cuando intentó pasar la barrera de mirones le detuvo un guardia.

- ¿Dónde va usted?

- Dentro.

- No se pasa. ¿A quién busca?

Dio el nombre del encargado. Pero ya un joven se acercaba presuroso, gritando:

- Los que no trabajen, hagan el favor de salir.

Se presentó. El joven le escuchaba sin enterarse, al parecer, de sus razones. Al fin, le miró por vez primera, para preguntarle:

- ¿Trae usted el traje?

Y, antes de que llegara la respuesta, ordenó:

- Sígame. Vístase. Viene tarde...

Ya estaba con su traje oro y gualda, al pie de la barrera, en la placita de un pueblo castellano. Le maravilló que aquella complicada armazón adquiriera semejante realidad por dentro. Un grupo de mujeres, en traje de fiesta, subía desde el exterior como por los andamios de una obra, ocupando dos de los falsos balcones. Los carros que cerraban el ruedo, las gradas de madera, se hallaban repletos de hombres en traje oscuro que bostezaban y comían bocadillos.

Cuando el torero miró a su espalda, le ofrecieron un cigarro.

- ¿Qué? ¿Cuándo debutamos?

Aceptó. Tres hombres vestidos con trajes de pana le contemplaban con curiosidad.

- ¡Qué frío más negro!

- Sí, hace...

- Usted tendrá costumbre.<sup>15</sup> Ya debe soplar por esos pueblos.

- Regular.

Comenzó a liar el tabaco con cuidado.

- ¿Usted a qué viene? ¿A doblar a Pastor?

- ¿Pero no torea ése? - preguntó otro de los tres envolviéndose en la chaqueta como en un albornoz.

- Claro que torea, pero a quien le cogen es a este señor.

- Ése sabe cuidarse.

- ¿Y cuánto le pagan?

Dijo la cantidad, mientras prendía el tabaco.

- Por diez veces ese dinero no me dejaba yo meter el cuerno<sup>16</sup>.

Rieron. Sin saber por qué las bromas de los otros dieron miedo al torero. Abajo los técnicos y los obreros trabajaban a ritmo



lleva un paño un poco. Ya estaba Pastor en el ruedo. Debía llevar buen rato allí, envuelto en un gabán color canela, pero el amigo no lo supo reconocer. De todos modos el traje de luces<sup>17</sup> tampoco brillaba mucho bajo aquel cielo opaco. Avanzó saludando a un tendido imaginario. La cámara, con los servidores, corría sobre raíles, paralela a su paso, como un pequeño carrusel.

El ensayo se repitió cuatro veces. A la quinta gritaron: "¡Silencio!" Una orden en voz confidencial y, a poco, el eco nítido de la respuesta: "Rodando"<sup>18</sup>.

Pastor, triunfante, comenzó a recorrer el ruedo. Ahora cruzaba frente a su doble, ante el amigo. Y el viejo torero, viéndole sonreír, viendo a la cuadrilla devolver los sombreros, sintió vergüenza. Era absurda aquella corrida imaginaria, empezando por el final.

También los del traje de pana gritaban. Uno tiró la gorra. El viejo torero no entendió en un principio lo que decían; luego, fueron llegándole más claras sus palabras:

— ¡Míralo! ¡Guapo él!<sup>19</sup>

— ¡Bonito!

— ¡Presume, anda, presume, lúcite bien!<sup>20</sup>

Los tres se burlaban de él, mientras aplaudían, y aunque el coro de voces ahogaba sus bromas, algo debió llegar abajo, porque Pastor desvió un instante la mirada, sin detenerse en su camino.

Reían los otros figurantes. Al viejo torero le extrañaba aquel rencor. Al fin de cuentas<sup>21</sup>, tampoco ellos arriesgaban nada. Recordaba al público de las nocturnas, que después de reír a sus anchas<sup>22</sup> parecía reservar su mala fe, su afán de herir, toda su vileza, para los viejos diestros que intentaban lucirse en el último toro. Quizá éstos, también, tras la farsa silenciosa de aquella vuelta al ruedo adivinaban la verdad: el fracaso de Pastor, y él, que nunca quiso retirarse, estaba allí aguantando, repitiendo la escena hasta ocho veces, con un aplomo que hacía enrojecer al viejo compañero.

Al cabo de una hora soltaron el primer toro, huido y burriego. Sin transición pasaron a matar. Parecía una corrida muda, sin olés ni aplausos, cortada a cada instante por la voz que ordenaba al matador los detalles de su faena:

— Perfil a la derecha. Más cerca...

Iniciando la faena de muleta detuvieron la lidia porque el sol comenzaba a ocultarse. Fue preciso entretener al toro. Pastor, nervioso, con el gabán canela sobre los hombros, escrutaba el cielo...

Al fin, volvió la claridad y el torero se aproximó nuevamente a la barrera. Le tendieron el estoque envuelto en la muleta y recogieron su abrigo. Fue entonces hacia la cámara. Preguntó algo, y los otros debieron asentir. Con brusquedad sacó la espada, ordenando a los peones que acercaran al toro. Pero

tuvo que citar de lejos. Lo hizo con la muleta plegada. El toro se arrancó.

\* \* \*

El viejo torero conoce bien ese aroma incisivo y dulzón, y la blanca puerta de cristales esmaltados. La ha cerrado tras sí, acercándose en silencio a la cama de Pastor. Este, sintiéndole llegar, abre los ojos.

— No te muevas. Ya me dijo el médico que era cosa de poco<sup>23</sup>.

— Un puntazo y contusiones. Eso dice él. Como en Burgos. ¿Te acuerdas?

— Total: unos días.

Pastor le mira con compasión. Luego clava los ojos en el techo.

— Bastantes para que pongan a otro; si no pierden dinero.

— ¿Y de pagarte?

— Bien. El resto del contrato y todo esto. ¿Y a ti, cuando te toca?

— A mí me licenciaron esta mañana.

— ¿Por qué? ¿Ya no hay cogida?<sup>24</sup>

— ¡Vaya si que hay: la tuya!<sup>25</sup>

El viejo amigo cuenta cómo las cámaras siguieron funcionando, recogiendo el lance hasta el final. Cuando a la tarde fue a presentarse, le citaron para el día siguiente.

— Espere a que veamos la proyección.

Al día siguiente le despidieron. El también vio las escenas reveladas, el salto de Pastor entre los cuernos, su rostro livido, la taleguilla ensangrentada. Sólo será preciso rodar algunos metros, al final, cuando, una vez alejado el toro<sup>26</sup>, los maquinistas levantan al diestro de la arena.

El herido parece ahora descansar. Sin embargo, abre los ojos y pregunta:

— ¿Te pagaron todo?

— Todo... responde el viejo, y añade con timidez, casi excusándose:

— Acabo de cobrar el resto.

No sabe como seguir. Piensa volverle a ver, piensa en algún gran favor que el amigo pueda necesitar en tiempos venideros, pero la pausa se prolonga y no acierta a expresar su pensamiento. Busca un pretexto que le aleje de allí, pero ni aun eso es necesario. Al cabo de un rato<sup>27</sup> la luz de afuera se apaga tras los cristales y Pastor, respirando hondamente, entra en un plácido sueño.



Nació en 1925, en Salamanca. Se dio a conocer ganando el premio Nadal en 1958 con su primera novela, *Entre visillos*, en la que narraba la crisis existencial de una joven de provincias. Luego vendrían más novelas, libros de relatos, ensayos, narraciones para jóvenes, obras en las que la literatura y la vida van de la mano, se prolongan mutuamente en una relación que nunca puede excluir a ninguno de sus componentes.

## UN DÍA DE LIBERTAD

Esta tarde, cuando he vuelto a casa, Marta no estaba. Precisamente es mejor que no esté. Todo el camino lo he venido pensando, que ojalá pudiera llegar a casa y estar un rato solo. Desde que ando ocultando<sup>1</sup> lo que me pasa, lo peor son los ojos de ella. Me miran sin esforzarse, resbalando, sólo porque me parezco al que han visto otros días, todos los días. Pero yo, desde ayer, soy un poco distinto. No diré que gran cosa. La diferencia que va de un empleado a un hombre despedido de su empleo.

¿Qué diría ella si lo supiera? Seguramente nada, durante un largo rato. Y después diría lo primero: "¿Y cómo lo has arreglado?" o tal vez: "Me figuro que te habrán vuelto a admitir<sup>2</sup>." Daría por supuesto<sup>3</sup> que todo el día lo he dedicado a gestionar una solución rápida y eficaz.

Pero yo me he levantado a las ocho, como de costumbre, he tomado el café con leche, y me he ido a la calle.

A mediodía, me he encontrado rodeado de hombres que pasan aprisa con sus carteras, y me he sentido al descubierto<sup>4</sup>, sin saber adónde ir. He ensayado a ir más de prisa, a sacarme las manos de los bolsillos, pero me ha parecido que todos notaban que era mentira, que no sabía hacerlo.

Esta tarde me he pasado por la taberna para charlar un rato con Luis. No tengo conciencia de<sup>5</sup> estar obligado a haber hecho una cosa precisa en el primer día de libertad. No he pensado. No he decidido nada.

Entro en el comedor, que es la última habitación del pasillo, y me siento allí con la frente apoyada en las manos. La casa está fresca y en penumbra. Me aflojo la corbata. Miro el reloj. Ya casi son las nueve. Después de llevar un rato sentado, se nota calor. Voy a levantar las persianas.

Me asomo al balcón. Vivimos en un ático. Las mujeres han sacado sus sillas a la calle y forman pequeñas tertulias. Los niños corren, se pegan; los novios se sientan en los aguaduchos a sorber su horchata. Ya va a venir la noche. Entre las rayas de humo de dos chimeneas lejanas se está gestando una luna enrojecida y escasa. Mañana también hará calor.

Como ayer. Qué horrible calor el de ayer por la tarde. Un calor casi sólido, rabioso, que se apretaba contra mis sienes y sobre mi espalda, mientras escribía en la oficina. No digo yo que el calor tuviera culpa, pero yo sí que no necesito justificarme<sup>6</sup>. Apenas me siento mezclado en lo que ocurrió. Además, ¿por qué había de tener alguien la culpa? Pero hacía un horrible calor. Sentía la camisa empapada, y me acordaba de un recodo que hace el río de mi ciudad cerca de una pequeña presa, donde iba a bañarme de chico<sup>7</sup> con mis primos. Primero me acordaba débilmente.

El jefe de personal me estaba dictando unos oficios en francés. Tenía prisa por acabar para marcharse con la rubia que le llamó antes por teléfono; ésa a la que él contesta: "sí, querida", "desde luego, querida". Me equivoqué dos veces y me quedé atrás<sup>8</sup>; él se impacientó y me repetía las últimas frases con voz agria, insultante. No pensaba yo insolentarme, a pesar de todo. Nunca lo he hecho, ni siquiera lo he tenido en la mente como algo posible. Pero seguía pensando en nuestros baños del río, y se me acercaban los ruidos, las imágenes con una mayor claridad. Me parecía oír gritos que dábamos al zambullirnos y sentir aquel gozoso cansancio de la salida.

Algunas veces jugábamos a los indios. Nos perseguíamos medio desnudos, entre los árboles. Yo me llamaba el indio Pies de plata<sup>9</sup>. Eso era, exactamente. Qué alegría, ya tengo el nombre. Jamás hasta ahora lo había recordado. "¡Rendíos! Pies de plata arrasará vuestros poblados y arrancará vuestras cabelleras". Los niños asomaban la cabeza por detrás de los troncos. Algunos se reían, pero casi todos respondían a mi reto en el fiero lenguaje de sus tribus. Me temían bastante por que era más alto. De pronto, sin saber cómo, me tropecé con el día en que encontramos la culebra... Cruzó el recuerdo como una ráfaga y se quería volver a enterrar para siempre.<sup>10</sup> Pero yo no me lo podía dejar ir.<sup>11</sup> Me acerqué de puntillas<sup>12</sup>, decididamente, excluyendo cualquier otra ocupación, como si fuera hacia una mariposa que se va a echar a volar.

Empecé a escribir tan flojo, tan distraído, que sólo cogía las últimas palabra y ellas se enhebraban a su antojo<sup>13</sup>. Fue Germán el que nos avisó.<sup>14</sup> Eso es... El pisó la culebra, me parece. Yo estaba en el agua y le oí gritar<sup>15</sup>. Decía, ¿cómo dijo lo primero?

Miré a la ventana. El jefe estaba de espaldas<sup>16</sup>, y, cuando se volvió, extrañado por mi silencio, le miré a él tenazmente, tal vez sonriendo.

— ¿Qué? — Y en dos zancadas<sup>17</sup> se acercó a mi espalda. Leía seguramente por encima de mi hombro<sup>18</sup> lo que llevaba escrito.



dolorosamente para recordar.

— ¡Pero está usted loco! — exclamó el jefe enfadado, dando un golpe en la mesa —. ¿Qué rayos está usted poniendo?<sup>19</sup> ¿Se puede saber lo que le pasa?

Yo todavía no pensaba que iba a enfadarme. Creo que no había mudado de expresión.

— Déjeme ahora, por favor — susurré apenas, con voz suplicante y un gesto de la mano, como queriendo alejarle. Me pareció bastante explicación. Llevo diez años en la casa y nunca he pedido un favor. Creo que tengo derecho a<sup>20</sup> algunas consideraciones.

Rápidamente traté de volver a anudar la escena de la culebra, no se me fuera a pasar<sup>21</sup> ahora que ya casi la tenía, después de que había estado perdida años enteros. Perdida no sé dónde.

Germán chilló: “¡A mi la tribu!”, y ya estaban a su alrededor tres o cuatro con palos cuando yo salí...

Segundo puñetazo atronador sobre la mesa. El jefe estaba rojo de cólera. Levanté la cabeza y esta vez nos quedamos mirándonos de verdad.

— ¡A mí no me ha tomado nadie el pelo!<sup>22</sup> ¡Nadie! ¿Lo oye? ¡Nadie! — articuló fuera de sí<sup>23</sup>. Tenía el rostro congestionado, los ojos turbios de ira, y adelantaba hacia mí su gran dedo índice amenazador y tembloroso.

Entonces ocurrió algo insólito. Le miré y vi que era un extraño. Absolutamente, al pie de la letra<sup>24</sup>. Me daba cuenta de ello con una súbita e indiscutible seguridad. Se apoderó de mí esta sensación, esta certeza, a pesar de que vagamente me esforzaba por recordar que durante diez años había tenido su rostro delante del mío. Quizá si no le mirara desde la playa de piedrecitas grises, con los pies desnudos, el día en que Germán encontró la culebra, nunca hubiera podido comprenderlo. Era un ser absolutamente extraño, de otra tribu; yo no podía depender de él. El descubrirlo me proporcionaba una enorme alegría.

Entonces fue cuando me puse de pie<sup>25</sup>, le aparté de mi lado con un ademán medido y dije:

— Perdón, no le entiendo. No tengo absolutamente nada que ver con<sup>26</sup> usted. Debe haber un error en todo eso. Un lamentable error. Yo a usted no lo conozco.

Había empezado a hablar contra mi voluntad, confuso todavía por la gran transformación que dentro de mí estaba operando. Pero, al llegar a las últimas palabras: “yo a usted no lo conozco”, me apercibí de que había adquirido una total autonomía; era yo quien decía realmente aquellas palabras<sup>27</sup>, las aceptaba, me hacía solidario de ellas, las hubiera defendido con mi vida.

Sentía mi triunfo. Miré orgullosamente alrededor. De todas las mesas se levantaban para mirarme los rostros estupefactos de mis compañeros. ¿Quién me había traído a esta oficina? ¿Por dónde entré? ¿Con qué ojos había mirado esto durante diez años para no haberlo visto nunca hasta hoy? El jefe se había quedado inmóvil con la boca entreabierta. No se había movido ni una pulgada del lugar a donde había retrocedido cuando yo me levanté. Apoyaba una mano en la pared. Los lentes se le habían escurrido ligeramente hacia el extremo de la nariz, pero no se preocupaba de levantarlos. Me daba cuenta del silencio expectante de todos, de cómo contenían la respiración, igual que cuando se ha alzado el telón en el teatro, pendiente de mis nuevas palabras<sup>28</sup>. Porque yo tenía que seguir adelante. Me alentaban, me acuciaban. “Van a romper a aplaudir<sup>29</sup>”, pensé.

Y seguí. Añadí muchas más cosas, cada vez más seguro. Uno no se explica por qué muchas veces que quiere gritar la voz no le viene; se le estanca como en las pesadillas, cuando lucha por despertarse, y en cambio un día, de repente, con mayor naturalidad, sin pretenderlo, sin que aparentemente haya cambiado ninguna cosa<sup>30</sup>, la voz acierta a salir como por un grito abierto y alcanza a salpicar vigorosamente a todas partes<sup>31</sup>, y se ve lo fácil que era. Hablaba de egoísmo y rutina, de injusticia social, de hipocresía, hablaba de la muerte y de la guerra. Yo mismo me sorprendía de mi elocuencia. A medida que<sup>32</sup> hablaba, lo hacía con mayor entusiasmo. Era una ocasión única. Allí, a mi alrededor, se alzaban hacia el mío los rostros de mis compañeros de diez años, como despertados de una larguísima siesta, y el del jefe, redondo e inmóvil como un enchufe. Hablaba con pausas. “Ya estoy despedido — pensaba de cuando en cuando —. Ya estoy despedido”. Y no me podía parar.

Luego, en un cierto momento, que no sé cuál fue, ni a qué distancia estaba del comienzo, cogí mi carpeta, abrí la puerta y me fui a la calle.

La verdad es que he perdido un buen empleo. Casi salía por las dos mil pesetas, y luego las horas extraordinarias<sup>33</sup>, que las pagaban aparte. Además, pensándolo bien me consideraban bastante. Y, en cierto modo<sup>34</sup>, era agradable sentirse llamar por el apellido y que le dieran a uno la mano. Era yo de los más antiguos en la casa. Sé que los clientes decían a sus amigos: “Tú vas y preguntas por J., uno muy amable”.

Estoy inquieto. He vuelto a entrar en el comedor y he dajado el balcón abierto. Detrás del cristal del aparador hay un retrato de mi mujer con mantilla española. Parece que me está mirando intrigada. A ver en qué paran mis reflexiones, o a ver si paran en alguna parte. Como si me dijera: “Bueno, y entonces,



una voz mas alta que otra. Sería inconcebible enfadarse con mi mujer. Todo está a punto<sup>36</sup>! Ordenado, dispuesto. De cuando en cuando hay que devolver una visita. Ella dice: "Si no quieres no vengas". Pero yo, claro está, siempre voy. A casa de su hermano Julián a jugar al tresillo, a casa de los López, a ver a la tía Clara, que nos regala lilas en primavera. Marta las reparte en cacharros con bastante arte.

¿Qué explicación daríamos a toda esta gente de lo de mi despido?

Estoy tan abstraído que no he oído venir a mi mujer. Ni el chirrido de la llave en la puerta de entrada, ni su taconeó por el pasillo. Alzo los ojos y la veo de pie delante de mí.

- Hola, ¿qué haces aquí tan a oscuras<sup>37</sup>?

Es verdad. Ya casi no se ve en la habitación, aunque mis ojos se han ido acostumbrando gradualmente. Y ni siquiera tengo cerca el periódico para que se dé cuenta de que hasta unos instantes he podido estar leyendo. Me siento turbado.

- Nada, te estaba esperando. ¿Por dónde has andado?

Se ha sentado a contraluz entre el balcón y yo, y mientras habla, se quita los zapatos con un gesto de alivio.

- He ido al cine con Julián y Pura. Vinieron un rato esta tarde y me animaron. Era sesión continua<sup>38</sup>; llegamos con la película empezada y yo quería verla entera. Por eso he tardado un poco.

- ¿Qué tal era?

- Bonita. Del Oeste.

Ahora se levanta descalza, con los zapatos en la mano.

- ¡Ay! ¡Qué gusto!

Se ha acercado a la puerta.

- ¿Adónde vas?

- A preparar la cena. ¿Has merendado algo?

- No.

- En la fresquera había cosas.

- No he tenido gana<sup>39</sup>.

Sale. Enciende la luz del pasillo. Luego la de la alcoba. (Se está poniendo las zapatillas). La apaga. Apaga también la de la alcoba. Enciende la de la cocina.

La cocina es pequeña y cuadrada. Reluce de tan limpia. Me siento en una silla. Mi mujer manipula en el fogón, se acerca a los vasares, a la ventana, se inclina.

Ahora se lo diré. Ahora, cuando se ponga a encender el hornillo de gas. Ahora, que está de espaldas.

- Marta.

- ¿Qué?

Apenas la he oído. Tal vez no me ha contestado siquiera.

No se vuelve. No se lo digo. No se lo puedo decir.

Pequeña pausa.

- ¿Qué pasa? ¿Qué querías?

- No quería nada. ¿Por qué no me cuentas la película que has visto?

- ¿La película? Bueno - se sonríe -. No sé si te la sabré contar bien. Es de unos que roban ganado.

- Cuéntala, por favor.

Sin dejar de moverse por la cocina, empieza mi mujer su narración. De cuando en cuando se olvida de algunos detalles y tiene que volver para atrás. Se interrumpe, me mira y se ríe, como con azaro<sup>40</sup>.

- Anda, sigue, mujer.

Decididamente no le digo nada. Tengo que arreglarlo. Mañana mismo. Iré a pedir perdón. Es lo mejor. Hoy mismo debía haber ido. Hubiera sido más eficaz. A lo mejor<sup>41</sup> me admiten de nuevo. Aunque no sé; metí demasiado la pata<sup>42</sup>. Diré que fue el calor. Le echaré la culpa al calor.

En fin, y si no, iré a hablar con el señor Cano. El una vez me dijo que le tenía a mi disposición<sup>43</sup> para todo. Incluso me ofreció un empleo bastante bueno en su empresa. Cano me da otro empleo. A lo mejor hasta con más sueldo. O, por lo menos<sup>44</sup>, igual. Yo conozco bien el francés; y soy buen mecanógrafo<sup>45</sup>. Y taquígrafo. De mucha práctica. Para español y francés. No todos sirven, qué demonio.

Mañana, mañana mismo. Realmente, me despedí yo solo. Nadie me dijo que me marchara. A lo mejor me admiten, si cuento lo del calor. Diez años es mucho tiempo, y nunca han tenido queja de mí. Siempre, J. para arriba, J. para abajo... Así no le tendría que explicar nada a ella.

Sí, sí. Lo arreglaré. Volver al cauce.<sup>46</sup> ¿Por qué no habré ido hoy? Con tanto tiempo libre...

Pero mañana mismo. A primera hora. Lo tengo que arreglar, Dios mío. Lo tengo que arreglar.

## CARMEN LAFORET

Nació en 1921, en Barcelona. Es una autora a la que hay que acudir como punto de referencia cuando se trata de hablar de gran desarrollo de la novela femenina. Con su primera novela *Nada* (1945) obtuvo el premio Nadal. Sus otras obras son: *La isla y los demonios* (1952), *La mujer nueva* (1955), *La insolación* (1963), muchas novelas cortas.

## EL VERANEÓ

- Anda, ahora, a darte un paseo.

Se lo había dicho su hermana, empujándole con el



tan calvo. Parecía mentira una cosa así, sólo en diez años. Pero eso era la vida en la ciudad, que tanto había anhelado ella. Un terrible desgaste, sufrimientos quizá... Aquí se repondría. Volvería con nuevos bríos a la brega. Más adelante, cuando él triunfase, ningún sacrificio pasado tendría importancia.

Se volvió para mirarle mientras se alejaba. En la distancia se parecía más al antiguo Juan Pablo, tan querido y admirado.

Ahora se alejaba hacia la carretera que corría entre pinares, según le había aconsejado ella. Un campesino, se cruzaba con él, mirándole con expresión de estúpida curiosidad, mientras guiaba su carro de vacas.

"El hermano de la maestra", pensaría aquel hombre, admirándose como si tratara de una pieza de museo.

"¿Por qué serán así estas gentes?", se dijo Rosa, como ya lo había hecho, en aquellos diez años, tantas veces.

Sólo seis kilómetros carretera abajo, junto al mar, había un pueblo de pescadores. Las casas aparecían allí blancas y cuidadas. Las gentes tenían un aire más afable. Los niños iban limpios. Era otro mundo. Aquí...

Desde la puerta de su casa la maestra miró, ya sin acritud, aquel puñado de casas de la aldea. Casas terrosas, con olores de cerdo y vacas que no apagaban, sin embargo, sino que se fundían armonizando con el fuerte aroma de los pinos. Hacía una tarde hermosísima. Ella hubiera acompañado con gusto a Juan Pablo en su paseo. Pero había pasado la tarde trabajando en la huerta y se sentía rendida. Además, temía cansarle. Había observado su disgusto al verla con la tez curtida y las manos ásperas como una campesina.

- No te cuidas, Rosa. Tienes sólo treinta años y...

Ella enrojeció un tanto. No sólo porque le molestaba el reproche - allí, en aquella soledad, siempre había creído parecer muy joven y delicadamente cuidada. Por lo menos<sup>1</sup> más joven y cuidada que cualquier mujer de la aldea de sus mismos años -; también había enrojecido porque, sin decirlo, estaba aterrada de la terrible huella que los años habían dejado en su hermano, y lo pensaba en aquel momento. Esto había sucedido en la noche anterior, cuando, apenas llegado él, se había sentado a cenar. Rosa comprobó que su hermano comía sin fijarse en las buenas cosas que ella había preparado. Los platos estaban colocados con gusto sobre el mantel blanquísimo. En el centro de la mesa, Rosa había puesto un cacharro con madresevas.

- Quitá eso - dijo Juan Pablo, señalando las flores -, quiero verte bien.

Rosa, en silencio, quitó el florero. Sabía que nadie en la aldea hubiese apreciado esta fineza. Pero había esperado que a Juan Pablo le gustasen.

La conversación se hizo penosa. Juan Pablo comía.

- ¿Te gusta?

- Sí, mujer. Vengo hambriento...<sup>2</sup> Pero realmente aquí tenéis demasiada grasa. Demasiada carne y patatas... A ti se te nota. Has perdido la línea<sup>3</sup>.

Ella se encogió de hombros y sonrió para disimular su confusión. Era horrible. Tanto tiempo esperando esta visita del hermano y ahora cada una de sus palabras la herían. Claro que bastaba mirarle la cara para que su disgusto se cambiara en piedad. ¿Dónde estaba Juan Pablo que ella recordaba? Este parecía un enfermo. Quizá lo estuviera. Por lo menos, agotado, sí...

- Juan Pablo, ¿trabajas mucho ahora?

- No, mujer.

Parecía él a su vez<sup>4</sup> molesto. Rosa quería animarle a toda costa<sup>5</sup>. ¿Qué habían hecho sus amigos en aquel tiempo? ¿Qué nuevos escritores surgían? ¿Quiénes triunfaban en Madrid?

Volvía al lenguaje de su adolescencia. Juan Pablo y ella, en otros tiempos, habían hablado de estas cosas durante horas...

Juan Pablo la complació al descubrirle la vida literaria y artística de la capital, según él la veía.

¿Conocía Juan Pablo a Zutano o a Mengano?<sup>6</sup>

Sí, los conocía. Eran tipos sin talento alguno.

Pues, según él, ¿quién valía la pena?<sup>7</sup>

Nadie. Juan Pablo no admiraba a nadie por el momento<sup>8</sup>. Nadie valía nada. Ni los consagrados por cierta popularidad, ni los viejos maestros, ni los jovencillos que apenas disputaban.

- Pero, ¿no tienes amigos?

- Todos esos de quienes hemos hablado son mis amigos. Pero eso no quiere decir que valgan nada. Un tiempo hubo en que me dejé engañar<sup>9</sup> por sus majaderías... Hoy día sé que ninguno es capaz de descalzarme. Si yo escribiese un libro...

- ¿Por qué no lo haces, Juan? - lo decía ingenuamente, entusiasmada al fin.

El le dio un cariñoso golpe en la mejilla.

- No uno, sino diez o quince podría escribir el próximo invierno si quisiese. Depende de las ganas. Tampoco merece la pena<sup>10</sup> de matarse. La vida es demasiado buena.

Rosa le escuchaba. Estaba acostumbrada a creer en él y a admirarle ciegamente. Le había querido más que a nadie en su solitaria vida. Ahora le tenía por un mes entero a su lado. Deseaba sentirse muy dichosa... Le encontró cara de cansancio y lo mandó a la cama.

- Nunca me acuesto antes de las tres - protestó Juan Pablo -. Pero tienes razón, este silencio... Esta orquesta de grillos allá fuera y esta luz temblorosa aquí dentro le molestaban.



Rosa, después de recoger los platos, subió a su propia habitación. Se sintió cansada, vieja y triste. Acercó una vela al espejo de encima de su tocador. Vio brillar allí unos grandes ojos verdes y una boca firme y dulce. Ella sabía que en otros tiempos había sido bonita. Incluso, a aquella luz sombreada y cambiante de vela, lo parecía aún... Luego, sin saber por qué, se echó a llorar<sup>12</sup>.

Juan Pablo empezó su vida de veraneante con aquel paseo. Caminaba abrumado por la hermosura del paisaje, nuevo para él. La carretera, en descenso, presentaba una nueva maravilla a cada curva. Le picaba el sol en el cuello. Con el pañuelo secó unas gotas de sudor en la frente.

Quizás era verdad lo que uno de sus amigos, médico, le repetía con frecuencia. Quizá le convinieran unas vacaciones con mucho sol, aire puro y buena comida campesina. Pero no cabía duda<sup>13</sup> de que todo esto era fastidioso. Hizo una mueca. Si se había decidido a venir era sólo porque en el mes de agosto la tertulia de Madrid se volvía muy desanimada. Claro está que también porque este año sentía el calor más que en años anteriores. Tosía mucho... Él, hombre de ciudad cien por cien<sup>14</sup>, se sentía empujado, con un color demasiado blanco, delicado como un gusano entre los campos de Dios...

Era absurdo, completamente absurdo, que a aquella hora de la tarde estuviese él allí, en lugar de<sup>15</sup> estar en el café discutiendo, aguzándose el ingenio al comentar la última exposición, la situación política del mundo entero, o al inventar, improvisado, los argumentos de sus futuras obras. Juan Pablo era un verdadero "as" del café. Allí era escuchado y admirado siempre. A la salida<sup>16</sup>, los amigos movían la cabeza.

— Es una lástima.

Era una lástima que malgastase así su talento, su memoria, su cultura. Los raros artículos que publicaba no daban idea de la brillantez de su conversión. Su obra — como la de Sócrates<sup>17</sup>, decía él, estaba allí, en aquel torrente de palabras, en el comentario diario, vivo, animado. Para eso vivía.

Aunque sabía que muchos de sus conocidos habían dejado de creer en él, estaba seguro de que tarde o temprano haría una obra grande. Una cosa "definitiva", magnífica. Algo que quedase para siempre.

— No quiero lanzar un libro<sup>18</sup>, sino quince o veinte a la vez — era su cantilena —. Recoger en una temporada de trabajo intensivo todo lo que no he hecho estos años.

Pensando, las piernas se movían con soltura y agilidad. Muy pronto se encontró en el pueblo de mar de que le había hablado su hermana. Era muy pintoresco. El agua espejeaba,

copiando el colorido de árboles y casas. Un aliento húmedo y fresco recompensaba el esfuerzo de la caminata. Decidido a cumplir enteramente su programa de veraneante, se orientó hacia la playa. Había marea alta y estaba solitaria. Buscó un rincón tranquilo donde desnudarse, junto a unas rocas, y de un paquetito preparado por Rosa sacó su traje de baño a rayas<sup>19</sup>. Se sintió feliz de no verse observado.<sup>20</sup> Las piernas resultaban increíblemente blancas y raquílicas y las consideró pensativo<sup>21</sup>. Luego se acercó a la orilla, probando el agua fría con la punta del pie y retirándose en seguida con un salto de disgusto. Miró a su alrededor. Nadie. Sólo una bandada de gaviotas pescadoras. ¡Ah, sí! Sobre la roca, un hombre, pescador también. Al parecer, abstraído en su tarea. Juan Pablo, que había recibido una excelente educación, pero que en el transcurso de los años la había olvidado, soltó dos o tres tacos<sup>22</sup> fuertes y se lanzó al mar.

Fue una impresión terrible. Tragó agua. Emergió rápido, pues un instante cruzó por su cabeza la idea que no haría pie<sup>23</sup> y que se ahogaría sin remedio<sup>24</sup>. El agua le llegaba a la cintura. Se sacudió y una desconocida sensación de fuerza y alegría le embargó todo. Descubrió que el mar estaba templado, tonificante, hermoso. Avanzó con precaución hasta que sintió el agua en su cuello firmemente asentados los pies en la arena. Entonces, desde la roca le llegó la voz.

— Amigo, si no se sabe nadar, no se adentre tanto...

Era el pescador. Tenía el rostro de facciones finas y curtidas, y se sonreía. Fijándose en él se veía que no debía ser un profesional de aquel arte. Continuó:

— Yo tampoco sé nadar. Por eso se lo advierto...

Un rato después, Juan Pablo y el hombre de la roca charlaban en la arena, mientras el primero, recién vestido, ofrecía un cigarrillo. El pescador se presentó. Como había adivinado Juan Pablo, la pesca para él era sólo un entretenimiento.

— ¿Veraneante?

No. Era médico del pueblo. Hacía muchos años que estaba allí viviendo.

Juan Pablo le encontró simpático. Solía tener impulsos de afecto repentino hacia las personas. Ahora el médico le pareció un estupendo compañero. Sobre todo al decirle que en aquel pueblo había un café bastante aceptable. Se dirigieron hacia allí. Juan Pablo le explicó que venía de una aldea cercana, terrible en su rusticidad para un hombre como él.

— ¡Ah, sí! Terrible — dijo el médico —. Allí voy yo algunas veces. Generalmente en invierno y con barro hasta las rodillas...



era una criatura espiritual y deliciosa...

Sí, lo era. Un encanto de chiquilla.<sup>25</sup> Juan Pablo la había querido mucho. El mismo la había orientado en sus lecturas de adolescente y había discutido con ella sus problemas de incipiente intelectual. Era una persona resuelta, original, independiente. Juan Carlos creía en la muchacha. Mil veces se sintió orgulloso de ella. La madre, casi anciana, triste y bondadosa, no tenía medios para mandarla a Madrid con Juan Pablo, como los dos deseaban. Juan Pablo decidió que la llevaría a Madrid después de ganarse él las oposiciones<sup>26</sup> y le costearía la carrera. Estaba decidido. Rosa sacó plaza en la aldea y se vino a ella. De esta manera la asignación que en Madrid necesitaba Juan Pablo se hizo menos penosa para la madre, que pudo cerrar la casa y marchar junto a la otra hija. Rosa tenía entonces diecinueve años.

— Yo la conocí el día en que llegó. Una figurita de nada, pero tan resuelta. Envuelta en un impermeable, con los ojos brillantes de rabia porque nadie quería alquilarle un carro para llevar sus maletas a la aldea... Yo tuve un impulso y le presté mi caballo para transportar aquellas maletas, y la acompañé, andando los seis kilómetros en cuesta<sup>27</sup>. En seguida comprendí que no sabía dónde se había metido. Venía llena de ilusiones reformistas para la escuela... ¡Qué sé yo!<sup>28</sup> Muchas cosas había pensado. También tenía que estudiar y prepararse — me dijo —, porque el curso próximo pensaba ir a la Universidad. Yo, ¿sabe usted?, me enamoré de ella como un tonto... También era muy joven yo entonces. Acababa de llegar aquí.

— ¿Y ella?

— Ella, no... en absoluto. Quizás se hubiera fijado más en mí si no hubiera sido por las ilusiones que tenía en su porvenir. Odiaba la vida campesina, y yo, usted ve, soy un hombre gris, sin más aspiraciones que este pueblo en que vivo... Tenía tesón. Pasó un horrible invierno de lluvia, soledad y frío... Sé que lloraba en su casa, donde el techo se ponía musgoso y se le enmohecían las sábanas en los armarios. Las criaturas que tenía a su cargo<sup>29</sup> eran torpes y cazurras, y se reían de ella a escondidas. Era demasiado pura, ingenua, para vivir allí. Salía a dar grandes paseos sola, bajo la lluvia incesante, y la empezaron a tomar por loca<sup>30</sup>. Me presenté yo, cuando estaba más desesperada. La creía en un buen momento... y me dio calabazas<sup>31</sup>. Me las volvió a dar cuando, unos meses después, tuvo que hacer un viaje y volvió vestida de luto por la muerte de su madre. Al parecer, esperaba siempre que la llamase de Madrid un hermano que tenía que ganar no sé qué oposiciones famosas... Han pasado once años y todavía espera...

— ¿Usted cree? — Juan Pablo se sentía molesto y sin saber por qué, con remordimientos. Le cobró un extraño rencor<sup>32</sup> a aquel hombre que iba a su lado.

— No creo, no... — decía el médico, contestando a su pregunta. Era un decir...<sup>33</sup>

Estaban en el café del pueblo, sentados frente a frente<sup>34</sup>, y empezaban a colocar las piezas en un tablero de ajedrez.

— No. Rosa hace mucho que dejó de creer y confiar en su hermano. Se ha hecho una campesina. Planta patatas en su huerto con sus propias manos, ceba su cerdo y cría gallinas. La gente del pueblo la respeta...; pero, para llegar a eso, ¿se imagina usted lo que ha tenido que sufrir la pobre? Soledad, hambre espiritual, continuas decepciones después de sus esperanzas siempre avivadas. A mí me causa mucho respeto, ¿sabe?, y me da una pena<sup>35</sup>, cuando la veo con su tez curtida y sus trajes mal cortados. Trabaja rudamente. No tiene tiempo, se me confiesa cuando la veo, ni para leer...<sup>36</sup> Espero que tampoco para pensar demasiado...

Juan Pablo no sabía que decir. Al final masculló una pregunta que se le atragantaba:

— ¿No la quiere usted aún, acaso?

— No, no amigo, eso fue pasando... Son cosas de otros tiempos, ¿sabe? Ahora estoy casado. Tengo cuatro chicos y soy feliz.

El hombre se arrellanó en su silla y encendió una pipa. Luego empezó a pensar en su jugado... Ganó la partida. La irritación de Juan Pablo hacia aquel hombre iba creciendo según la tarde avanzaba. Había creído haber hecho un hallazgo al encontrarle y, con sus historias, le había estropeado no sólo su primer día de vacaciones y su paseo, sino, quizá, hasta el verano entero. Ahora veía a Rosa siempre acusándole con sus ojos mansos. Al parecer le había estropeado él la vida. Eso, por lo menos, es lo que había dado a entender el tipo este, el médico... Pero bien sabía Dios que no era culpable. Nunca estuvo en situación de cargar con su hermana. ¡Ah! El también había pasado malos ratos aquellos años. Había pasado hasta hambre...<sup>37</sup> Quisiera él decirlo a ese médico...

Le volvió a mirar, enfadado, y vio que sonreía socarronamente. Cayó en la cuenta<sup>38</sup>. Aquel hombre sabía que él era hermano de la maestra. En estos pueblos se sabe todo lo que pasa en diez millas a la redonda<sup>39</sup>. El médico había contado su historia por el puro placer de fastidiarle y molestarle...

Por unos momentos la rabia le cegó. Pensó insultar a su reciente amigo. Luego, fue cediendo. Al fin y al cabo<sup>40</sup>, todo esto no era más que una suposición... Apartó el tablero.

— No juego más.



— ¿Qué?  
— Que no juego más. Me voy.  
El otro chupó la pipa.  
— Sí, es tarde — comentó despacio — y tiene usted que andar mucho. Espero que nos veremos otro día. Quizá volverá a dar otro paseo por aquí.

— No creo. Me parece que no me verá usted más.  
— ¡Ah!, bien. Entonces, adiós.

El hombre aquel no tenía ganas de discutir. Se quedó en el café y pidió un vaso de vino cuando Juan Pablo salía.

La caminata de vuelta le cogió con el cuerpo y el alma cansados. No era para él aquel aire puro, aquel sano ejercicio. No podía resistir mucho tiempo. Nada importaban las sábanas limpias ni la comida grasienta de la aldea. ¿Por qué no dejar todo y volverse al día siguiente mismo a Madrid? Buena sorpresa la de los amigos al verle llegar, tan pronto.

Su vida de pereza y de absoluta independencia se le apareció radiante de atracción y felicidad. Por algo no quería dejarla<sup>41</sup>. Había que volver rápidamente a ella.

“Cuando llegue a casa se lo diré a Rosa, sin rodeos<sup>42</sup>”, decidió. “Mañana me voy”.

Y al llegar de vuelta de su paseo, muy tarde y rendido, cuando apenas ella le abrió la puerta, se lo dijo.

## ALVARO DE LAIGLESIA

Nació en 1922, en San Sebastián. Comenzó a escribir a los quince años. Publicó su primera novela en 1945, y desde entonces ha publicado más de treinta libros, novelas en su mayor parte. El género en que Alvaro de Laiglesia ha dado toda su medida de escritor es la novela. Es actualmente el humorista más leído en lengua castellana. Talento, gracia, originalidad, inventiva y fuerza expresiva son las cualidades que le caracterizan.

### UN GOLPE DE TELÉFONO<sup>1</sup>

Era viernes. Un viernes otoñal, feo y lluvioso. Pero Luisa ya se había arreglado para salir, porque todos los viernes por la tarde iba al cine con su marido. Y mientras esperaba que él llegase de la oficina a recogerla, sonó el teléfono.

Luisa, que estaba sola en casa porque la criada también salía los viernes, contestó a la llamada:

— ¿Diga? ... Sí, aquí es... Don Adolfo Méndez vive aquí en efecto. Pero no ha llegado aún. Quién le llama?...

Luisa tuvo un ligero sobresalto antes de continuar:

— ¿Cómo?... ¿Ha dicho usted la policía?... Pues él no puede tardar. Me llamó desde la oficina hace ya un rato, para decirme que salía hacia acá... Yo calculo que dentro de un cuarto de hora, o veinte minutos... ¿Puede decirme a mí de qué se trata? Soy su mujer... Sí... Sí...

Nuevo sobresalto de Luisa, cuya voz sonó ligeramente alterada cuando dijo:

— ¿Tomarle declaración?... ¿Por qué?... ¿Qué es lo que tiene que declarar mi marido?... ¿Qué?... ¿Cómo, cómo?... ¿Homicidio?... Repítalo por favor... Sí, sí... Descuide. Se lo diré en cuanto llegue... Adiós... Hasta luego.

Le dejó aquel golpe de teléfono muy preocupada. Pensativa, se sentó en una butaca que había cerca del teléfono. La preocupación hizo que se acentuaran en su rostro los pliegues de algunas arrugas. Muy pocas, porque Luisa era joven aún. Pero a ninguna mujer le favorece fruncir el entrecejo<sup>2</sup> como ella lo frunció. Y menos a Luisa que tenía unas facciones regordetas y apacibles, típicas de la esposa tranquilamente feliz, a la que su marido proporciona una vida doméstica sin problemas<sup>3</sup>.

Con seño estaba todavía<sup>4</sup> cuando Adolfo llegó de la calle. El señor Méndez era bastante mayor que su mujer y mucho más grueso. No es que fuera un hombre gordo<sup>5</sup>; pero su sastre, previsor, había empezado a hacerle los trajes con anchos dobladillos, porque estaba engordando con mucha rapidez.

— ¡Hola, Luisa! — saludó a su mujer, mientras se quitaba el abrigo en el vestíbulo —. Hoy tuve suerte con el tráfico. Hace tan mal tiempo, que apenas ha salido nadie. ¿Estás ya lista?

Pero Luisa, que había salido a su encuentro, no contestó a su pregunta y se limitó a decir:

— Adolfo, escucha...

— Date prisa<sup>6</sup> — continuó él, —, porque tenemos el tiempo justo. La película empieza a las siete y cuarto. Yo me voy a poner el impermeable, porque está lloviendo otra vez... .

— Espera — le detuvo ella —. Tengo algo que decirte.

— Dímelo en marcha<sup>7</sup>. Con la lluvia quizá haya cola en el cine y conviene llegar pronto. Coge tu paraguas.

— No podremos salir aún.

— ¿Por qué? — la miró Adolfo, extrañado.

— Acaba de telefonar la policía.

— ¿La... qué? — preguntó él, extrañándose.

— La policía — repitió ella —. Por lo visto<sup>8</sup> te llamaron también a la oficina, y acabas de salir.

— ¡Qué raro! No sé qué puede querer de mí la policía.

— Yo puedo decírtelo, porque se lo pregunté al que llamo quieren tomarte declaración.

— ¿A mí?



y quedaron en llamar más tarde para hablar contigo.

- Pues no me lo explico - se encogió de hombros él. - ¿Qué clase de declaración quieren tomarme?

- No me dieron detalles. Sólo dijeron que se trata de un caso de homicidio.

Adolfo volvió a extrañarse y luego se echó a reír.

- ¡Vamos!...<sup>9</sup> Eso tiene que ser alguna broma.

- No, Adolfo - se puso muy seria Luisa -. La policía ya es mayorcita, y no se dedica a dar bromas por teléfono.

- Pero eso es absurdo... ¿Estás segura de qué dijeron homicidio?

- Sí. También a mí me sorprendió y les hice repetir la palabra.

- ¿No dijeron nada más?

- Sólo que... - vaciló ella - es algo relacionado con un accidente de tráfico.

- ¿De tráfico? - repitió Adolfo, pensativo -... Pues tampoco eso me aclara nada. Porque yo nunca he tenido ningún accidente. Debe de ser una confusión.

- Pero sabían tu número de teléfono y dieron tu nombre.

- Méndez es un apellido muy corriente. Hay centenares en la guía telefónica. Puede que busquen a otro Méndez.

- Olvidas que antes te llamaron a la oficina - le recordó su mujer -. Y el teléfono de tu oficina no está a tu nombre.

- Sí, es verdad - tuvo que admitir él -. Pues ¿sabes lo que te digo?: que vamos a salir de dudas<sup>10</sup> ahora mismo<sup>11</sup>.

Dicho esto, se dirigió a la sala contigua al vestíbulo, en la que estaba el teléfono.

- ¿Cómo saldremos de dudas? - quiso saber Luisa, siguiéndole a la sala.

- Llamando a la policía.

- Me dijeron que te llamarían más tarde.

- Pero como yo estoy aquí - dijo Adolfo acercándose a la mesa del teléfono -, no hay necesidad de perder tiempo. Llamo, lo aclaro, y nos vamos al cine.

- No pienses en el cine - dijo Luisa, empezando a exasperarse.

- ¿Por qué no? Vamos todos los viernes, y no hay motivo para interrumpir esa costumbre.

- Puede que hoy sí lo haya - insinuó ella.

- ¿Lo dices por esa llamada? ¡Bah! - despreció él, descolgando el auricular -. Verás qué pronto lo resuelvo.

- ¡Deja ese teléfono! - le ordenó Luisa, levantando la voz.

- ¿Por qué? - la miró él sorprendido -. Es mejor que preguntemos...

- Haz el favor de colgar.

- Como quieras - obedeció él -. Pero me parece una tontería quedarnos esperando...

- Puede que no sea ninguna tontería - dijo Luisa, que ya no podía disimular su creciente nerviosismo.

- Yo estoy convencido - insistió Adolfo -. Y cuando yo te lo digo...

- Tú no puedes decir lo que no sabes.

- Pero yo sé que nunca estuve mezclado en accidentes, y menos aún<sup>12</sup> en homicidios.

- Tú, puede que no - dijo Luisa, enigmática -. Pero los demás...

- ¿Los demás? - repitió Adolfo, extrañado -. Los únicos "demás" en este caso, eres tú. Y no irás a decirme que alguno de esos días que coges el coche para ir de compras, has atropellado a alguien.

- No. Pero tengo que decirte algo que quizá se relacione más con esa llamada.

- ¿Y tiene que ser ahora precisamente? ¿No puedes decírmelo después del cine?

- ¿Quieres no volver a mencionar el maldito cine? - se irritó ella -. Esto es mucho más importante. De manera que<sup>13</sup> siéntate.

- Está bien - se sentó él, resignado -. Tú dirás.<sup>14</sup>

- No me va a resultar nada fácil - dijo Luisa, tratando de dominar sus nervios -. Pero es necesario... ¿Te acuerdas de la época en que me conociste?

- ¡Caramba! ¿Es imprescindible remontarse a la prehistoria para lo que me vas a contar?

- No exageres. Total, sólo hace diez años. ¿Te acuerdas o no?

- Sí, claro - hizo memoria él -. Te conocí en la playa, un día que empezó a llover. Tú me pediste permiso para guarecerte bajo mi toldo...

- ¿Recuerdas cómo era yo entonces?

- Desde luego. Entonces eras una pobre chica.

- Era bastante pobre, pero tenía unas ganas locas de dejar de serlo. Tú no supiste nunca lo que significó para mí conocerte y casarme contigo, pero tampoco tengo tiempo ahora de explicártelo con detalle. Te diré para resumir que fuiste mi tabla de salvación. Gracias a ti pude romper con una vida odiosa: con mi casa, donde me faltaba de todo; con mi familia, a la que no quise nunca; con mi empleo, en el que ganaba un sueldito miserable... Porque estuve colocada de dependienta<sup>15</sup> en unos almacenes. ¿No lo sabías, verdad?

- Pues no. Nunca me lo dijiste.



explico Luisa -. También yo quise olvidar mi pasado, y rompí con todo cuando me casé contigo, ¿comprendes? ¡Con todo!

- Bueno, mujer. No hace falta que lo repitas tantas veces.

- Sí, hace falta, Adolfo. Quiero que quede bien claro, porque en ese todo... había también un hombre.

- ¿Un hombre? - enarcó las cejas él -. No te referirás a tu padre, ¿verdad?

- No: un hombre que no era de la familia.

- Pensando bien - decidió Adolfo -, no debe sorprenderme. Cuando yo te conocí, tenías veintisiete años.

- Veintiséis - rectificó ella.

- Es lógico que hasta llegar a esa edad - siguió razonando él -, una chica haya salido con chicos. Incluso a nadie le extrañaría tampoco que hubiese tenido algún novio.

- Yo tuve tres - confesó Luisa.

- ¡Caramba!

- Pero los dos primeros no tuvieron ninguna importancia. Fueron chiquilladas.<sup>16</sup> Amorcillos platónicos propios de jovencitos. El tercero, en cambio...<sup>17</sup>

Luisa dejó la frase sin terminar, hasta que su marido preguntó interesado:

- ¿Cómo fue el tercero?

- Un amor de verdad. Yo no era ya chiquilla, sino una mujer. Y me enamoré ciegamente de ese hombre. Le quise con locura.

Lo dijo tan apasionadamente, que Adolfo se preocupó:

- ¿Sí?... ¿Y hasta qué extremos llegó tu locura?

- Puedes imaginártelo - dijo Luisa con un gesto vago.

- ¡Yo no tengo que imaginarme nada! - se enfadó. - Ya que has empezado quiero saber la historia completa.

- Creo que ese capítulo te lo puedo resumir diciéndote que mi amor por ese hombre no fue sólo platónico.

- ¡Sigue! - estalló él -. No comprendo el motivo de todo esto, pero tú sí debes comprender que ya debes continuar hasta el final. Has abierto un grifo que ya no puede cerrarse hasta que se vacíe todo el depósito. De manera que ahora tendrás que concretar. ¿Quién era ese hombre por el que enloqueciste antes de conocerme?

- Tú no lo conoces. Ni le conociste nunca.

- ¿Cómo se llamaba?

- ¿Qué más da?<sup>18</sup> - replicó ella -. No veo por qué necesitas poner un nombre a una persona que ya no existe. Te dije que rompí con él antes de casarme contigo.

- ¿Completamente? - preguntó Adolfo, desconfiado.

- ¿Qué quieres decir?

Que si después de nuestro matrimonio, no continuaron vuestras relaciones.

- ¡Claro que no! - se ofendió Luisa -. ¿Por quién me has tomado?

- Te tomé por una pobre chica, inocente y buena. Eres tú la que me estás contando historias para que cambie de opinión. De manera que no tienes derecho a ofenderte si dudo de ti.

- Puedes estar tranquilo, porque rompimos del todo.

- ¿No volviste a verle nunca más?

Luisa no contestó y fue hacia el ventanal de la sala. Seguía lloviendo. Las hojas de las plantas que adornaban la terraza, temblaban al recibir los gruesos goterones del chaparrón.

- ¡Contesta! - exigió Adolfo -. ¿No volviste a verle?

- Una sola vez - contestó Luisa de espaldas a él, mirando hacia las plantas azotadas por la lluvia.

- ¡Ah, vamos! - dijo su marido amargamente. - ¡De manera que volviste a engañarme cuando ya eras mi mujer!

- ¡No, eso no! - negó Luisa, volviéndose a mirarle -. ¡No te engañé! Yo no quería, te lo juro. Fue él quien insistió, y no tuve más remedio.<sup>19</sup> Me llamaba muchas veces por teléfono cuando tú estabas en la oficina.

- ¿Para qué?... ¿Qué quería?

- Dinero. Era un bohemio - explicó ella -. Le echaban de todas partes donde conseguía trabajar. Las cosas no le iban bien, y pretendió que yo le ayudara. Dijo que si no le daba dinero, te lo contaría todo.

- ¡Vaya! - se burló Adolfo -. De modo que tu gran amor resultó ser un chantajista de la peor especie.<sup>20</sup>

- Según él, se hizo mala persona desde que yo le dejé.

- ¡Cuentos!

- Me acusó de haber destrozado su vida - siguió explicando ella. Yo estaba horrorizada de que cumpliera su amenaza. Quería evitar a toda costa que tú lo supieras.

- ¿Le diste dinero?

- ¿Cómo iba a dárselo si yo no tenía? Todas mis cuentas las pagas tú, y sólo me das lo justo para los gastos de la casa...

- ¿Qué es lo que querías? ¿Qué te diese también una cantidad para tus antiguos amantes?

- No, hombre. Sólo te explico por qué no pude darle el dinero que me pidió. Le di largas nada más<sup>21</sup>, hasta que se hartó de esperar. Entonces decidí acabar con aquella situación... como fuese.<sup>22</sup>

- ¿Y cómo fue? - quiso saber Adolfo.

- Acepté que viniera a verme para llegar a un acuerdo - empezó a contar Luisa -. Y estaba dispuesta a todo: a llorarle, a



suplicarle... a convencerle por todos los medios de que me dejara en paz...<sup>23</sup>

- ¿Y vino a verte?

- Sí, una tarde. Tú estabas fuera. Me las arreglé<sup>24</sup> para quedarme sola en casa. Di permiso a la criada para que saliera temprano. Cuando lo pienso... ¡Fue horrible!

- Pues piénsalo bien - exigió Adolfo -, porque quiero saberlo todo. Y procura no omitir ningún detalle.

- Me quedé en casa completamente sola - continuó Luisa. - Yo misma le abrí la puerta cuando llegó. Nada más verle<sup>25</sup>, le noté algo raro... Noté que había bebido mucho. Estaba casi borracho. Al verme, quiso abrazarme; pero yo le rechacé. Le dije que había aceptado verle para que charláramos, pero nada más. Y pasamos a este mismo cuarto.

- ¡Qué vergüenza! - masculló Adolfo -. Y que yo tenga que oír...

- Entró aquí tambaleándose; y en cuanto se orientó, fue a sentarse junto a la mesa donde yo había preparado algunas bebidas para la entrevista... Allí... En aquella butaca.

Y al decirlo, Luisa señaló la butaca más próxima al sofá ocupado por su marido.

- Yo misma le serví un whisky. Y después otro... Entonces tuvimos una escena espantosa. Como yo me figuraba, no quiso acceder a mis súplicas. Insistió en que si no le daba la cantidad que me pedía, te lo contaría todo en cuanto volvieras de tu viaje. Lloré y se burló de mis lágrimas. Creo que nunca he odiado tanto a una persona como a él aquella tarde.

Y Luisa miró con rabia a la butaca vacía antes de continuar:

- Parece que le estoy viendo. Estaba ahí sentado, cada vez más borracho, riéndose de mí y bebiendo sin parar... Y yo le miraba fijamente, esperando... esperando que se fuera.

- ¡Qué sé yo! - la miró fijamente su marido -. Lo has dicho en un tono... ¿Y cómo acabó la escena?

- Al fin se marchó.

- ¿Sin más ni más?<sup>26</sup>

- No sé qué quieres decir.

- Que si este tipo se instaló aquí por las malas<sup>27</sup> - concretó Adolfo señalando la butaca vacía -, me parece raro que fuera por las buenas<sup>28</sup>.

- Al convencerse que no iba a sacar nada de mí, se fue - explicó Luisa -. Y no volvió a molestarme nunca más.

- ¿Nunca más? - había desconfianza en el tono de Adolfo - ¿Y cómo lograste convencerle?

- Es que... - dijo Luisa, poniéndose muy nerviosa - no le convencí.

- ¿Qué hiciste para que te dejara en paz entonces?

Pero ella no quiso responder a esa pregunta, y se volvió a mirar la lluvia que seguía azotando las plantas de la terraza. Luego contestó en voz baja:

- Lo maté.

Adolfo, perplejo, se volvió a mirarla. Luisa, de espaldas a él ya no veía caer la lluvia sobre las plantas de la terraza porque se había tapado la cara con las manos y estaba llorando.

Adolfo, incrédulo, rechazó:

- ¡Vamos, qué disparate! ... No dirás en serio que tú ... - y soltó una carcajada<sup>29</sup> -. Pero ¡si es increíble! ... ¡Absurdo!...

- ¿De qué te ríes? - dijo Luisa sorprendida, dejando de llorar.

- De que todo tiene un límite - explicó él, riendo todavía -. No me cabe en la cabeza que hayas podido cometer un ... un...

- ¡Un homicidio! - concluyó la frase ella, reanudando su interrumpido llanto -. ¡Un asesinato! Es cierto... ¡Yo lo maté! ...

- ¿Sí? - murmuró Adolfo, menos incrédulo ya pero luchando todavía para no creerlo -. Estás loca... ¿Dónde lo mataste, vamos a ver?

- Aquí mismo - contestó Luisa con rapidez, como si deseara soltar cuanto antes el lastre de su secreto -. Yo lo había preparado todo. Estaba segura de que no lograría convencerle. Y antes de que él llegara, eché las tabletas en el whisky.

- ¿Qué tabletas?

- Unas muy fuertes. Para dormir. Con veneno - siguió ella abiertamente, sin ninguna vacilación -. La etiqueta lo advertía: "Dosis máxima, dos diarias"... Y yo le di todo el frasco de una vez.

- Sí, ¿verdad? - Dijo Adolfo con una sonrisa, esforzándose en hallar puntos débiles al relato de su mujer para convencerse de que no era cierto -. Como novela policíaca, no está mal. Vas a conseguir que me emocione y todo. Pero para inventar una novela de ésas, hay que atar muchos cabos<sup>30</sup>. Y tú no has atado el cabo más gordo.

- ¿Cuál?

- ¿Qué hiciste con el cadáver? - preguntó él, sonriendo triunfalmente -. ¿Dónde lo escondiste?

- Fue espantoso - murmuró ella, con un leve temblor en la voz -. Mientras él bebía, yo pensaba sin parar. Y le hablaba al mismo tiempo, para que no dejara de beber... Le puse la botella al alcance de la mano<sup>31</sup>, y yo seguía pensando: "¿Qué puedo hacer con el cadáver?... ¿Dónde lo meteré?... El piso es grande, pero no puedo guardarlo en un armario ni meterlo debajo de un mueble..." Hasta se me ocurrió<sup>32</sup> que quizás en la terraza... Una de las jardineras es muy grande, fíjate...



Y al decir esto, Luisa apoyó un dedo en los cristales del ventanal, señalando hacia el exterior.

En la terraza había varios cajones, estrechos y largos, pintados de verde y llenos de plantas. El que ella señalaba era, efectivamente, mayor que los demás. Bastaba un simple vistazo a su tamaño para calcular, sin ser ningún experto, que en aquella jardinera cabría con facilidad el cuerpo de cualquier persona ni muy alta ni muy gorda.

Adolfo fue al ventanal y se fijó.

— ¡Por Dios, Luisita! — dijo luego, sin poder ocultar que estaba asustado —. No pretenderás insinuar que allí...

— ¡Sí, allí!

— ¡Dios mío!

— ¿No querías saber todos los detalles? — le recordó ella —. Pues te cuento todo lo que pensé. Ese cajón de la terraza tiene las dimensiones justas. Si te fijas bien, es como un ataúd...

— Calla, mujer — rogó él, cada vez más nervioso —. ¡Qué absurdo!

— ¿Por qué? Quitando las plantas y la tierra... Fue la única solución que se me ocurrió.

— Pe... pero... — balbució Adolfo —. ¡Eso es monstruoso! ...

— Sí, ya lo sé — admitió ella —. Ten en cuenta<sup>33</sup> que yo no razonaba bien. Estaba medio enloquecida de miedo... ¿Te imaginas la angustia que pasé al lado de ese hombre, esperando que esas malditas tabletas le hicieran efecto<sup>34</sup>?... Yo hablaba, hablaba cada vez más fuerte para dominar mis nervios... Tenía que ganar tiempo hasta que llegara el fin. Por eso lloré, prometí, supliqué...

Adolfo, mirándola con asombro, preguntó:

— ¿Y tuviste sangre fría suficiente para quitar las plantas y la tierra...?

— No — confesó ella.

— ¿No?... ¿Qué hiciste entonces?

— Nada.

— ¿Cómo que nada?

— Nada — repitió Luisa —, porque las tabletas no le hicieron efecto. Al final estaba tan borracho, que se levantó de la butaca tambaleándose.

— ¿Y qué? — presionó él, impaciente.

— Me agarró por las muñecas hasta hacerme daño<sup>35</sup>. Me hizo jurarle que al día siguiente tendría el dinero. Y cuando se lo juré, prometió volver a recogerlo...

— ¿Y qué? — repitió Adolfo.

— Y se marchó — concluyó Luisa.

— ¿Se marchó? ... Pero bueno: entonces... ¿por qué dices que tú le mataste?

— Porque poco después de salir de aquí, su coche se estrelló contra un camión. Lo lei al día siguiente en los periódicos. Cuando le sacaron del coche destrozado, estaba muerto.

— ¡Uf!... — suspiró Adolfo —. ¡Menos mal!<sup>36</sup> — Casi llegué a creer que había estado conviviendo, sin saberlo, con un huésped que criaba malvas en la terraza.

— Eso no varía la cuestión — le advirtió ella —. Lo grave es que yo le maté.

— Hasta cierto punto.<sup>37</sup>

— ¿Cómo hasta cierto punto? ¿No comprendes que yo le eché las tabletas en el whisky?

— Pero tú misma dijiste que no le hicieron efecto — le recordó Adolfo.

— Se lo hicieron poco después, cuando iba en el coche. Por eso se estrelló contra el camión.

— Eso es lo que tú supones. Pero ¿quién podría demostrar tu culpabilidad?

Luisa hizo una pausa, antes de responder con voz dramática:

— La autopsia. Puede que a alguien se le haya ocurrido de investigar, y hayan sacado el cadáver para verle por dentro.

— Otra suposición.

— No, Adolfo. Esta suposición la ha confirmado esa llamada de la policía. ¿No te das cuenta? Hablaron de un homicidio. Y de un accidente de tráfico... Lo han descubierto, Adolfo.

— Cálmate, mujer. Suponiendo que la policía haya investigado, de esto hace ya mucho tiempo. No es fácil que una autopsia, después de algunos años... — quedó un rato pensativo calculando el riesgo que aún existía, antes de añadir —: ¿De qué eran las tabletas?

— Tenían veneno — dijo ella.

— Sí; pero ¿qué veneno?

— No lo sé.

— ¿Qué no lo sabes? — estalló él —. ¡Esto es genial! ... ¿De manera que envenenas a un señor y no sabes con qué? ¿Cómo te las arreglaste entonces para comprar las tabletas? ¿Fuiste a una farmacia y le dijiste al farmacéutico: "Deme algo para matar a un chantajista?"

— No — explicó Luisa —: las tabletas no las compré en ninguna parte.

— ¿Quién te las proporcionó? — dijo Adolfo, burlón —. ¿Alguna amiga tuya que ya había matado a alguien y tenía en su casa veneno de sobra<sup>38</sup>?

— Las tabletas eran tuyas.

— ¿Mías?...

— Estaban en tu armario del cuarto de baño — concretó ella —. En un frasco de cristal verde.



- ¿Verde?... - hizo memoria él.  
- Sí, hombre. Te las recetó el médico, aquella temporada que las preocupaciones no te dejaban dormir. Se llamaban "Dormilín", o "Dormilón".

- ¡Ah, sí! - recordó Adolfo -. Pero de eso hace ya muchos años.

- Eran muy fuertes, ¿no?

- Fortísimas. Recuerdo que por eso dejé de tomarlas al terminar el primer frasco. El efecto me duraba hasta el día siguiente, y estaba amodorrado toda la mañana.

- ¿Y cuántas tomabas tú? - preguntó Luisa.

- Una nada más<sup>39</sup>.

- Pues ¡imagínate el efecto que le harían al otro, que se tragó el frasco entero! De sobra para amodorrarse eternamente, ¿no te parece?

- Sí, desde luego - admitió Adolfo.

- Lo que no comprendo es cómo aquel bárbaro pudo resistir tanto tiempo.

- Ni yo. Espera - hizo un gesto él, invitándola a que se callara -. Estoy pensando...

- ¿Qué?

- Dices que el frasco era verde, ¿verdad?

- Sí - confirmó Luisa -. Verde oscuro. ¿Por qué?

- Verás - explicó Adolfo, ordenando sus recuerdos<sup>40</sup> -: yo sólo tomé un frasco de esa medicina, y no compré ninguno más. Porque me sentaba mal.

- ¿Qué quieres decir con eso?

- Que todas las tabletas de ese frasco me las había tomado yo. El frasco estaba vacío.

- No digas bobadas - rechazó ella -. Estaba casi lleno cuando yo lo cogí.

- ¿Cuántas tabletas había?

- No sé, bastantes. Seis o siete por lo menos.

- ¿Y de qué color eran?

- ¿De qué color iban a ser? Pues blancas.

Adolfo, sin más ni más, rompió a reír<sup>41</sup>. Con suavidad al principio, pero con intensidad creciente.

- ¿De qué te ríes? - le preguntó Luisa, sorprendida. Pero como la risa no le permitió responder, ella tuvo que insistir -: Vamos, dímelos de una vez ... ¿A qué vienen esas carcajadas estúpidas?<sup>42</sup>

- Perdóname, monina - dijo él en cuanto se calmó un poco -, pero es que tiene gracia de verdad<sup>43</sup>.

- Pues yo no se la veo - se enfadó ella -. ¿Qué es lo que te parece tan gracioso?

un final ridículo... ¡Ridículo!

- ¿Por qué dices eso? - preguntó ella, cada vez más enfadada -. ¿Es que te estás volviendo loco?

- Tranquilízate: no me hace reír mi locura, sino tu ridiculez. Cuando te lo diga, también te reirás tú. ¿Sabes qué veneno empleaste para cometer tu horripilante crimen?

- No. ¿Cuál?

- ¡Aspirina! - dijo él divirtiéndose de lo lindo<sup>44</sup>. - Pura e inofensiva aspirina!

- Déjate de bromas.<sup>45</sup>

- Aunque me ría tanto, hablo en serio. Las tabletas que yo me tomé, eran tan verdes como el cristal del frasco.

- ¿Estás seguro? - preguntó ella, asombrada.

- Segurísimo.

- Entonces, las que había dentro cuando yo lo cogí...

- Eran de un tubo de aspirina, que se me cayó un día al abrir el armario - explicó Adolfo con cara risueña -. Como el tubo se hizo pedazos<sup>46</sup>, recogí las tabletas y las puse en el primer frasco vacío que encontré. Y mira por dónde, el frasco era el del somnífero.

- En ese caso... - se quedó pensativa Luisa -. Eso significa que yo...

- Que tú no mataste a nadie, sino todo lo contrario<sup>47</sup>. Hiciste un gran favor a ese borracho, dándole unas cuantas aspirinas para que se le despejara la cabeza.

- Pero el accidente que tuvo con el camión ...

- No fue tuya la culpa. Todos los días hay coches que chocan con camiones. A ese tipo - concluyó Adolfo - le ocurrió lo mismo que pudo sucederle a cualquier automovilista. Eso fue todo.

Entonces empezó a sonar el agudo timbre del teléfono.

- ¡Ahí está! - exclamó la mujer.

- ¿Quién?

- ¡La policía! ... ¿Qué vas a decir?

- No sé - contestó Adolfo, yendo hacia el teléfono -. Primero esperaré a ver qué me dicen ellos.

Descolgó el auricular y sostuvo este monólogo:

- ¿Diga?... Sí, aquí es... Soy yo. Estaba esperando su llamada. Mi mujer me dijo que preguntaron por mí... ¿En qué puedo servirles? Sí, sí... En efecto: era verde. Verde oscuro... Pero de esto ya hace mucho tiempo... ¿Cómo?... ¿Sí?... ¡Qué me dice!... Pero ¡qué horror!... ¿Es posible?... ¿Y murió? Pues no lo recuerdo con exactitud ... Aquí en casa, no... Será mejor que me llame mañana... A la oficina, sí... Descuide: le daré todos los datos que pueda encontrar... Adiós, buenas tardes.



Y Adolfo colgó, mientras Luisa le preguntaba ansiosamente:

- ¿Qué te han dicho?
- Quieren saber - empezó él, mirándola con ceño<sup>48</sup> - a quién le vendí el coche que tuvimos el año pasado.
- ¿Qué coche?
- Aquel Fiat oscuro, ¿te acuerdas? Por lo visto el dueño actual tuvo un accidente, y se dio a la fuga<sup>49</sup>. Pero un guardia lo vio y tomó el número de la matrícula<sup>50</sup>. El accidente fue grave.
- ¿Qué le ha pasado? - preguntó Luisa.
- Atropelló a una vieja - contestó él -. Por suerte<sup>51</sup> la vieja no ha muerto, y creen que se salvará. Pero al dueño del coche se le va a caer el pelo<sup>52</sup> en cuanto le cojan, por haber huido.
- De manera que... ¿te llamaron para eso nada más?
- Nada más. Tengo en la oficina el contrato de venta del coche, y el lunes les daré el nombre del comprador. No recuerdo quién fue, porque se ocupó del asunto el encargado del garaje. Ese fue el accidente que te mencionaron.
- ¿Y por qué me hablaron entonces de un homicidio? - quiso saber ella.
- Por la vieja - aclaró él -. Si la vieja hubiera muerto, el conductor habría cometido un homicidio.
- ¿Cómo iba a ser «un homicidio» - protestó Luisa, - si la víctima era «una vieja»?
- Homicidio significa matar a una persona, sin distinción de edad ni sexo.
- Pues no lo parece - discutió ella -. Homicidio suena a hombre.<sup>53</sup>
- Sonará - admitió Adolfo -, pero incluye también a las viejas.
- Pues esos tontos de la policía podían habérmelo advertido - dijo Luisa, enfadada -. Si llego a saberlo, no te hubiera contado todo este rollo.
- Más que un rollo, ha sido una película completa - corrigió Adolfo -. Y bastante interesante, porque me ha servido para conocerte mejor.
- En cierto modo<sup>54</sup>, también a mí me sirvió para quitarme un peso de encima<sup>55</sup>.
- ¿De encima de dónde? - preguntó él, burlón.
- De la conciencia, naturalmente. Ahora sé que no hice esa barbaridad, y me siento ligera como un pájaro.
- Pues no te ilusiones - advirtió Adolfo con ironía -, porque no podrás volar muy lejos. En el fondo, sigues siendo culpable.
- No veo la razón - se defendió ella -. Tú mismo acabas de demostrarme que sólo le di aspirina. Y hasta me has dicho

casos, lo que vale es la intención<sup>56</sup>.

- Pero tu intención era matarle - le recordó él -. Y en estos casos, lo que vale es la intención<sup>56</sup>.
- No estoy de acuerdo.
- Piénsalo bien - insistió Adolfo -. Si disparas contra alguien con intención de matarle, eres un asesino aunque te salga el tiro por la culata<sup>57</sup>.
- Depende. Yo sólo tuve un mal pensamiento pasajero - fue ella analizando su caso -. Comprendo que no obré bien; pero es disculpable, porque lo hice en legítima defensa.
- ¿Cómo en legítima defensa - rechazó Adolfo - si preparaste el brebaje antes que él llegara?
- Para defender nuestro matrimonio. ¿Acaso esa defensa no es legítima también? Quise salvar una situación de peligro para nuestra felicidad. Porque siempre fuimos felices, ¿verdad, Adolfo?
- Desde luego. Pero ...
- Pues eso es lo importante - continuó ella con vehemencia, sin dejarle hablar -. Y no hay ninguna otra razón para que demos importancia a todo lo demás. Porque todo eso ocurrió antes que tú y yo nos casáramos. Ese hombre, al fin y al cabo, pertenecía a mi pasado.
- Sí. Pero después de todo esto, ¿qué vamos a hacer en lo futuro?
- ¿Cómo que qué vamos a hacer? - dijo Luisa, muy decidida -. De momento<sup>58</sup>, irnos al cine como habíamos pensado.
- ¿Al cine? - repitió su marido, extrañado -. Pero ¿crees de veras<sup>59</sup> que con todo lo que ha ocurrido... ?
- Que yo sepa - se encogió de hombros ella con mucha naturalidad -, no ha ocurrido nada.
- ¡Luisita, por favor!
- Nada de nada - repuso la mujer -: que la policía te preguntó a quién vendiste un coche, y que tú vas a decírselo mañana. Todo lo demás fue una simple charla que tuvimos para hacer tiempo<sup>60</sup>, porque estaba cayendo un chaparrón.
- Pero en esa charla - opuso Adolfo - salieron a relucir<sup>61</sup> ciertos recuerdos...
- ... que volveremos a enterrar donde estaban - concluyó Luisa, acercándose al ventanal -. Ya ha parado de llover, fíjate, y vuelve a salir el sol. No hace falta que yo coja el paraguas, ni que tú te pongas el impermeable. Vamos, Adolfo - añadió dirigiéndose al vestíbulo -. Quizá lleguemos un poco tarde. Pero como el cine es de sesión continua, veremos el principio de la película después del final. ¿Vienes?
- Adolfo vaciló un instante. Luego, levantándose, dijo
- Sí, voy.



## VAMOS A PESCAR MANOLOS

Cómodamente sentada en el sofá, Beatriz hablaba por teléfono. Estaba sola, en el cuarto de estar<sup>1</sup> del piso donde vivía con sus padres, y nadie podía verla ni oírla.

- Pues sí - dijo a su interlocutor telefónico -: lo he pasado muy bien, Manolo. Ya sabes que contigo me divierto horrores. Pero eso de que vayamos siempre en manada... Si manada te parece mal, llámala grupo. O como quieras. Alguna vez me gustaría que estuviéramos solos los dos... Pues para hablar de nuestras cosas, carramba... Sí, hombre: estoy de acuerdo en que con el grupo se pasa bárbaro. Pero como somos novios... Bueno, bueno: no te enfades, Manolo. ¿A qué hora quedamos mañana?... Correcto: a la una y media entonces. ¿Dónde?... ¡Vaya! En "El Pajarraco". No. No lo he dicho como si me fastidiara. Está bien, Manolo. Como tú quieras, macho. Hasta mañana.

Y Beatriz colgó, disgustada. Luego buscó un paquete de cigarrillos que había dejado junto al teléfono, para lo cual tuvo que quitarse de los ojos el largo flequillo de su peinado. Porque la chica además de ser muy guapa, era muy moderna. Y en cuanto encontró el tabaco, se puso a fumar. El haber despejado de pelos su campo visual le sirvió también para ver a su madre, que entró poco después en el cuarto de estar.

- Hola, hija - saludó doña Alicia, que era tan guapa como su niña con unos cuantos años más. - ¿Fumando otra vez?

- Sólo un cigarrillo.

- ¡Claro que sólo uno! - gruñó la señora -. Lo único que te faltaba es que los fumaras de dos en dos<sup>2</sup>.

- Es el primero que fumo desde que llegué de la calle - mintió Beatriz.

- Perdona, pero es el cuarto. Te voy siguiendo la pista, y ya he contado tres colillas en los distintos ceniceros de la casa.

- ¿Y qué? - dijo la chica.

- Que si a los veinte años te fumas un paquete diario - razonó la mamá -, cuando seas algo mayor te veo fumando puros, como tu padre.

- Es que el tabaco me calma los nervios.

- ¿Y por qué estás tan nerviosa, quisiera yo saber?

- Tengo mis problemas - se justificó Beatriz.

- Compártelos conmigo, que para eso soy tu madre, y ahórrate el tabaco.

- Tú no los comprenderías, mamá.

- Si los problemas son de álgebra, no - admitió la señora, sentándose en el sofá -. Pero si son los que puede tener una chica de tu edad...

Tampoco. Porque tú perteneces a otra generación.

- ¡Claro! Si perteneciéramos a la misma, yo tendría que haber sido de una precocidad increíble para ser tu madre.

- Pues por eso no me entenderás - insistió Beatriz.

- Si tienes en cuenta que entre nuestras generaciones hay sólo una diferencia de veintipocos años - hizo notar doña Alicia -, no te parecerá tan difícil que pueda comprenderte.

- Imposible, mamá - dijo la chica, apartándose de nuevo el flequillo de la frente -. Esos años que a ti te parecen tan pocos, son un abismo insalvable.

- ¡Vamos, niña! - se enfadó "la generación anterior" -. No seas majadera, y dime qué es lo que te pasa. ¡Cualquiera diría que soy una abuelita de los tiempos de Maricastaña<sup>3</sup>!

- Eso no, porque estás muy bien conservada para tu edad.

- Muchas gracias, rica. ¿Quieres soltar de una vez ese problema que tienes?

- Es de tipo sexual - dijo la chica muy seria.

- ¿Qué? - se escandalizó su madre -. Beatriz, ¡por Dios! ... Pero ¿qué dices?

- No te asustes, mamá. Lo llamo así porque me parece más directo y menos cursi que llamarlo un problema sentimental.

- Si es sentimental nada más, me tranquilizas. Te has enamorado, ¿verdad?

- Pues sí - se apartó el flequillo Beatriz, sorprendida -. ¿Cómo lo sabes?

- Porque me doy cuenta de las cosas.

- Bueno: en realidad no sé si será enamoramiento - se autoanalizó la chica -. Lo que sí puedo decirte es que siento por él una atracción bárbara. ¡Pero bárbara!

- A eso siempre se le ha llamado amor en toda tierra de garbanzos<sup>4</sup> - dijo la mamá -. Aunque vosotros estéis tratando por todos los medios de quitarle toda la poesía que siempre tuvo, seguirá siendo el sentimiento más hermoso que puede experimentarse en este mundo.

- ¡Caramba, madre! - se burló la hija -. ¡Menuda frase te salió!<sup>5</sup>

- En alguna parte la habré leído - dijo doña Alicia con modestia -. ¿Y quién es el afortunado?

- ¿Te refieres al tipo que me está haciendo la pascua<sup>6</sup>?

- Llámalo como quieras.

- Cuando me hace rabiar, suelo llamarle cosas peores; pero él se llama Manolo.

- ¿Manolo? ¡Mira qué casualidad! - exclamó la señora -: como tu padre.

- Papá se llama don Manuel.

- Porque ya es notario, mira qué gracia. Pero cuando yo le



conoci, era tan Manolo como el tuyo.

- Como el mío es mucho decir - suspiró Beatriz -. Porque aún no me pertenece.

- ¿Que no te pertenece en qué sentido? - quiso aclarar doña Alicia, suspicaz.

- No tengo la seguridad de que corresponda plenamente a la atracción que siento por él.

- Vamos a ver si nos entendemos, hijita: ¿quieres decir que no se te ha declarado todavía?

- Eso sí, mamá: somos novios hace un mes.

- ¿Que sois novios? - se asombró la señora.

- Sí. Pero eso no prueba nada - explicó Beatriz con cierta condescendencia por el despiste materno -. Ser novia de un chico en estos tiempos, no significa que vaya una a casarse con él.

- ¿Ah, no? - siguió asombrándose doña Alicia.

- En la mayoría de los casos, son noviazgos sin ningún compromiso. Por simple afinidad; por simpatía mutua, ¿comprendes?

- Pues no, la verdad.

- Vienen a ser como flirteos un poco más serios - definió la chica -. Pero nada más.

- Pues no le veo la gracia.

- Yo se la veía antes, cuando no me había enamorado como una burra. Porque los novios que tuve antes...

Nuevo gesto de asombro en el rostro de doña Alicia, mientras exclamaba:

- Pero ¿has tenido novios antes?

- Dos o tres, del estilo que te he explicado - concretó Beatriz, sin darle importancia -. Sin ninguna trascendencia. Simplemente chicos que me gustaban para salir. Pero Manolo - añadió cambiando a un tono más serio - me gusta para casarme.

- ¿Y él qué dice?

- Pues eso es lo malo: que no dice nada.

- Pero ¿te quiere?

- Yo creo que sí.

- ¿Cómo que lo crees? - volvió a sorprenderse la mamá -. Es que él no te lo ha dicho?

- Me lo dijo una vez, cuando nos hicimos novios. Pero no hemos vuelto a hablar de eso. Sería una cursilada.

- ¿Cursilada? ... ¿Por qué?

- Las parejas de ahora no se pasan el día haciendo manitas, mirándose a los ojos y diciéndose que se aman. Eso es cursi y anticuado.

- Todo lo cursi y anticuado que quieras - discutió doña Alicia - pero al menos...

hablando de la filosofía existencialista: que no sabes si él te quiere o no.

- ¿Y qué puedo hacer? - dijo la muchacha, preocupada -. Tampoco puedo preguntárselo yo.

- ¿Por qué no? ¿Crees que se daría cuenta de que quieres pescarle?

- Mamá, por favor - protestó Beatriz -. ¡Qué verbo tan feo!

- Pero muy gráfico, y es él que siempre se ha aplicado en estos casos - insistió su madre -. Porque esta clase de pesca, hija mía, se ha practicado desde los tiempos en que Eva obligó a Adán que se comiera la famosa manzanita.

- No es verdad - rechazó la hija.

- ¿Cómo que no?

- Tú, por ejemplo, no tuviste este problema.

- ¿Y tú qué sabes?

- No hay más que veros a papá y a ti.<sup>8</sup>

- ¿Y qué es lo que nos has visto, si puede saberse? - quiso aclarar doña Alicia.

- Dais la impresión<sup>9</sup> de haber nacido el uno para el otro.

- ¿Tú crees?

- Desde luego - afirmó Beatriz rotundamente -. Se os ve tan tranquilos, tan felices como si siempre hubierais estado de acuerdo en todo.

- Pues no te fíes de las apariencias, rica.

- Yo jamás os he oído discutir - dijo Beatriz -. Y el pobre papá es un hombre tan pacífico ...

- Ahora, sí - admitió la señora -. Porque la paz viene siempre después de la guerra.

- ¿Qué quieres decir?

- Que no todo el monte fue siempre orégano<sup>10</sup>.

- Si no te explicas mejor...

Y doña Alicia aclaró:

- Que el don Manuel que ves ahora, tan sentado y tranquilo, fue un Manolo muy difícil de pescar.

- ¿Es posible? - enarcó las cejas Beatriz.

- Sí, monina, sí. Me costó un trabajo tremendo.

- No puedo creerlo. El buenazo de papá...<sup>11</sup>.

- Buenazo, sí - admitió doña Alicia -. Esa sensación te da cuando le ves ahora en casa, como un burgués inofensivo. Los hijos siempre veis a vuestros padres cuando ya doblaron el Cabo de las Tormentas, y no os paráis a pensar que ellos fueron un día tan jóvenes como vosotros, y que también tuvieron problemas muy parecidos a los vuestros. Viendo ahora a tu papá, que es notario y se llama don Manuel, tú no puedes imaginarte que para mí fue un Manolo, igual al tuyo, que me trajo



por la calle de la Amargura<sup>12</sup>.

— Parece mentira que un hombre tan serio...

— Serio ahora — puntualizó la mamá —, con sus sienes que empiezan a blanquear y su coronilla que empieza a calvear. Pero hace veintitrés años, cuando yo le conocí, era un frívolo de aúpa<sup>13</sup>.

— ¡No me digas!<sup>14</sup> — exclamó Beatriz, manteniendo las cejas enarcadas.

— Te lo tengo que decir, para que puedas aprender. Porque yo también sudé lo mío<sup>15</sup> para pescar a este notario, que entonces sólo era un abogadete que acababa de terminar la carrera. Y hubo un momento en que me decidí dar la batalla.

— ¿Qué batalla?

— La de engancharle bien en el anzuelo, para que se casara conmigo.

— ¿Cómo lo conseguiste?

— Fue arriesgado y emocionante — empezó a contar doña Alicia, apoyando la cabeza en el respaldo del sofá y entornando los ojos —. A mí tu padre me gustaba a rabiar<sup>16</sup> pero él no me hacía caso. Eramos buenos amigos nada más, y habíamos salido juntos algunas veces. Pero sólo en plan amistoso. Y aunque yo le ponía ojos insinuantes, y me sentaba en la última fila cuando íbamos al cine, el tío no picaba<sup>17</sup>. Así las cosas, llegó el verano. Y como entonces todo el mundo veraneaba en San Sebastián, en San Sebastián volvimos a encontrarnos. Pero Manolo seguía tan indiferente como de costumbre. Hablaba con muchas chicas, pero sin dedicarse a ninguna en particular. Hasta que un día de agosto, o mejor dicho una noche, se me presentó la oportunidad de poner en práctica mi plan.

— ¿Qué plan? — preguntó Beatriz, muy interesada.

— Uno que fui elaborando cuidadosamente, para que Manolo cayera en mis redes. Aquella noche se celebró un baile en el Club de Tennis, a beneficio de algo. No recuerdo de qué, porque en las fiestas benéficas lo que menos importa son los pobres beneficiados. Lo importante es la fiesta en sí y no sus fines caritativos.

— En ese aspecto — observó Beatriz —, las costumbres no han variado desde tus tiempos a los míos.

— Ya te irás dando cuenta de que las generaciones varían muy poco de madres a hijas — dijo doña Alicia antes de continuar su relato —. Aquella noche de agosto, en el Club de Tennis, bailamos benéficamente hasta las cuatro de la madrugada. Mi pareja no fue siempre el Manolo que yo quería pescar, porque él mariposeaba de chica en chica lo mismo que un abejorro de flor en flor; pero traté de coincidir con él a la salida.

— ¿Me llevas a casa? — le propuse

muy lejos...

Cuando vi su coche, comprendí que para llevarme me hubiera puesto esa condición de la proximidad. Porque el pobre coche era un cascajo de tal calibre, que bastaba con mirarle para comprender su incapacidad de cubrir una distancia ligeramente larga. Parecía hasta tal punto una reliquia del pasado, digna de figurar en un museo, que al montar en él lo elogí como si fuera una antigüedad:

— Lo encuentro precioso — dije —. ¿De qué siglo es?

A él no le hizo ninguna gracia mi comentario<sup>18</sup>, porque en aquellos tiempos tenía mucho mérito ser dueño de un automóvil.

— ¿Dónde vives? — me preguntó Manolo.

— Todavía, en el barrio de Miraconcha — contesté.

— ¿Por qué dices todavía? — le extrañó a él —. ¿Es que piensas mudarte?

— De casa, no — aclaré —. Pero de mundo, puede que sí. Manolo no lo entendió y tuve que ampliar mi aclaración:

— Desde hace algún tiempo no soy muy feliz en este mundo, y puede que me vaya al otro.

— ¿A cuál?

— Al que hay después de la muerte, fonto.

— ¡Caramba! ... ¿Y por qué?

— Sería mejor que preguntaras por quién — le corregí.

— ¿Tiene alguien la culpa de tu infelicidad? — fue interesándose él.

— Sí — suspiré, mirándole intensamente.

— ¿Quién?

— Tú.

— ¿Cómo? — exclamó Manolo, volviendo la cara hacia mí.

Y tanto tiempo la volvió, que casi nos salimos de la calzada y nos estrellamos contra un tamarindo de la acera. Yo permanecí indiferente ante el peligro, porque no podía asustarme un simple choque si acariciaba la idea de quitarme la vida.

— No digas bobadas — rechazó él cuando pudo evitar que nos diéramos un tamarindazo.

— No son bobadas, amor mío — insistí muy seria —. ¿Es que no te has dado cuenta de que estoy loca por ti?

Beatriz clavó en su madre unos ojos enormes, redondeados por la perplejidad.

— ¡Pero, mami! — interrumpió sin poder contenerse —. ¿De veras le dijiste eso?

— Sí, hijita — confirmó doña Alicia —. Era la primera fase de mi plan.

— Entonces, ¿fuiste tú la que se declaró?

— ¡Qué remedio! En la estrategia amorosa, lo mismo que en



la militar, la táctica adecuada es emprender la ofensiva cuando se quiere conquistar una posición.

— ¿Y cómo reaccionó él? — quiso saber Beatriz.

— ¿El enemigo? — continuó doña Alicia empleando términos militares —. Al principio creyó que yo había bebido demasiado durante la fiesta. Dejé que se lo creyera, hasta que puse en práctica la segunda fase del plan. Fase que consistía en que me llevara a dar un paseo en el coche antes de dejarme en casa.

— Pero es tardísimo — objetó él, consultando su reloj —. Son las cuatro y cuarto de la madrugada.

— Es tarde con relación a ayer — razoné yo —, pero temprano con relación a hoy. Y prefiero que me dé un poco el aire para despejarme.

— Está bien — accedió tu futuro padre —. Pero prométeme que no dirás más tonterías.

Se lo prometí para tranquilizarle, y le propuse que fuéramos a dar una vuelta por el puerto.

— Huele mucho a pescado — dijo él arrugando la nariz.

— Mejor — insistí yo —. Si de veras crees que he bebido mucho, un olor desagradable y fuerte me despejará más de prisa.

No quiso seguir discutiendo, y condujo su cascajo hasta el puertecillo pesquero que hay en la parte antigua de San Sebastián. Oía a pescado, naturalmente, que es a lo que suele oler en esos sitios.

Manolo detuvo el motor, que le agradeció la parada con unos conmovedores resoplidos de fatiga.

— Hemos llegado — me dijo, satisfecho de la proeza que acaba de realizar su coche —. ¿Te encuentras mejor?

— A tu lado — respondí —, siempre me encuentro bien.

— Gracias, guapa. Eres muy amable.

— No es amabilidad — negué arrimándome a él y mirándole con los ojos entornados —, sino la pura verdad. Ni yo misma sé lo que me ha ocurrido.

— Yo sí lo sé — sonrió él, dándome unos irritantes cachetitos paternales —: has bebido bastante coñac.

— Puedes imaginarte, hija mía, el rudo golpe que sufrió mi sensibilidad al oír aquello. Pero como yo sabía que para ganar una guerra es necesario saber perder alguna batalla, me mantuve en pie después de aquella bofetada moral e inicié la tercera fase de mi plan estratégico.

— Está bien — dije echándole dramatismo a mi voz —. Si de veras es eso lo que piensas, adiós.

Y abrí la portezuela del coche.

— ¿Adónde vas? — me preguntó él.

— ¿Qué más te da? — contesté mientras me apeaba —. Puesto que no te importo en absoluto

no pasé delante del coche, y empecé a andar en línea recta hacia el final del muelle. Manolo debió de creer que mi intención era dar un paseo para que se me despejara la cabeza. Y como los faroles de los barcos daban poca luz al muelle, encendió los faroles del coche para iluminarme el camino.

Seguí avanzando sin volverme, en el centro de los dos haces luminosos, hasta que llegué al borde del agua. Manolo supuso que al llegar allí, yo daría media vuelta para regresar. Era lógico, ¿verdad?

— Desde luego — estuvo de acuerdo Beatriz.

— Pues ¡imagínate la sorpresa que se llevaría cuando vio que en vez de girar para volver al coche, me inclinaba para tirarme al agua!

— ¿Es posible? — se sorprendió también su hija.

— Y tanto — confirmó doña Alicia —. Era el remate previsto de la tercera fase: arrojarme al mar de cabeza, para poner fin a mi triste vida de mujer enamorada y desdénada.

— ¡Pero, mamá! — exclamó Beatriz, perpleja —. ¿De veras querías suicidarte?

— De veras, no: de mentirijillas<sup>20</sup>. Pero para hacer picar a un Manolo tan alérgico al anzuelo, las pequeñas mentiras que le eché como carnada tenían que parecer verdades como puños<sup>21</sup>. Y por eso no vacilé en echar a perder<sup>22</sup> mi mejor traje de noche. Porque puedes imaginarte cómo quedó el vestido cuando salí de aquellas aguas sucias, saladas y aceitosas.

— Y cómo saliste?

— Pareces tonta, hija. Pues como estaba previsto en mi plan: Manolo me sacó.

— ¡Ah!, ¿sí?

— ¡Claro!. También a él se le hizo puré su smoking nuevo, que había estrenado en la fiesta de aquella noche. Pero no tuvo más remedio que correr a chapuzarse cuando yo me chapucé, para salvarme. Aunque él nunca supo que su salvamento fue puramente teórico, porque yo nado como un pez y no corrí peligro<sup>23</sup> en ningún momento. Incluso le ayudé a que me salvara sin que se diera cuenta; porque las oposiciones a notarias que Manolo estaba preparando en aquella época, no exigen a los opositores conocer la técnica del salvamento de naufragos. Y si yo no llego a poner algo de mi parte, puede que con sus chapoteos nos hubiésemos ahogado los dos.

— ¡No salgo de mi asombro! — volvió a exclamar Beatriz, mirando a su madre con admiración.

— Pues ya puedes salir — dijo doña Alicia —, porque eso fue todo lo que pasó.

— ¿Cómo es posible que un hombre como papá, tan formal y bonachón, te obligara a hacer una comedia tan peligrosa?



- El no me obligó. Pero si yo no llego a hacerla por mi cuenta y riesgo<sup>24</sup>, no le hubiera pescado.

- Y para pescarle - resumió la chica -, como se dice vulgarmente, te jugaste el tipo<sup>25</sup>.

- ¡Y de qué manera! - admitió la madre -. Pero era necesario. Porque, como se dice vulgarmente también, no se pescan truchas a bragas enjutas<sup>26</sup>. Y tu padre no era un trucho fácil.

- ¿Qué ocurrió después?

- Lo que yo había previsto - sonrió doña Alicia -: que todo fue como una seda<sup>27</sup>. Tu padre se quedó emocionadísimo. Y orgulloso también de haber provocado una pasión tan fulminante. A sus ojos dejé de ser una chica como las demás, para convertirme en la heroína que estuvo a punto de morir por él. Y tanta admiración llegó a sentir por mí, que nos casamos a los dos meses. El se dio importancia<sup>28</sup> diciendo que se casaba para evitar que yo volviera a suicidarme por su culpa, pero a mí no me importó. ¿Qué importa lo que pueda decir un pez cuando tú ya lo tienes en el bote?

- Pero - comentó Beatriz, pensativa - ¿tú crees que esos procedimientos son también aplicables en estos tiempos?

- ¡Pues claro que sí, hijita! - afirmó rotundamente la mamá -. Podrá variar el cebo y el anzuelo, según la época y las circunstancias. Pero lo que nunca cambiará, es ese deporte en sí.

- ¿Qué deporte?

- La pesca del Manolo. De manera que si te parece, estudiaremos tu caso con más detenimiento.

- Mi caso es completamente distinto - movió la cabeza Beatriz, deprimida -. Sigo creyendo que nuestras generaciones son diferentes.

- Claro - reconoció su madre -. Pero también los procedimientos lo son. Tu abuela Damiana, por ejemplo, no siguió con su Manolo la misma táctica que yo.

- Pero ¿cómo? - se asombró la chica -. Entonces, también la abuelita...?

- ¡Pues claro, rica! Y la bisabuelita. Y la tatarabuelita. Esto viene ocurriendo, poco más o menos, desde que empezó la Historia Universal. Y si no pregúntaselo a tu padre, que se la sabe al dedillo<sup>29</sup> desde el primer rey goda al último Borbón<sup>30</sup>.

Cuando doña Alicia decía esto, entraba en el cuarto don Manuel. El padre de Beatriz era un hombre canoso y serio, como todos los notarios, que se pasaba el día cambiándose dos pares de gafas (según quisiera ver de cerca, o de lejos).

- ¿Qué es lo que quieres que me pregunte? - dijo poniéndose las gafas de lejos para ver a su mujer.

- Estábamos discutiendo una cuestión histórica - contestó ella

- De todos. Pero no creo que haga falta preguntarte nada, porque me parece que Beatriz ya está bastante convencida. ¿Verdad, niña?

- Pues sí - dijo la niña -. Pensándolo bien, después de todo lo que me has contado...

- ¿Qué es lo que te contó? - dijo su padre.

- Estuvimos recordando cosas del pasado - explicó doña Alicia - y empezando a hacer un plan para el futuro.

- ¿Plan? - repitió el notario -. ¿Qué clase de plan?

- Por favor, mamá - intervino Beatriz: preferiría no hablar de esto delante de papá.

- No te preocupes - dijo la señora, levantándose -. Le dejaremos aquí leyendo su periodiquito, y nos iremos a tu cuarto para seguir hablando. Estas cosas conviene estudiarlas y planearlas bien, para que no fallen.

- Pero ¿qué es lo que estáis planeando? - preguntó don Manuel sin demasiado interés, cambiándose de gafas para leer el periódico.

- Cosas de mujeres que tú no entenderías - dijo doña Alicia, dirigiéndose a la puerta -. Ven, Beatriz.

- Voy, mamá - la siguió su hija.

- ¿Adónde vais? - preguntó el notario, dirigiéndose al sofá que ellas habían dejado libre, para ocuparlo él.

- ¿Que adónde vamos? - dijo doña Alicia desde la puerta -. ¡Vamos a pescar Manolos!

- ¿Manolos? - murmuró don Manuel -. No sé qué habrá querido decir. Alguna tontería seguramente. Las pobrecitas mujeres son tan ingenuas, tan inocentonas ...

Y encogiéndose de hombros, empezó a leer el periódico.

## IGNACIO ALDECOA

Nació en 1925, en Vitoria. Murió en 1963, en Madrid. Se daba a conocer con su obra *El fulgor y la sangre* (1954). Por su novela *El gran sol* (1957) obtuvo el Premio Nacional de Crítica. Sus otras obras son: *El corazón y otros frutos amargos* (1959), *Los pájaros de Baden-Baden* (1965), muchas novelas, cortas. Es uno de los más célebres cuentistas españoles. En su obra poetizó la vida de los campesinos, contraponiéndola a la vida de la ciudad.

## LA DESPEDIDA

A través de los cristales de la puerta del departamento y de la ventana del pasillo, el cinemático paisaje era una superficie en la que no penetraba la mirada.

En la siestona tarde de verano, los viajeros apenas inter-



cambiaban de frases. Daba el sol en la ventanilla del departamento y estaba bajada la cortina de hule.

El son de la marcha desmenuzaba y aglutinaba el tiempo. Los viajeros se contemplaban mutuamente sin curiosidad y el cansancio aburrimiento del viaje les ausentaba de su casual relación. Sus movimientos eran casi familiares, pero en ellos había hermetismo y lejanía.

Cuando fue disminuyendo la velocidad del tren, la joven sentada junto a la ventanilla, se levantó.

— ¿Qué estación es ésta, tía? — preguntó.

Uno de los hombres del departamento le respondió antes que la mujer sentada frente a ella tuviera tiempo de contestar.

— ¿Hay cantina?

— No, señora, en la próxima. ¿Tiene usted sed? ¿Quiere beber un traguillo de vino? — preguntó el hombre.

— Te sofocará — dijo la mujer mayor — y no te quitará la sed.

— ¡Quíá!, señora. El vino, a pocos<sup>1</sup>, es bueno.

El hombre descolgó su bota del portamaletas y se la ofreció a la joven.

Los tres hombres del departamento contemplaron a la muchacha bebiendo. Los tres sonreían pícaro y bobamente; los tres tenían sus manos grandes de campesinos posadas sobre las rodillas.

Se disponían los hombres a beber con respeto y ceremonia, cuando el traqueteo del tren se hizo más violento. El dueño de la bota la sostuvo cuidadosamente y la apretó con delicadeza, cariñosamente.

— Ya estamos<sup>2</sup> — dijo.

— ¿Cuánto para aquí? — preguntó la mujer mayor.

— La parada es de tres minutos.

— ¡Qué calor! — se quejó la mujer mayor, dándose aire<sup>3</sup> con una revista cinematográfica —. ¡Qué calor y qué asientos!

— Antes era peor — explicó el hombre sentado junto a la puerta. Antes, los asientos eran de madera. Antes echaba uno hasta la capital cuatro horas largas, si no traía retraso. Antes, igual no encontraba usted asiento y tenía que ir en el pasillo con los cestos. Ya han cambiado las cosas gracias a Dios. Y en la guerra... En la guerra tenía que haber visto este tren.<sup>4</sup> A cada legua le daban un parón y todo el mundo abajo. En la guerra...

Se quedó un momento suspenso.<sup>5</sup> Sonaron los frenos del tren y fue como un encontronazo.

— ¡Vaya calor!<sup>6</sup> — dijo la mujer mayor.

La joven levantó la cortina de hule. El edificio de la estación era viejo y tenía un abandono triste y cuartelero<sup>7</sup>. El pueblo estaba retirado de la estación a cuatrocientos o quinientos metros.

Los ocupantes del departamento...

jeaba, jadeante, un hombre en la puerta.<sup>8</sup> El jadeo se intensificó. Dos de los hombres del departamento le ayudaron a pasar la cesta y la maleta de cartón atada con la cuerda. El hombre se apoyó en el marco y contempló a los viajeros. Tenía una mirada lenta, reflexiva. Sus ojos, húmedos y negros, llegaron hasta su cesta y su maleta, colocadas en la redecilla del portamaletas, y descendieron a los rostros. Luego se quitó la gorilla y sacudió con la mano desocupada su blusa.

— Salud les dé Dios — dijo, e hizo una pausa —. Ya no está uno con la edad para andar en viajes.

Pidió el permiso para acercarse a la ventanilla y todos encogieron las piernas. Bajo la ventanilla, en el andén, estaba una anciana acurracada. Su rostro era apenas un confuso burilado de arrugas que borroneaba las facciones.

— ¡María! — gritó el hombre —. Ya está todo en su lugar.

— Siéntate, Juan, siéntate — la mujer voló una mano hasta la frente para arreglarse el pañuelo, para secarse el sudor —. Siéntate, hombre.

— No va a salir todavía.

— No te conviene estar de pie.

— Aún puedo... En cuanto llegue iré a ver a don Candido. Si mañana me dan plaza, mejor.

— Que haga lo posible. Dile todo, no dejes de decírselo.<sup>9</sup>

— Bueno, mujer.

— Siéntate, Juan.

— Cuidate mucho, María. Come.

— No te preocupes. Ahora, siéntate. Escribeme con lo que te digan. Ya me leerán la carta.

— Lo haré, lo haré. Ya verás como saldrá bien.

El hombre y la mujer se miraron en silencio. La mujer se cubrió el rostro con las manos. Pitó la locomotora. Sonó la campana de la estación.

— ¡No llores, María! — gritó el hombre —. Todo saldrá bien.

— Siéntate, Juan — dijo la mujer, confundida por sus lágrimas — Siéntate, Juan — y en los quiebros de su voz había ternura, amor, miedo y soledad.

El tren se puso en marcha. Las manos de la mujer revoltearon en la despedida. Las arrugas y el llanto habían terminado de borrar las facciones.

— Adiós, María.

Las manos de la mujer respondían al adiós y todo lo demás era silencio. El hombre se volvió.

— Siéntese aquí, abuelo — dijo el hombre de la bota, levantándose.

La mujer mayor estiró las piernas. La joven bajó la cortina de



hule. El hombre que había hablado de la guerra sacó una petaca oscura y grande.

— Tome usted, abuelo. ¿Va usted a que le operen?

Entonces el anciano bebió de la bota, aceptó el tabaco y comenzó a contar. Sus palabras acompañaban a los campos.

— La enfermedad..., la labor..., la tierra..., la falta de dinero... La primera vez, la primera vez que María y yo nos separamos... Sus años se sucedían monótonos como el traqueteo.

## COMENTARIOS

### La miss (p. 4)

<sup>1</sup> da a la calle — выходит на улицу

<sup>2</sup> con la cara pegada a los cristales — прижавшись лицом к стеклу

<sup>3</sup> No hagas caso (hacer caso). — Не обращай внимания (обращать внимание).

<sup>4</sup> qué bien le irá este temporal a la tierra — как нужен этот дождь земле

<sup>5</sup> cruzarían bien la calle — наверное, им легко переходить улицу

<sup>6</sup> Albión — древнее название Британских островов. Термин употребляется в Англии в возвышенном стиле, в других странах — обычно в несколько ироническом смысле.

<sup>7</sup> Drake — Фрэнсис Дрейк (1545—1595) — английский мореплаватель и пират

<sup>8</sup> Fariseos — фарисеи — представители религиозно-политического течения в Иудее во 2—1 вв. до н. э. и в первые века нашей эры. Вожди фарисеев вели борьбу с раннехристианскими общинами, поэтому в евангелиях их называли лицемерами. Отсюда переносное значение слова «фарисеи» — «ханжи».

<sup>9</sup> al oído — на ухо

<sup>10</sup> Saratoga — город в США (штат Нью-Йорк), в районе которого 17 октября 1777 во время войны за независимость (в Северной Америке) 1775—1783 гг. американские войска заставили сдаться в плен английские войска (около 10 тыс. человек). После этой победы Франция, а затем Испания и Нидерланды открыто стали на сторону США против Англии

<sup>11</sup> Como si en España no hubiese buenos profesores. — Как будто в Испании нет хороших преподавателей.

<sup>12</sup> ya está bien — довольно

<sup>13</sup> con la costura abandonada sobre el haldá — опустив шитье на колени

<sup>14</sup> de cuando en cuando — время от времени, иногда

### El partido de fútbol (p. 6)

<sup>1</sup> me daba el sol en los ojos — солнце светило мне прямо в глаза

<sup>2</sup> Pero eso no vale. — Но это не в счет.

<sup>3</sup> nos sentamos en preferencia — мы сели на лучшие места

<sup>4</sup> delantero centro — центральный нападающий

<sup>5</sup> bicicleta de carrera — гоночный велосипед

<sup>6</sup> como si fueran palcos de teatro — как в театральной ложе

<sup>7</sup> al sol — под солнцем; эд. на солнечной стороне

<sup>8</sup> daba lástima — вызывали жалость

<sup>9</sup> corriendo en hilera — бегом друг за другом

<sup>10</sup> sin desbastar — (обувь, которой) нет сносу



- 11 le dio una patadita al balón — слегка ударила ногой по мячу  
 12 saque de línea — вбрасывание из-за боковой линии  
 13 como si se estirase muchísimo — словно вытягивается как струна  
 14 daba gusto (dar gusto) — нравилось, было приятным (нравиться, быть приятным)  
 15 vista a la derecha, vista a la izquierda — направо, налево  
 16 sin dejar de comer — не переставая есть  
 17 daba unas pitadas — свистел  
 18 sin hacer otra cosa que levantar la banderita — только лишь поднимали флажок  
 19 como si los jugadores no se dieran cuenta (darse cuenta) — как будто игроки не понимали (понимать, давать себе отчет)  
 20 así como — а также  
 21 de mala gana — неохотно  
 22 a la vez — одновременно

### Comida en Madrid (p. 9)

- 1 sin regatear — не торгуясь  
 2 camino del hotel — по дороге в гостиницу  
 3 hacia lenguas — чрезмерно хвалил  
 4 Puerta del Sol — площадь в центре Мадрида  
 5 el ir y venir — движение то в одну, то в другую сторону  
 6 de vez en cuando — иногда  
 7 se quedaba moviendo la cabeza — качал головой  
 8 darle muchas vueltas (a algo) — переворачивать (что-л.)  
 9 le tocaron — выиграл  
 10 le gustaba mucho escucharse — которому очень нравилось, когда его слушали  
 11 Rioja — провинция в Испании  
 12 con los brazos cruzados sobre la mesa — скрестив руки и облокотившись ими на стол  
 13 ná — nada  
 14 Paella — испанское национальное блюдо  
 15 hacer boca — съесть или выпить для аппетита  
 16 por morenas y por cenizas están las sepulturas llenas — женщины и черная еда сводят в могилу  
 17 de un solo trago — одним глотком  
 18 en silencio — молча  
 19 con cara muy pegada al plato — низко опустив голову  
 20 Todavía me parece verlos perderse en la multitud. — Мне все еще кажется, что я вижу, как они растворяются в толпе.

### Injusticia (p. 11)

- 1 le ha ocurrido esto de pisar cosas — он наступал на что-то  
 2 estar a punto de — чуть не, едва не сделать что-л.  
 3 bombones helados — пирожное-мороженое  
 4 sin que los espectadores, ocupados en tomar posiciones, reparen en la maniobra del muchacho — причем зрители, занимающие свои места, не обращают внимания на действия мальчика  
 5 sin acelerar el paso — не ускоряя шаг  
 6 No vayan a sospechar... — Как бы не заподозрили...  
 7 costarían — могли бы стоить  
 8 o quien...

- 9 por si los reclaman — вдруг их потребуют обратно  
 10 Me gratificarán... — Мне, наверное, дадут вознаграждение...  
 11 Para que esos tíos se queden con el dinero... — Чтобы деньги достались этим типам...  
 12 La de cosas que se pueden hacer con tantas pesetas... — Сколько всего можно сделать (купить) на эти деньги  
 13 si el dueño la echa de menos — если хозяин заметит отсутствие бумажника (хватится его)  
 14 de vez en vez — иногда  
 15 sigue dando vueltas — продолжает ломать голову  
 16 en torno — вокруг  
 17 ¿Y si fuera un ladrón? — А вдруг это был вор?  
 18 en cambio — напротив, наоборот  
 19 se cree obligado a entregarla — он считает, что должен вернуть бумажник  
 20 en todo caso — как бы то ни было, во всяком случае  
 21 se le hace insoportable — ему становится невыносимо  
 22 le quita el sueño — лишает его сна  
 23 o lo que sea — или чего-нибудь другого  
 24 pobre como las ratas — бедный, как церковная мышь  
 25 con la conciencia en paz — со спокойной совестью  
 26 así se hace — так нужно поступать  
 27 ya que — так как; з.д. раз он  
 28 de cualquier modo — как бы то ни было  
 29 el trabajo que le costó — сколько усилий ему стоило  
 30 le hace una ficha — заводит на него карточку  
 31 Le duele la injusticia. — Ему горько от несправедливости.  
 32 Cosas de la vida. — Жизнь полна превратностей.  
 33 Tal vez si se hubiera quedado con el dinero, no tuviera nada que justificar. — Возможно, если бы он оставил деньги себе, ему не пришлось бы ничего доказывать.  
 34 da un puntapié — пинает

### Una hora de vida (p. 15)

- 1 medio dormido — в полусне  
 2 descuida — не беспокоится  
 3 a tientas — на ощупь  
 4 Lo retuvo unos instantes junto al oído. — Он приложил их (часы) на несколько секунд к уху.  
 5 no le di cuerda — я их не завел (dar cuerda al reloj — заводить часы)  
 6 al borde de — на краю  
 7 poniendo (poner) en hora el reloj — ставя (поставить) часы  
 8 con la prisa — в спешке  
 9 con frecuencia — часто  
 10 pendiente del reloj — не отрывая глаз от часов  
 11 ir y venir — взад и вперед  
 12 En medio de todo tenía suerte. — Все-таки ему повезло  
 13 iba a quedar resuelto — должно быть решено  
 14 paseó... la vista — обвел взглядом  
 15 al menos — по крайней мере, хотя бы  
 16 Le echaré un vistazo a la calle. — Я взгляну на улицу  
 17 El reloj... dio... diez campanadas. — Часы... пробили... десять ударов  
 18 le costó trabajo — Ему стоило усилий  
 19 al ponerlo en marcha — Когда он их (часы) заводил  
 20 van a estallarme los nervios — мои нервы не выдержат



- 21 se echó a la calle — выскочил на улицу  
 22 Ni lo recordaba... — Он даже не помнил этого  
 23 subía un olor fresco a tierra húmeda — поднимался свежий запах влажной земли  
 24 desembocó — зд. вышел  
 25 de repente — вдруг, внезапно  
 26 como si el tiempo se hubiera dormido — словно время уснуло  
 27 abandonadas — зд.: опущенные  
 28 le hubiera gustado — ему бы хотелось  
 29 tampoco hubiera reconocido — также не узнал бы  
 30 a sí mismo — самому себе

## La lámpara (p. 17)

- 1 desengáñate — зд. пойми  
 2 puedes pasarte sin ella — можешь обойтись без нее  
 3 te estás quemando la vista — ты портишь себе зрение  
 4 paga extraordinaria — дополнительные выплаты  
 5 desde luego — конечно, безусловно  
 6 tienes que hacerte a la idea — ты должен об этом подумать  
 7 todo se andrà — все устроится  
 8 ni sé — я даже не знаю  
 9 de una vez — немедленно, тотчас, наконец  
 10 no perder el hilo — не терять нить (размышлений)  
 11 la oyó, por fin, alejarse — наконец, он услышал, что она уходит  
 12 dejaba caer — рассеивала  
 13 se esfumaría — вероятно, улечится  
 14 por supuesto — конечно, разумеется  
 15 ni siquiera — даже не  
 16 él podría prolongar a su antojo — он мог бы продлить по своему желанию

## Envidia (p. 19)

- 1 no se le podía gastar bromas ni burlas — над ней нельзя было ни насмехаться, ни шутить  
 2 en razón de — в силу  
 3 ni falta que me hace — очень мне это надо  
 4 hacía pensar que se bastaba a sí misma — складывалось впечатление, что ей было достаточно своего собственного общества  
 5 de escondidas — тайком, украдкой, незаметно  
 6 no parecía darse cuenta de — казалось, она не понимала  
 7 sin dejar de mirar — не переставая смотреть  
 8 se echó (escharse) a reír — расхохоталась (расхохотаться)  
 9 de revés — тыльной стороной руки  
 10 soltó (soltar) una risotada — громко рассмеялся (рассмеяться)  
 11 yo no lo pasé bien — я жила плохо  
 12 te supiste valer por ti misma — ты умела за себя постоять  
 13 usted = usted  
 14 le daría lástima — ей, очевидно, стало жаль  
 15 ¡Vaya si me gustaba! — Еще бы мне не нравилось!  
 16 me arañaban gatos o demonios — У меня на душе скребли кошки  
 17 me venían a las mientes — я вспомнила  
 18 a voces — громко, во весь голос  
 19 Nadie tiene que andarme a mí con compasiones. — Никто не должен меня жалеть.

- 1 quedo (quedar) bien — я буду на высоте (преуспеть, оказаться на должной высоте)  
 2 me quedo de plantilla — меня зачислят в штат  
 3 cuya presencia no desea hacerse notar — который не хочет, чтобы его замечали  
 4 a tono con — созвучно  
 5 en mangas de camisa — без пиджака  
 6 ¡Si tuvieran cuidado! — Если бы они были внимательны!  
 7 cuanto peor..., mejor — чем хуже..., тем лучше  
 8 Ni los buenos días. — Даже не поздоровались.  
 9 al tiempo = mientras  
 10 hace valer su jerarquía — дает почувствовать свое превосходство  
 11 no correrá tanta prisa — это не так уж срочно  
 12 de antemano — заранее  
 13 deja caer — бросает  
 14 no sólo..., sino — не только..., но и  
 15 hacen (hacer) gala — выставляют (выставлять) напоказ

## El doble (p. 26)

- 1 a su alcance — доступный  
 2 Servidor. — К вашим услугам.  
 3 pasó revista — обвел взглядом  
 4 al azar — наугад  
 5 ¡Deja que te mire! — Дай посмотреть на тебя!  
 6 ¡Las veces que pregunté por ti...! — Сколько раз я спрашивал о тебе..  
 7 ni hablar — об этом не может быть и речи  
 8 quedaron en silencio — они замолчали  
 9 Va para dos años. — Года два тому назад.  
 10 hizo (hacer) un alto — остановился (остановиться)  
 11 parecía un habitual de la casa — казалось, он был здесь частым посетителем  
 12 se encogió (encogerse) de hombros — пожимая (пожимать) плечами  
 13 ¿Te dieron alguna razón? — Тебе это как-то объяснили?  
 14 miró de soslayo — искоса взглянул  
 15 Usted tendrá costumbre. — Вы, наверное, привыкли.  
 16 meter el cuerno — подвергаться опасности  
 17 el traje de luces — костюм тореро  
 18 "Rodando" — «Мотор» (rodar — снимать фильм)  
 19 ¡Guapo él! — Каков красавчик!  
 20 ¡Presume, anda, presume, láscete bien! — Давай, выше голову, покажи себя!  
 21 Al fin de cuentas — в конечном счете  
 22 a sus anchas — вдоволь, в свое удовольствие  
 23 cosa de poco — пустяк  
 24 ¿Ya no hay cogida? — Уже не нужен кадр, где бык подхватывает тореро на рога?  
 25 ¡Vaya si que hay: la tuya! — Так ведь он уже есть: с твоим участием!  
 26 una vez alejado el toro — как только быка увели  
 27 al cabo de un rato — через некоторое время



## Un día de libertad (p. 32)

- <sup>1</sup> ando ocultando — я скрываю
- <sup>2</sup> te habrán vuelto a admitir — тебя, наверное, снова приняли
- <sup>3</sup> daría por supuesto — она, очевидно, считала само собой разумеющимся
- <sup>4</sup> me he sentido (sentirse) al descubierto — я чувствовал (чувствовать) себя неприкаянным
- <sup>5</sup> no tengo (tener) conciencia de — я не считаю (сознавать, отдавать себе отчет)
- <sup>6</sup> pero yo sí que no necesito justificarme — мне незачем оправдываться
- <sup>7</sup> de chico — когда был маленьким
- <sup>8</sup> me quedé atrás — я отстал
- <sup>9</sup> Pies de plata — Серебряные пятки
- <sup>10</sup> Cruzó el recuerdo como una ráfaga y se quería volver a enterrar para siempre. — Воспоминание пронеслось как молния и готово было исчезнуть навсегда.
- <sup>11</sup> Pero yo no me lo podía dejar ir. — Но я не мог этого допустить
- <sup>12</sup> de puntillas — на цыпочках
- <sup>13</sup> a su antojo — причудливо
- <sup>14</sup> Fue Germán el que nos avisó. — Именно Герман нас предупредил.
- <sup>15</sup> le oí gritar — я услышал, как он кричит
- <sup>16</sup> de espaldas — повернувшись спиной
- <sup>17</sup> en dos zancadas — одним прыжком
- <sup>18</sup> por encima de mi hombro — через мое плечо
- <sup>19</sup> ¿Qué rayos está usted poniendo? — Черт возьми, что вы тут пишете?
- <sup>20</sup> tengo derecho (a) — имею право (на что-л.)
- <sup>21</sup> no se me fuera a pasar — как бы она (сценка) не ускользнула от меня
- <sup>22</sup> ¡A mí no me ha tomado nadie el pelo! — Надо мной еще никто никогда не насмехался!
- <sup>23</sup> fuera de sí — вне себя
- <sup>24</sup> al pie de la letra — в буквальном смысле
- <sup>25</sup> entonces fue cuando me puse de pie — именно тогда я встал
- <sup>26</sup> no tengo... nada que ver con — не имею ничего общего
- <sup>27</sup> era yo quien decía realmente aquellas palabras — именно я произносил эти слова
- <sup>28</sup> pendiente de mis... palabras — напряженно ожидая моих новых слов
- <sup>29</sup> van a romper a aplaudir — сейчас они начнут аплодировать
- <sup>30</sup> sin que ... haya cambiado ninguna cosa — хотя... ничего не изменилось
- <sup>31</sup> a todas partes — везде, повсюду
- <sup>32</sup> a medida que — по мере того как
- <sup>33</sup> las horas extraordinarias — сверхурочная работа
- <sup>34</sup> en cierto modo — до известной степени
- <sup>35</sup> se vive a gusto — живет хорошо
- <sup>36</sup> a punto — вовремя
- <sup>37</sup> a oscuras — в потемках
- <sup>38</sup> sesión continua — непрерывный сеанс (демонстрация фильма без интервалов между сеансами)
- <sup>39</sup> No he tenido gana. — Мне не хотелось.
- <sup>40</sup> con azaro — смущенно
- <sup>41</sup> a lo mejor — пожалуй, вероятно
- <sup>42</sup> metí... la pata — оплошал
- <sup>43</sup> le tenía a mi disposición — я могу на него рассчитывать
- <sup>44</sup> por lo menos — по крайней мере
- <sup>45</sup> mecanógrafo — мужчина на должности машинистки
- <sup>46</sup> Volver al saque. — Вернуться к обиходной игре

- <sup>1</sup> por lo menos — по крайней мере
- <sup>2</sup> Vengo hambriento... — Я очень голоден
- <sup>3</sup> Has perdido la línea — у тебя испортилась фигура
- <sup>4</sup> a su vez — в свою очередь
- <sup>5</sup> a toda costa — любой ценой
- <sup>6</sup> Zutano o Mengano — некто, некая конкретная личность
- <sup>7</sup> ¿quién valía la pena? — кто заслуживает внимания?
- <sup>8</sup> por el momento — в данный момент, на сегодня
- <sup>9</sup> me dejé engañar — я был обманут
- <sup>10</sup> tampoco merece la pena — и не стоит
- <sup>11</sup> le aplastan (aplastarle) a uno el alma — раздирают (раздирать) тебе душу
- <sup>12</sup> se echó (echarse) a llorar — расплакалась (расплакаться)
- <sup>13</sup> no cabía duda — не было сомнений
- <sup>14</sup> cien por cien — стопроцентный
- <sup>15</sup> en lugar de — вместо
- <sup>16</sup> a la salida — когда он уходил
- <sup>17</sup> Sócrates — Сократ (древне-греческий философ, излагал свое учение устно).
- <sup>18</sup> lanzar un libro — выпустить книгу
- <sup>19</sup> a rayas — в полоску.
- <sup>20</sup> Se sintió feliz de no verse observado. — Он был счастлив, что его никто не видит
- <sup>21</sup> las consideró pensativo — задумчиво посмотрел на них
- <sup>22</sup> soltó... tácos — нецензурно выругался
- <sup>23</sup> no haría pie — не достанет ногой дно
- <sup>24</sup> sin remedio — непременно
- <sup>25</sup> Un encanto de chiquilla. — Прелестная девушка.
- <sup>26</sup> después de ganarse el las oposiciones — после прохождения по конкурсу на замещение вакантной должности
- <sup>27</sup> en cuesta — в гору
- <sup>28</sup> ¡Qué sé yo! — Откуда мне знать!
- <sup>29</sup> tenía a su cargo — были на ее ответственности
- <sup>30</sup> tomar por loca — считать сумасшедшей
- <sup>31</sup> y me dio calabazas — и она дала мне от ворот поворот
- <sup>32</sup> le cobró un extraño rencor — его охватила странная злоба
- <sup>33</sup> Era un decir... — Так говорили...
- <sup>34</sup> frente a frente — лицом к лицу
- <sup>35</sup> ¡me da una pena! — мне так больно!
- <sup>36</sup> ni para leer — даже почитать
- <sup>37</sup> Había pasado hasta hambre... — Он даже голодал...
- <sup>38</sup> Cayó en la cuenta. — Он догадался.
- <sup>39</sup> a la redonda — вокруг
- <sup>40</sup> al fin y al cabo — в конце концов
- <sup>41</sup> Por algo no quería dejarla. — Он не променял бы ее ни на что
- <sup>42</sup> sin rodeos — напрямик, без обиняков

## Un golpe de teléfono (p. 44)

- <sup>1</sup> golpe de teléfono — телефонный звонок
- <sup>2</sup> fruncir el entrecejo — хмурить брови
- <sup>3</sup> proporciona una vida doméstica sin problemas — создает спокойную семейную жизнь
- <sup>4</sup> con seño estaba todavía — она была все еще хмурой
- <sup>5</sup> no es que fuera un hombre gordo — не то, чтобы он был полным



- <sup>6</sup> *date (darse) prisa* — поторопись (торопиться, спешить)  
<sup>7</sup> *en marcha* — по дороге  
<sup>8</sup> *por lo visto* — видимо  
<sup>9</sup> *¡Vamos!...* — Вот еще! Быть того не может!  
<sup>10</sup> *vamos a salir de dudas* — давай разберемся  
<sup>11</sup> *ahora mismo* — сейчас же, сразу, сию минуту  
<sup>12</sup> *menos aún* — тем более  
<sup>13</sup> *de manera que* — так что  
<sup>14</sup> *Tú dirás.* — Говори.  
<sup>15</sup> *estuve colocada de dependienta* — я работала продавщицей  
<sup>16</sup> *Fueron chiquilladas.* — Это было несерьезно.  
<sup>17</sup> *en cambio* — напротив, наоборот  
<sup>18</sup> *¿Qué más da?* — Не все ли равно?  
<sup>19</sup> *no tuve más remedio* — у меня не было иного выхода  
<sup>20</sup> *resultó ser un chantajista de la peor especie* — оказался самым низко-  
 пробным шантажистом  
<sup>21</sup> *le di largas nada más* — я только откладывала встречу  
<sup>22</sup> *como fuese* — любым способом  
<sup>23</sup> *de que me dejara (dejar) en paz...* — чтобы он оставил (оставить) меня в  
 покое...  
<sup>24</sup> *me las arreglé* — я устроила  
<sup>25</sup> *nada más verle* — как только я его увидела  
<sup>26</sup> *¿Sin más ni más?* — Просто так?  
<sup>27</sup> *por las malas* — со злыми намерениями  
<sup>28</sup> *por las buenas* — добровольно  
<sup>29</sup> *soltó (soltar) una carcajada* — расхохотался (расхохотаться).  
<sup>30</sup> *atar... cabos* — уяснить (сопоставляя одно с другим)  
<sup>31</sup> *al alcance de la mano* — рядом  
<sup>32</sup> *hasta se me ocurrió* — даже мне пришла в голову мысль  
<sup>33</sup> *ten en cuenta* — имей в виду, учти  
<sup>34</sup> *que... hicieran efecto* — чтобы подействовали  
<sup>35</sup> *hasta hacerme daño* — до боли  
<sup>36</sup> *¡Menos mal!* — Слава богу! Спасибо и на этом!  
<sup>37</sup> *Hasta cierto punto.* — До некоторой степени.  
<sup>38</sup> *de sobra* — в изобилии  
<sup>39</sup> *Una nada más.* — Только одну  
<sup>40</sup> *ordenando sus recuerdos* — собираясь с мыслями  
<sup>41</sup> *rompió a reír* — расхохотался  
<sup>42</sup> *¿A qué vienen esas carcajadas estúpidas?* — к чему этот глупый смех?  
<sup>43</sup> *pero es que tiene gracia de verdad* — но это на самом деле смешно  
<sup>44</sup> *de lo lindo* — отменно, превосходно  
<sup>45</sup> *Déjate de bromas.* — Перестань шутить.  
<sup>46</sup> *se hizo (hacer) pedazos* — разбился (разбить) вдребезги  
<sup>47</sup> *todo lo contrario* — все наоборот  
<sup>48</sup> *con ceño* — нахмурившись  
<sup>49</sup> *se dio a la fuga* — удрал, скрылся  
<sup>50</sup> *tomó el número de la matrícula* — записал номер машины  
<sup>51</sup> *por suerte* — к счастью  
<sup>52</sup> *se le va a caer el pelo* — ему здорово влетит  
<sup>53</sup> *Homicidio suena a hombre.* — Убийство ассоциируется с мужчиной.  
<sup>54</sup> *en cierto modo* — некоторым образом  
<sup>55</sup> *quítame un peso de encima* — снять с души камень  
<sup>56</sup> *lo que vale es la intención* — главное — это намерение  
<sup>57</sup> *aunque te salga el tiro por la culata* — если даже произойдет осечка  
<sup>58</sup> *de momento* — в данный момент  
<sup>59</sup> *de veras* — на самом деле

<sup>60</sup> *salieron tiempo* — скоротать, убить время; переждать  
<sup>61</sup> *salieron a relucir* — всплыли

## Vamos a pescar Manoles (p. 58)

- <sup>1</sup> *cuarto de estar* — гостиная  
<sup>2</sup> *de dos en dos* — по двое, попарно  
<sup>3</sup> *los tiempos de Maricastaña* — давние, допотопные времена; времена  
 царя Гороха  
<sup>4</sup> *en toda tierra de garbanzos* — везде, на всем белом свете  
<sup>5</sup> *¡Menuda frase te salió!* — Ну ты даешь!  
<sup>6</sup> *está haciendo (hacer) la pascua* — докучает, надоедает (приставать, до-  
 кучать)  
<sup>7</sup> *sin darle importancia* — не придавая значения  
<sup>8</sup> *No hay más que veros a papá y a tí.* — Стоит только взглянуть на тебя  
 и на папу.  
<sup>9</sup> *daís (dar) la impresión* — производите (производить) впечатление  
<sup>10</sup> *no todo el monte fue siempre orégano* — во всяком деле всегда свои  
 трудности  
<sup>11</sup> *El buenazo de papá...* — Папа такой добряк...  
<sup>12</sup> *me traje por la calle de la Amargura* — заставил меня пострадать  
<sup>13</sup> *de acá* — великолепный, превосходный, необыкновенный  
<sup>14</sup> *¡No me digas!* — Что ты говоришь!  
<sup>15</sup> *yo también sudé lo mío* — мне тоже пришлось потрудиться  
<sup>16</sup> *me gustaba a rabiar* — мне ужасно нравился  
<sup>17</sup> *el tío no picaba* — он не поддавался  
<sup>18</sup> *no le hizo ninguna gracia mi comentario* — ему не понравилось мое  
 замечание  
<sup>19</sup> *¿Qué más te da?* — Какая тебе разница?  
<sup>20</sup> *de mentirijillas* — в шутку, ради смеха, не всерьез  
<sup>21</sup> *verdades como puños* — бесспорная истина, чистейшая правда  
<sup>22</sup> *echar a perder* — испортить  
<sup>23</sup> *no corrí peligro* — я не подвергалась опасности  
<sup>24</sup> *por mi cuenta y riesgo* — на свой страх и риск  
<sup>25</sup> *te jugaste (jugarse) el tipo* — разыграла (разыгрывать) комедию  
<sup>26</sup> *no se pescan truchas a bragas enjutas* — погов. без труда не выловить  
 рыбку из пруда  
<sup>27</sup> *como una seda* — без затруднений; гладко, как по маслу  
<sup>28</sup> *se dio (darse) importancia* — заважничал (важничать), возгордился  
<sup>29</sup> *sabe al dedillo* — знает назубок; знает, как свои пять пальцев  
<sup>30</sup> *Borbón* — французская королевская династия, занимавшая престол в  
 Испании в 1700—1800, 1814—1868, 1874—1931 и 1975.

## La despedida (p. 67)

- <sup>1</sup> *a pocos* — в небольших количествах  
<sup>2</sup> *ya estames* — уже приехали  
<sup>3</sup> *dándose aire* — обмахиваясь  
<sup>4</sup> *En la guerra tenía que haber visto usted este tren.* — Вы бы видели этот поезд  
 во время войны.  
<sup>5</sup> *Se quedó un momento suspenso.* — Он на минуту замолчал.  
<sup>6</sup> *¡Vaya calor!* — Ну и жара!  
<sup>7</sup> *abandono triste y cuartelero* — печальный и казарменный вид  
<sup>8</sup> *Forcejeaba, jadeante, un hombre en la puerta.* — В дверях стоял человек,  
 тяжело дыша и согнувшись под тяжестью (багажа).  
<sup>9</sup> *Dile todo, no dejes de decirselo.* — Скажи ему все, обязательно скажи.



## VOCABULARIO

### A

abanico *m* веер  
 abejorro *m* шмель  
 abismo *m* пропасть, бездна  
 abogado *m* адвокат  
 abrazar обнимать  
 abrumar подавлять, удручать, докучать, обременять  
 abstraerse углубляться, уходить в себя  
 abstraído погруженный в свои мысли, сосредоточенный  
 abundante обильный  
 aburrirse скучать  
 acariciar ласкать, гладить  
 acaso случайно, возможно  
 accidente *m* несчастный случай, авария  
 acceder соглашаться; уступать  
 aceitoso масляный  
 acelerar ускорять  
 acentuar *перен.* выделять, подчеркивать  
 aceptable приемлемый, приятный  
 acera *f* тротуар  
 acertar (*a + inf*) *зд.* удаваться что-л. сделать  
 aclaración *f* уточнение  
 acomodador *m* билетер, контролер (*в кинотеатре*)  
 acordarse помнить  
 acritud *f* едкость, язвительность  
 acuciar подстегивать  
 acudir подходить; быстро приходить, являться  
 acurrucarse съезжиться  
 acusar обвинять  
 adelantar идти впереди; преуспевать; спешить  
 ademán *m* жест  
 adivinar угадывать  
 admitir принимать, допускать, соглашаться

-adormecer усыплять  
 adornar украшать  
 adquirir приобретать  
 advertir предупреждать  
 afable приветливый, вежливый  
 afán *m* горячее желание, стремление  
 afecto *m* привязанность, нежность  
 afinidad *f* симпатия, влечение, родство (*характеров*)  
 afirmar утверждать  
 aflojar ослаблять, разжимать  
 afortunado счастливый, удачный  
 agacharse наклоняться  
 agarrar схватить, вцепиться  
 ágil ловкий  
 agilidad *f* ловкость  
 agitado возбужденный, взволнованный  
 aglutinar склеивать  
 agobiado подавленный, угнетенный  
 agotado истощенный, изнуренный  
 agrio едкий, язвительный  
 aguaducho *m* киоск с прохладительными напитками  
 aguantar терпеть, сдерживать  
 aguardar ждать  
 agudo резкий  
 aguja *f* стрелка  
 aguzar оттачивать; подстрекать, побуждать  
 ahogar душить, заглушать; ~ *se* тонуть  
 ahorrar сберегать, экономить  
 aire *m* вид; воздух  
 ajeno чужой  
 ajustar точно пригонять, подгонять, прилаживать  
 alameda *f* тополевая аллея  
 alarmarse тревожиться  
 albornoz *m* купальный халат  
 alcoba *f* спальня

alentar ободрять, воодушевлять  
 aletrar махать руками  
 algarabía *f* крик, шум  
 aliento *m* дыхание  
 alivio *m* облегчение  
 alma *f* душа  
 alquilar отдавать внаем, напрокат; снимать (*о квартире*)  
 alterar изменять, волновать  
 alzar поднимать  
 amargo горький  
 amenaza *f* угроза  
 amodorrar вызывать сонливость  
 ampliar расширять  
 amplificado усиленный, увеличенный  
 anciano *m* старик  
 andamio *m* строительные леса, помост  
 angustia *f* тоска, тревога  
 anhelar страстно желать, домогаться  
 animal *m* животное  
 animar ободрять, воодушевлять  
 ansia *f* страстное желание, жажда чего-л.  
 ansioso тревожный, страстно желающий  
 anterior предыдущий  
 antesala *f* холл, прихожая  
 anticipo *m* аванс, задаток  
 anudar завязывать; *перен.* соединять, устанавливать связь  
 anuncio *m* объявление  
 anzuelo *m* рыболовный крючок  
 añadir добавлять  
 apacible приятный, спокойный  
 apagar гасить, тушить  
 aparador *m* буфет, шкаф  
 ararero *m* компаньон; арендатор  
 aparente кажущийся, видимый  
 apariencia *f* внешность, видимость  
 apartar отодвигать  
 aparte в стороне, отдельно  
 apasionado страстный, пылкий  
 aparecer выходить (*из машины*)  
 apenas едва, как только  
 apercibirse быть готовым к чему-л.  
 aplicar применять  
 aplomo *m* самоуверенность, апломб  
 apropiarse овладевать  
 apoyar прислонять; ~ *se* опираться  
 apreciar оценивать  
 apresurarse (*a*) торопиться, спешить  
 apretar пожимать, сжимать  
 aproximarse приближаться  
 arigar торопить, подгонять  
 arigo *m* затруднительное положение  
 arañar царапать  
 arbusto *m* куст

archivo хранить в архиве  
 arena *f* песок  
 argumento *m* сюжет, тема; смысл  
 armar монтировать, собирать  
 armazón *m* арматура  
 arrancar вырывать, выдергивать, трогать с места  
 arrasar сносить, разрушать  
 apreciar усиливаться  
 arreglar устраивать; ~ *se* располагаться, устраиваться; наряжаться  
 arrellanarse развалиться (*в кресле*)  
 arrepentirse раскаиваться  
 arriesgar рисковать  
 arrimarse прислоняться  
 arrinconar ставить, задвигать в угол  
 arrojar бросать  
 arrollar свертывать, скатывать  
 arruga *f* морщина  
 arrugar морщить  
 arrumbrar засовывать, забрасывать  
 articular четко произносить  
 artificial искусственный  
 artista *m* художник  
 asado *m* жареное мясо  
 asegurar уверять, заверять  
 asentar ставить, укладывать; *зд.* увязнуть  
 asentir соглашаться, одобрять  
 asesinato *m* убийство  
 asesino *m* убийца  
 asiento *m* место, сиденье  
 asignación *f* назначение; ассигнование  
 asomarse выглядывать, заглядывать  
 áspero шершавый; резкий (*о голосе*)  
 aspiración *f* стремление, запросы  
 aspirar вдыхать  
 asunto *m* дело  
 asustarse пугаться  
 atar связывать, завязывать  
 ataúd *m* гроб  
 atenerse gridерживаться чего-л.  
 aterrar укачать, приводить в ужас  
 ático *m* аттик, надстройка  
 atracción *f* притягательность, привлекательность  
 atragantarse запнуться, сбиться  
 atonador громкий  
 atropellar сбивать  
 aturdir ошеломлять, поражать  
 auricular *m* телефонная трубка  
 ausentar удалять; *зд.* удерживать  
 autopsia *f med.* вскрытие  
 avanzar идти вперед, продвигаться  
 averiguación *f* расследование  
 averiguar выяснять  
 avisador *m* сигнальный аппарат



avisar предупреждать  
 aviso *m* уведомление, извещение  
 avivar оживать, оживать  
 azoramiento *m* испуг, волнение  
 azotar бить

## B

balbucir лепетать, бормотать  
 balón *m* мяч  
 banco *m* скамейка; банк  
 banda *f* оркестр  
 bandada *f* стая  
 bandeja *f* поднос  
 bárbaro *m* варвар; *adj* безрассудный; прекрасный, сильный (*выражение восторга*)  
 barco *m* корабль  
 barrera *f* барьер; первый ряд мест для публики на бое быков  
 barriga *f* живот  
 barrio *m* квартал, часть города  
 barro *m* грязь  
 bata *f* халат  
 bautizar крестить  
 beneficio *m* благодеяние, благотворительность  
 besar целовать  
 bigote *m* усы  
 bisabuela *f* прабабушка  
 bobada *f* глупость  
 boca *f* рот; губы  
 bofetada *f* пощечина  
 bolsillo *m* карман  
 bombilla *f* электрическая лампочка  
 bondadoso добрый, мягкий, кроткий  
 borde *m* край  
 bordear окаймлять  
 borracho *m* пьяный  
 borrar вычеркивать, стирать  
 borronear чертить, делать набросок  
 bostezar зевать  
 bota *f* ботинок; бурдюк (*для вина*)  
 bote *m* лодка  
 botón *m* кнопка  
 botones *m pl* рассыльный  
 brazalete *m* браслет  
 brazo *m* рука  
 brebaje *m* напиток, питье (*неприятное на вкус*)  
 brega *f* борьба, схватка  
 brillar блестеть, сверкать  
 brinco *m* прыжок, скачок  
 brío *m* сила, мужество, решимость  
 broma *f* шутка  
 brusco грубый, резкий

bufido *m* гнев, ярость  
 burilar гравировать резцом  
 burlar (*de*) шутить; ~ *se* насмехаться, издеваться  
 burlón шутливый, насмешливый  
 burriciego плоховидящий (*бык*)  
 burro *m* осел

## C

caballo *m* лошадь  
 cabecera *f* заголовок  
 cabellera *f* волосы, шевелюра  
 saber вмещать  
 cabo *m* конец; мыс  
 cacahuete *m* земляной орех  
 cacharro *m* глиняный сосуд, горшок; любая посуда  
 cachete *m* пощечина, оплеуха  
 cadáver *m* труп  
 caja *f* ящик, коробка  
 calzarse надевать (*очки*)  
 calcetín *m* носок  
 calcular считать  
 cálculo *m* расчет  
 calidad *f* качество  
 calma *f* спокойствие  
 calmarse успокаиваться  
 calvear лысеть  
 calvo лысый  
 calzada *f* шоссе  
 calzarse обуваться  
 callar молчать  
 cambiar менять  
 cambio *m* перемена, изменение; *en* ~ наоборот  
 caminata *f* ходьба; длинный утомительный переход  
 camión *m* грузовик  
 canelo коричневый  
 sangrejo *m* рак  
 cano седой  
 cansancio *m* усталость  
 cantidad *f* количество  
 cantilena *f* песнь; *перен.* старая песня  
 cantina буфет, закусочная  
 capataz *m* старший мастер  
 capítulo *m* глава книги  
 icaramba! черт возьми!  
 cargar нагружать; обременять; ~ *con* брать под свою ответственность  
 cariñoso ласковый, нежный  
 caritativo благотворительный, чело-  
 веколюбивый  
 carnada *f* приманка

карьера *f* карьера; гонка; профессия, специальность  
 carretera *f* шоссе  
 carro *m* повозка  
 cartoceria *f* кузов (*автомобиля*)  
 carroza *f* карета  
 carta *f* меню  
 cartera *f* бумажник  
 cascajo *m* развалина  
 cáscara *f* кожа  
 caseta *f* кабина (*на пляже*); *зд.* раз-  
 девалка  
 caso *m* случай  
 castaño *m* каштан (*дерево*)  
 casualidad *f* случайность  
 causar причинять, вызывать (*впечатление и т. д.*)  
 cazo *m* замкнутый, молчаливый  
 cebar кормить скот  
 cebo *m* корм, приманка  
 ceder уступать  
 cegar ослеплять  
 ceja *f* бровь  
 cenicero *m* пепельница  
 cerdo *m* свинья  
 certeza *f* уверенность  
 cesta *f* корзина  
 ciego слепой  
 cierto известный, определенный, верный, точный  
 cintura *f* пояс  
 círculo *m* круг  
 circunstancia *f* обстоятельство  
 cita *f* свидание, встреча  
 citar назначать встречу; дразнить  
 быка  
 clavar *зд.* устремлять (*взор*), впи-  
 ваться (*глазами*)  
 cobijar давать убежище, покрывать  
 cobrar получать (*деньги*)  
 cocinera *f* кухарка  
 coincidir совпадать  
 cojear хромать  
 cola *f* очередь  
 colera *f* гнев, раздражение  
 colgar висеть, повесить (*телефонную трубку*)  
 colilla *f* окурок  
 colocar помещать, класть  
 coloquio *m* беседа, разговор  
 compartir разделять  
 compasión *f* сострадание  
 complacer доставлять удовольствие, угождать  
 complicado сложный  
 comprobar подтверждать, удостове-  
 рять

compromiso *m* обязательство, обе-  
 щание  
 concebir понимать, постигать  
 conceder предоставлять  
 concepto *m* понятие, мнение  
 concertar назначать встречу  
 conciencia *f* совесть  
 concluir завершать, заканчивать  
 concha *f* раковина; gafas *de* ~ роговые  
 очки  
 condescendencia *f* снисходительность  
 condición *f* условие  
 conducir водить  
 confesar сознаваться  
 confianza *f* доверие  
 confiar верить, доверять  
 confidencial доверительный  
 confirmar подтверждать  
 confusión *f* путаница; смущение, смятение  
 confuso запутанный, неясный; смущенный  
 congestionar скопляться; приливать (*о крови*)  
 conmover волнующий  
 conque итак  
 consagrar посвящать; освящать  
 conserje *m* швейцар, привратник  
 conservar сохранять  
 consideración *f* уважение; значение  
 considerar считать; уважать, ценить  
 consistir состоять  
 constante постоянный, непрерывный  
 constituir основывать; представлять  
 consultar советовать; взглянуть (*на часы*)  
 consumir потреблять, расходовать  
 contemplar созерцать  
 contener содержать, включать в себя; сдерживать  
 contiguo смежный  
 continuo постоянный, непрерывный  
 contorno *m* контур, очертание  
 contraluz *f*; *a* ~ против света  
 contundente причиняющий ущерб  
 contusión *f* контузия, ушиб  
 convencer убеждать  
 convenir соглашаться; conviene  
 нужно, должно  
 copa *f* рюмка; крона (*дерева*)  
 corazón *m* сердце  
 corbata *f* галстук  
 cordial сердечный  
 cordón *m* шнур, веревка  
 coronilla *f* макушка  
 correr бегать  
 corresponder соответствовать, отве-



чать взаимностью  
corriente обычный; *зд.* распространенный; *т.* поток (воздуха)  
cortar резать, кроить  
cortés вежливый  
cortijo *т.* ферма  
cortina *ф.* занавеска, штора  
coser шить  
costado *т.* бок, сторона  
costar стоить  
costear оплачивать  
costura *ф.* шитье  
creador *т.* создатель, творец  
criada *ф.* служанка  
criar растить, выращивать  
criatura *ф.* ребенок; создание  
crimen *т.* преступление  
cristal *т.* стекло  
crujir трещать, скрипеть  
cruzar скрещивать; пересекать (*до-  
рогу*); ~ se встречаться  
cuadrilla *ф.* квадрилья  
cuadro *т.* картина; грядка  
cualidad *ф.* качество  
cubrir покрывать  
cuello *т.* шея  
cuento *т.* сказка  
cuerda *ф.* веревка  
cuerno *т.* рог  
cuerno *т.* тело; фигура  
cuidado *т.* внимание; содержащийся в  
порядке  
cuidadoso тщательный  
cuidar заботиться  
culebra *ф.* змея  
culpa *ф.* вина  
culpabilidad *ф.* виновность  
curiosidad *ф.* любопытно  
cursi безвкусный, дурного тона  
cursilada *ф.* безвкусица, дурной тон  
curtido загорелый  
curva *ф.* кривая (*линия*); поворот

# Ch

charagón *т.* ливень, проливной  
дождь  
chapoteo *т.* плеск  
charizar нырять  
charco *т.* лужа  
chillar визжать, кричать  
chimenea *ф.* дымовая труба  
chínche *т.* клоп  
chirrido *т.* скрипение  
chiste *т.* шутка, острога  
chocar сталкиваться, наталкиваться  
choque *т.* столкновение

chuleta *ф.* отбивная котлета  
chapar посасывать сигарету, трубку

# D

debilidad *ф.* слабость  
decepción *ф.* разочарование  
decidido решительный  
décimo *т.* лотерейный билет  
declaración *ф.* показание  
declarar *юр.* давать показания;  
~ se признаваться в любви  
dedo *т.* палец; ~ índice указательный  
палец  
definir объяснять, уточнять  
definitivo определенный, оконча-  
тельный  
delicado изящный, нежный  
delicioso восхитительный, прелест-  
ный  
delincuente *т.* преступник  
demasiado чрезмерный, излишний  
demonio *т.* дьявол  
departamento *т.* купе  
depende зависеть  
depositar класть  
depósito *т.* хранилище, резервуар, бак  
deprimir подавлять, угнетать  
desahogado свободный, просторный  
desanimar лишать бодрости  
desaparecer исчезать  
descalzar разувать кого-л.  
descenso *т.* спуск, понижение  
descargar снимать (*трубку*)  
descolorido бледный  
descomunal необыкновенный, огром-  
ный  
desconcertar смущать, тревожить  
desconfianza *ф.* недоверие  
desconfiar не доверять, подозревать  
describir раздвигать (*шторы*)  
descubrir раскрывать; разоблачать  
desdeñar презирать  
desesperado отчаявшийся  
desgana *ф.* а ~ неохотно  
desgarbado грубый  
desgaste *т.* изнашивание  
desgracia *ф.* несчастье  
desierto пустой  
deslizarse скользить  
desmenuzar размельчать  
desnudo раздетый, обнаженный  
despacio медленно, тихо  
despachar сбывать, продавать товары  
despedir отпустить, провожать; уво-  
лить; ~ se прощаться

despeinado расчесанный, расте-  
панный  
despejarse проясняться; освобождать  
(*место*)  
despido *т.* увольнение  
despistar сбивать со следа  
despreciar оставлять без внимания,  
презирать  
desprender выделять  
destapar открывать, раскрывать  
destino *т.* судьба  
destronar разбить  
desviar отводить в сторону  
detenerse останавливаться  
detenimiento *т.* con ~ тщательно  
devolver вернуть  
diamante *т.* бриллиант  
dichoso счастливый  
diestro *т.* матадор  
diferencia *ф.* разница, различие  
difusión *ф.* вещание  
digno достойный  
dimensión *ф.* размер  
Dios *т.* бог  
disfrutar пользоваться  
disgustado недовольный  
disimular скрывать, утаивать (*мысли,  
чувства*)  
disimulo *т.* утаивание (*мыслей, чувств*)  
disparar стрелять  
disparate *т.* глупость, безрассудство  
dispuesto готовый, расположенный  
disputar оспаривать, бороться за пер-  
венство  
distinción *ф.* различие  
distinto отличный от чего-л.  
distráido рассеянный, невниматель-  
ный  
divertirse развлекаться  
dobladillo *т.* рубец, подшивка  
doblar сворачивать; дублировать  
doble *т.* дублер  
dominio *т.* владение  
dorso *т.* обратная сторона  
dueño *т.* хозяин  
dulce приятный, милый  
dulcificar смягчать  
dulzura *ф.* мягкость, кротость  
duradero продолжительный  
duro черствый, жесткий; *т.* монета,  
равная 5 песетам

# E

echar бросать; выгонять  
educación *ф.* образование, воспитание  
elaborar разрабатывать

elocuencia *ф.* красноречие  
elogiar хвалить  
eludir избегать, уклоняться  
embargar парализовать, препятство-  
вать  
emerger появляться на поверхности  
воды  
emisora *ф.* радиостанция  
emoción *ф.* волнение, возбуждение  
empapar пропитывать  
empedrar мостить улицы  
empeño *т.* настойчивость, упорство  
empleo *т.* работа, занятие  
emprender предпринимать  
empujar толкать  
empuñar держать (*рукой*)  
enamorar (de) влюбиться  
enarcar поднимать брови (*дугой*)  
encargado *т.* управляющий, агент,  
ответственный  
encoger стягивать, сжимать  
enchufe *т.* включатель  
enfadarse сердиться  
énfasis *т., ф.* высокопарность; вырази-  
тельность  
enfundar вкладывать; *зд.* закутывать  
enganchaг зацеплять, вешать (*на  
крюк*)  
engañar обманывать  
engordar полнеть  
enhebrar нанизывать  
enigmático загадочный  
enloquecer сходить с ума  
enmohecerse покрываться плесенью,  
ветшать  
ennegrecido почерневший  
enredarse запутываться  
enrejar обносить решеткой  
enrojecer краснеть  
ensayar репетировать, пробовать  
ensayo *т.* репетиция; очерк  
enseñar обучать; показывать  
enterarse узнавать  
entero целый  
enterrar закапывать в землю; хо-  
ронить  
enterrar прикрывать, щурить (*глаза*)  
entretener отвлекать; ~ se развле-  
каться, веселиться  
entretenimiento *т.* забава, развлечение  
entumecerse неметь, цепенеть  
envalentonarse ободриться, обрести  
мужество  
envenegar отравить  
envés *т.* обратная сторона  
enviar посылать  
envidia *ф.* зависть



envolver закутывать, заволакивать  
 equilibrio *m* равновесие  
 equivocarse ошибаться  
 era *f* клумба  
 error *m* ошибка, проступок  
 escalofrío *m* дрожь, лихорадка  
 escandalizarse возмущаться, раздражаться  
 escaño *m* скамья со спинкой  
 escapada *f* бегство (тайное)  
 escapar убежать, скрываться  
 escaparate *m* витрина  
 escaso недостаточный, скудный  
 esconder прятать  
 escrutar внимательно смотреть  
 escucha *m, f* слушатель  
 escupir плевать  
 escurrir скользить  
 esférico *m* эд. футбольный мяч  
 esforzarse стараться, делать усилие  
 esfuerzo *m* усилие  
 esmaltado гладкий, блестящий  
 espacio *m* пространство  
 espada *f* шпага  
 espalda *f* спина  
 espantar пугать, спугивать  
 espantoso страшный, ужасный  
 espectacular показной  
 espectador *m* зритель  
 espejear светиться, отражаться  
 espejo *m* зеркало  
 esperanza *f* надежда  
 espiar выслеживать, шпионить  
 espiritual духовный  
 estallar взрываться, вспыхивать  
 estancarse застояться  
 estanque *m* пруд  
 estoque *m* длинная шпага, рапира  
 estrellarse разбиться  
 estrenar надевать впервые  
 estremecer сотрясать, заставлять дрожать  
 estropear портить  
 estupefacto изумленный, ошеломленный  
 estupendo поразительный, необычайный  
 estupidez *f* глупость  
 eterno вечный  
 evitar избегать  
 exactitud *f* точность, верность  
 exacto точный  
 exagerar преувеличивать  
 exasperarse раздражаться  
 excelente превосходный  
 excepción: a ~ de за исключением

exclamar восклицать  
 excluir исключать, изгонять  
 exclusivo исключительный  
 excusarse извиняться  
 expectante выжидательный  
 experimentar испытывать  
 expresión *f* выражение  
 extender разбрасывать  
 extrañarse удивляться  
 extremo *m* конец, предел, край

## F

facción *f pl* черты лица  
 fachada *f* фасад  
 faena *f* работа, дело  
 faja *f* пояс; эд. повязка  
 falso ложный  
 fallar неожиданно сломаться; неудаться (о планах)  
 fama *f* слава  
 farol *m* фонарь  
 fastidiar надоедать, утомлять  
 fastidioso противный, докучливый, надоедливый  
 fatiga *f* усталость  
 favorecer благоприятствовать, помогать  
 fe *f* вера; mala ~ неискренность  
 fiar верить, доверять; ~ se полагаться  
 fiero свирепый  
 figurante *m* статист  
 figurarse воображать, представлять себе  
 fijarse обращать внимание; внимательно смотреть  
 fijo пристальный; устойчивый, постоянный  
 fineza *f* знак внимания, тонкость  
 fino тонкий, изящный  
 firme твердый, крепкий  
 flacucho худой, тощий  
 flema *f* невозмутимость, хладнокровие  
 flequillo *m* челка  
 flojo ленивый, небрежный  
 florero *m* ваза для цветов  
 flotar держаться на поверхности, плавать; носиться, развеваться  
 fogón *m* кухонная плита  
 folio *m* лист (бумаги)  
 fondo *m* глубина  
 formal серьезный  
 foso *m* ров; ~ de la orquesta оркестровая яма  
 fracasar терпеть неудачу

frente *f* лоб  
 freno *m* тормоз  
 fresquera *f* холодильник  
 frivolo легкомысленный, ветреный  
 fuego *m* огонь  
 fuente *f* фонтан, источник  
 fugaz беглый, мимолетный  
 fulminante молниеносный  
 función *f* празднество, представление  
 fundirse сливаться, соединяться

## G

gabán *m* пальто  
 gabardina *f* плащ  
 gafas *f pl* очки  
 galardonar награждать  
 galonear обшивать тесьмой  
 gallina *f* курица  
 ganado *m* скот  
 ganar зарабатывать; выигрывать  
 garganta *f* горло  
 gaseosa *f* газированный напиток  
 gasto *m* расход, трата  
 gaviota *f* чайка  
 generación *f* поколение  
 género *m* жанр  
 genio *m* характер  
 gestar перен. зарождаться  
 gestionar хлопотать, предпринимать какие-то шаги  
 gesto *m* выражение лица; жест  
 girar вертеться, вращаться  
 glorieta *f* беседка  
 glotón *m* прожорливый, жадный  
 golpe *m* удар  
 gordo толстый  
 gorra *f* шапка, кепка  
 gota *f* капля  
 goterón *m* крупная капля  
 gozar (de) наслаждаться, радоваться  
 gozoso радостный, приятный  
 gracia *f* прелесть; любезность; привлекательность, остроумие  
 gracioso смешной, забавный  
 grada *f* ступенька  
 gradual постепенный  
 gráfico наглядный, образный  
 grasa *f* жир  
 grasoiento жирный, соленый  
 gratificación *f* награда, вознаграждение  
 grifo *m* кран  
 grillo *m* сверчок  
 gritar кричать  
 grueso толстый

gruñir ворчать, роптать  
 gualdo желтый  
 guante *m* перчатка  
 guardar беречь, убирать куда-л.  
 guardia *m* караульный, дежурный  
 guarecerse укрываться  
 guerrera *f* китель, мундир  
 guía *f* справочник  
 gusano *m* червяк, гусеница

## H

hallar находить  
 hallazgo *m* находка  
 harapo *m pl* лохмотья, рвань  
 hartarse (de + inf) надоедать (что-л. делать)  
 haz *m* сноп  
 hecho *m* факт  
 herido раненый  
 herir ранить  
 hierro *m* железо  
 hilo *m* пряма. перен. нить; провод, шнур  
 hilvanar намечать, проектировать  
 hinchá *m, f* болевщик  
 hipocresía *f* лицемерие, ханжество  
 hoja *f* лист  
 hojear перелистывать  
 hombro *m* плечо  
 hombruno мужской  
 homicidio *m* убийство  
 hondo глубокий  
 horchata *f* оршад (напиток)  
 hornillo *m* конфорка  
 horrible ужасный  
 horripilante устрашающий, ужасающий  
 horror *m* ужас  
 horrorizar ужасать  
 hospedarse располагаться, останавливаться где-л.  
 hostile враждебный  
 huella *f* след  
 huerta, -o огород, плодовый сад  
 huesantonо костлявый  
 huésped *m* гость  
 huido шустрый  
 huir бежать, убежать  
 hule *m* прорезиненная ткань  
 húmedo влажный  
 humilde скромный  
 humo *m* дым, испарение

## I

ignorancia *f* невежество, незнание  
 ignorar не знать



*imagen* *f* образ, изображение  
*imaginar* воображать  
*impaciencia* *f* нетерпение  
*impacientarse* терять терпение  
*impaciente* нетерпеливый  
*impermeable* *m* непромокаемый плащ  
*importar* быть важным  
*importuno* надоедливый, назойливый  
*imprescindible* крайне необходимый, насущный  
*impresión* *f* впечатление  
*impresionar* производить впечатление  
*impreso* напечатанный  
*inaugurar* открывать  
*inaplazable* неотложный, безотлагательный  
*incapacidad* *f* неспособность  
*incesante* непрекращающийся, беспрерывный  
*incipiente* начинающий  
*incisivo* резкий  
*inclinarse* наклоняться  
*incluir* включать  
*incluso* даже  
*incomprensible* непонятный  
*inconcebible* непонятный, непостижимый  
*incrédulo* недоверчивый  
*increíble* невероятный, немислимый  
*índice* *m* указательный палец  
*inesperado* неожиданный  
*infelicidad* *f* несчастье  
*inflexible* непреклонный  
*ingenio* *m* одаренность, ум  
*ingenuo* наивный, простодушный  
*ingreso* *m* денежное поступление, доход  
*iniciar* начинать  
*injusticia* *f* несправедливость  
*inmediato* немедленный  
*inmóvil* неподвижный  
*inocente* невинный, наивный  
*inofensivo* безобидный  
*inquietante* волнующий  
*inquieto* беспокойный, тревожный  
*insalvable* *zd.* непреодолимый  
*insecto* *m* насекомое  
*insinuante* намекающий, лживый  
*insinuar* намекать  
*insistir* настаивать  
*insolentarse* становиться дерзким, наглым  
*insólito* необычный, небывалый  
*instalarse* устраиваться, помещаться  
*instante* *m* миг, мгновение  
*insultante* оскорбительный

*intención* *f* намерение  
*intenso* напряженный, сильный  
*intentar* пытаться, намереваться  
*interlocutor* *m* собеседник  
*interrumpir* прерывать  
*intervenir* вмешиваться  
*inutilidad* *f* бесполезность  
*inventar* изобретать, выдумывать  
*inventiva* *f* изобретательность  
*investigar* расследовать  
*invisible* невидимый  
*ira* *f* гнев, ярость  
*irascible* раздражительный  
*irritación* *f* раздражение  
*irritante* раздражающий  
*irritarse* раздражаться, сердиться

## J

*jadeo* *m* одышка  
*jamás* никогда  
*jardinera* *f* ящик для цветов  
*jergón* *m* тюфяк  
*jornada* *f* день, рабочий день  
*juez* *m* судья  
*junta* *f* собрание, заседание  
*jurar* клясться  
*justificarse* оправдываться  
*justo* точный; как раз; впритык  
 *juzgar* судить

## L

*lado* *m* сторона  
*lágrima* *f* слеза  
*lamentable* прискорбный, досадный  
*lámpara* *f* лампа, светильник  
*lance* *m* прием тореро  
*lanzar* бросать  
*lastre* *m* балласт, *zd.* груз  
*latente* скрытый  
*legítimo* законный  
*legua* *f* лига (*мера длины*)  
*lentes* *m pl* очки  
*lento* медленный  
*leve* легкий  
*liar* сворачивать, связывать  
*licenciar* увольнять  
*lidia* *f* бой быков  
*lila* *f* сирень  
*limitarse* (*a + inf.*) ограничиваться  
*límite* *m* предел  
*lívido* мертвенно-бледный  
*local* *m* место; *adj* местный  
*locura* *f* безумие  
*locutor* *m* диктор  
*locutorio* *m* комната записи (*на студиях*)

*luciente* светящийся  
*lucir* блистать, отличаться  
*lumbre* *f* пламя, огонь, сияние  
*luminoso* яркий, светящийся  
*luto* *m* траур  
*luz* *f* свет

## Li

*Lanto* *m* плач  
*llave* *f* ключ  
*llenar* заполнять  
*lleno* полный

## M

*madera* *f* древесина; *de ~* деревянный  
*madrastra* *f* мачеха  
*madreselva* *f* жимолость  
*madrugada* *f* рассвет, раннее утро  
*madrugar* вставать рано  
*majadería* *f* глупость, назойливость  
*majadero* *m* глупый, назойливый  
*majo* нарядный, франтоватый  
*maldito* проклятый, злополучный  
*malgastar* расточать  
*malta* *f* сорт пива  
*malva* *f* мальва  
*manada* *f* стадо, стая  
*mandar* командовать, приказывать; посылать  
*manga* *f* рукав  
*manejo* *m* горсть, пучок  
*manso* кроткий, мягкий, спокойный  
*mantener* содержать, поддерживать  
*mantón* *m* большой платок, плащ  
*maravillar* изумлять, восхищать  
*marcar* отмечать; набирать (*номер телефона*)  
*marco* *m* рама; кайма  
*mareja* *f* прилив и отлив (*моря*)  
*mariposa* *f* бабочка  
*mariposear* порхать  
*mas* *no*  
*mascular* невятно говорить, шамкать  
*masticar* жевать  
*matar* убивать  
*matiz* *f* оттенок  
*mecano* *m* конструктор (*игрушка*)  
*mecanógrafa* *f* машинистка  
*mecerse* качаться  
*medida* *f* мерка, мерило  
*medido* умеренный, сдержанный  
*medio* *m* средство  
*meditación* *f* размышление  
*meditar* думать

*mejilla* *f* щека  
*memoria* *f* память  
*mencionar* упоминать  
*mensaje* *m* послание, поручение  
*mental* мысленный  
*mente* *f* ум, намерение  
*mentir* лгать  
*mentira* *f* ложь  
*mercancia* *f* товар  
*merecer* заслуживать, добиваться; быть достойным  
*merendar* немного поесть, перекусить, полдничать  
*merienda* *f* легкий завтрак, полдник  
*mérito* *m* заслуга, достоинство  
*mesurado* осторожный  
*mezclar* мешать  
*milagro* *m* чудо  
*mirador* *m* застекленный балкон  
*mirlo* *m* дрозд  
*mirón* глазющий, любопытный  
*misterioso* загадочный  
*mitad* *f* половина  
*modales* *m pl* манеры  
*moderación* *f* умеренность, сдержанность  
*modestia* *f* скромность  
*moño* *m* плесень  
*molestar* беспокоить  
*molesto* утомительный, надоедливый, обеспокоенный  
*monda* *f* очистка (*от кожицы*), шелуха  
*mono* нарядный, хорошенький; *m* обезьяна  
*monstruoso* чудовищный  
*montar* садиться (*в машину*)  
*mordedura* *f* укус  
*mordisquear* покусывать, пощипывать зубами  
*mosca* *f* муха  
*mover* двигать, качать  
*movimiento* *m* движение  
*mudar* менять; *~ se* переезжать  
*mudo* немой  
*mueca* *f* гримаса  
*muelle* *m* пристань  
*muerte* *f* смерть  
*muleta* *f* мулета  
*multicopista* *f* ротопринт  
*mullo* мягкий  
*muñeca* *f* запястье; кукла  
*murmurar* бормотать  
*muro* *m* стена  
*musgoso* мшистый  
*muslo* *m* ляжка  
*mutuo* взаимный



## N

nadar плавать  
nariz *f* нос  
narración рассказ  
náufrago *m* утопающий  
Navidad *f* рождество  
negar отрицать  
negocio *m* дело, бизнес  
nítido чистый, ясный  
notar замечать  
notario *m* нотариус  
novela: ~ policíaca детективный роман  
noviazgo *m* помолвка, сватовство  
novio *m* жених  
nube *f* туча, облако  
nuca *f* затылок

## O

obedecer подчиняться  
objeto *m* предмет  
obligación *f* обязанность, долг  
obligar заставлять  
obrar действовать  
observar рассматривать, наблюдать  
obtener получать  
ocasión *f* случай  
ocio *m* досуг, свободное время  
ocioso досужий, праздный  
ocultar скрывать, прятать  
odiar ненавидеть  
ofenderse обижаться, оскорбляться  
ofensiva *f* наступление  
oficio *m* письменное сообщение служебного характера  
ofuscar слепить, помрачить (зрение)  
ojalá хоть бы  
ojeada *f* взгляд  
oleada *f* волна  
oler пахнуть  
olor запах  
omitir пропускать  
opaco мутный, мрачный  
operar действовать, происходить; оперировать  
operario рабочий, ремесленник  
oponer возражать  
oportunidad *f* удобный случай  
oposición *f* конкурс (на замещение вакантной должности)  
opuesto противоположный  
ordenar приказывать, приводить в порядок  
orgulloso гордый  
oscuridad *f* темнота

## P

paciencia *f* терпение  
paganizar превращать в неверующего  
paisano: de ~ штатский, гражданский (об одежде)  
paja *f* солома  
pájaro *m* птица  
palco *m* театр. ложа  
palo *m* палка  
papa *f* вельвет  
pañuelo *m* платок, носовой платок  
parada *f* остановка  
paraguas *m* зонт  
parar останавливаться  
parecer казаться; ~ se (а) быть похожим  
parsimonia *f* бережливость, осторожность  
particular частный; en ~ в особенности, в частности  
pasajero проходящий, мимоletный  
pase *m* пас, передача (в игре)  
pasión *f* страсть  
paso *m* шаг  
pasodoble *m* пасадобль  
patada *f* удар ногой  
paternal отеческий  
patio *m* двор; ~ de butacas партер  
pecado *m* грех  
pecho *m* грудь  
pedazo *m* кусок, часть  
pegar бить, соприкасаться  
peligro *m* опасность  
pelo *m* волосы; ворс  
pelota *f* мяч  
peludo волосатый, косматый  
pena *f* боль, страдание  
penoso тягостный, трудный  
penumbra *f* полутьма  
peón *m* помощник тореадора  
perder терять; проигрывать  
pereza *f* лень, медлительность  
pérfido коварный  
permanecer оставаться, быть  
perplejidad *f* смущение  
perplejo смущенный, растерянный  
petra *f* монета  
perseguir преследовать  
persiana *f* штора, жалюзи  
pertenecer принадлежать  
pesadilla *f* страшный сон, кошмар  
pesar: a ~ de несмотря на  
pesca *f* рыбная ловля  
pescadero *m* рыботорговец  
pescador *m* рыбак  
pescar ловить рыбу

pesquero рыболовный  
pez *m* рыба  
picante острый  
picar колоть, рубить, кусать; клевать; припекать  
pícaro хитрый, плутоватый  
pico *m* клюв  
picotear клевать  
piedad *f* сочувствие, сожаление  
piedra *f* камень  
piel *f* кожа  
pierna *f* нога  
pieza *f* шахматная фигура; ~ de museo музейный экспонат  
pinar *m* сосновый лес  
pintoresco красочный, живописный  
pisar ступать, наступать  
pista *f* след; seguir la ~ преследовать, подстергать  
pitar свистеть  
pito *m* свисток  
planta *f* растение  
plato *m* тарелка, блюдо  
plató *m* съемочная площадка  
plaza *f* место, должность  
plegar складывать  
pleno полный  
pliegue *m* складка, морщина  
plumaje *m* оперение  
poblado густой  
portero *m* привратник, вратарь  
portezuela *f* дверца  
porvenir *m* будущее  
posar ставить, класть  
poseer владеть  
postura *f* положение  
precaución *f* осторожность  
preceder опережать, предшествовать  
precioso красивый, прекрасный  
precipitado неосмотрительный, опрометчивый  
preciso необходимый, определенный  
precocidad *f* скороспелость  
prenda *f* часть одежды  
prender зажигать  
preocupación *f* озабоченность  
preocuparse волноваться  
presa *f* плотина, дамба  
presionar давить, нажимать, оказывать давление  
presumir чваниться  
presuroso поспешный, торопливый  
pretender претендовать, стремиться, утверждать  
pretexo *m* повод  
prever предвидеть  
previsor предвидящий

probar пробовать; ~ доказывать  
procedimiento *m* способ  
procurar стремиться  
proeza *f* смелый поступок, подвиг  
prolongar продлевать  
prometer обещать  
propicio расположенный, подходящий  
propiedad *f* собственность  
propina *f* чаевые  
proporcionar давать, предоставлять  
prosperar процветать  
provisional временный  
provocar вызывать  
proximidad *f* близость  
prueba *f* проба  
publicidad *f* реклама  
puente *m* мост  
puesto *m* должность; ~ que принимая во внимание  
pulgada *f* дюйм  
pulsar трогать  
pulsera *f* браслет  
punta *f* кончик  
puntazo *m* укол рогом  
puntualizar уточнять  
punzada *f* укол  
puñado *m* горстка  
puñetazo *m* удар кулаком  
puño *m* кулак  
puro чистый; *m* сигара

## Q

quedar (en) договариваться, условливаться  
queja *f* жалоба  
quejarse жаловаться  
quieto спокойный  
quitar отнимать, убирать, лишать (жизни)  
quizá(s) возможно

## R

rabia *f* бешенство, ярость  
rabiarse беситься, неистовствовать  
rabioso неистовый, бешеный  
radiante сияющий, радостный  
raíl *m* рельс  
rama *f* ветка  
rapidez *f* быстрота, скорость  
raro странный, редкий  
raya *f* черта, линия, полоса  
razón *f* основание, причина  
razonar рассуждать  
reanudar возобновлять



receptor *m* приемник  
 receta *f* рецепт  
 recibidor *m* гостиная  
 recién недавно, только что  
 reciente недавний, близкий, свежий  
 reclamar требовать обратно  
 reclinar наклонять  
 recodo *m* изгиб, излучина (*реки*)  
 reconcentrarse задумываться, сосредотачиваться  
 reconocer признавать, узнавать  
 recorte *m* вырезка (*газетная и т. п.*)  
 rectificar поправлять  
 recto прямой  
 recuperar возмещать, возвращать  
 rechazar отвергать, *перен.* оттолкнуть  
 red *f* сетка, сеть; *перен.* ловушка  
 redondo круглый  
 reemplazar замещать, заменять  
 referirse (*a*) иметь в виду, ссылаться  
 reflejar отражать  
 reflexión *f* размышление  
 refregón *m* след от трения (*от паде-ния*)  
 regar поливать  
 regordete толстый  
 reír смеяться  
 relación *f* : *con* ~ *a* относительно  
 relacionarse иметь отношение  
 relucir блестеть, отражаться  
 remate *m* конец, заключение  
 remedio *m* выход, средство  
 remontarse *зд.* возвращаться к чему-л.  
 remordimiento *m* угрызение совести  
 remover двигать  
 rencor *m* злоба  
 rendirse утомляться, сдаваться  
 repartir делить, распределить  
 repentino внезапный  
 repleto переполненный, битком набитый  
 reponerse поправляться  
 reproche *m* упрек  
 resbalar скользить  
 resignarse покоряться, смириться  
 resistir сопротивляться, терпеть, переносить  
 resollar сопеть, тяжело дышать  
 resoplido сопение, фырканье  
 respaldo *m* спинка (*стула и т. п.*)  
 respirar дышать  
 resplandor блеск, яркий свет  
 resto *m* остаток  
 resuelto решительный  
 resumir подводить итог  
 retener задерживать  
 retirar удалять, уводить; ~ *se* уходить

reto *m* угроза; вызов на дуэль  
 retrasar опаздывать, отставать (*о ча-сах*)  
 retrete *m* туалет, уборная  
 retroceder отступать, отходить  
 revelar проявлять  
 revoltar летать, порхать  
 ridículo смешной  
 riesgo *m* риск  
 rincón *m* угол (*внутренний*)  
 risa *f* смех  
 rival *m* соперник  
 robar красть  
 robo *m* кража  
 roca *f* скала, каменный утес  
 roce *m* шелест; трение  
 robusto сильный, крепкий  
 rodar снимать (*кинокартину*)  
 rodear окружать  
 rodilla *f* колено  
 rollo *m* *зд.* длинный, бесконечный рассказ  
 romper порвать  
 rostro *m* лицо  
 roto рванный, ободранный  
 rótulo этикетка, афиша  
 rotundo категорический  
 rozagante напыщенный, надменный  
 rozar слегка прикасаться  
 ruborizarse краснеть, смущаться  
 rudo грубый, тупой; тяжелый  
 ruedo *m* круг, арена  
 rumor *m* шум  
 rusticidad *f* грубость, неотесанность

# S

sábana *f* простыня  
 sacar вбрасывать (*мяч*)  
 sacrificio *m* жертва, самопожертвование  
 sacudir трясти  
 salado соленый  
 salpicar обрызгивать  
 saltar прыгать  
 salvar спасать  
 sangrar кровоточить, истекал кровью  
 sanguíneo сангвиник  
 sano здоровый  
 santo святой  
 sastre *m* портной  
 satisfecho довольный  
 secar сушить, вытирать  
 seda *f* шелк  
 seguridad *f* безопасность, уверенность  
 seguro *m* страховой полис

sendero *m* тропа  
 sensación *f* ощущение, впечатление  
 sensibilidad *f* чувствительность  
 sentido рассудительный, положительный  
 sentido *m* смысл, значение  
 sentimiento *m* чувство  
 señal *f* знак  
 señalar указывать  
 seto *m* изгородь, забор  
 severo суровый, строгий  
 sien *f* висок  
 siesta *f* полуденный отдых  
 significar обозначать  
 silbar свистеть  
 silbato *m* свисток  
 silencio *m* тишина, молчание  
 sincero откровенный, искренний  
 sino *a*  
 siquiera даже; *ni* ~ даже не  
 sobresaltarse испугаться, вздрогнуть  
 sobresalto *m* внезапный испуг, страх  
 socarrón хитрый, лукавый  
 sofocar вызывать удушье  
 solar *m* съемки на натуре  
 soledad *f* одиночество, глушь  
 sólido твердый, прочный, надежный  
 solitario пустынный, одинокий  
 soltar выпускать, освобождаться от чего-л.  
 solución *f* решение  
 sombra *f* тень  
 sombrear затенять  
 somnífero снотворное средство  
 son *m* сон (*негритянская песня и та-нея*); звук, звон  
 sonámbulo заспанный  
 sondear зондировать  
 sonreír улыбаться  
 sonrisa *f* улыбка  
 sonrojarse краснеть  
 soñoliento сонливый, заспанный  
 soplar дуть (*о ветре*)  
 sorber пить прихлебывая  
 sorprender заставить врасплох, удивлять  
 sorpresa *f* сюрприз  
 sospechar подозревать  
 suave мягкий, слабый, приятный  
 suavidad *f* мягкость  
 súbito внезапный  
 subsidio *m* пособие  
 suceder происходить  
 sucio грязный  
 sudar потеть  
 sudor *m* пот

sueño *m* пол, земля  
 sueño сон, мечта  
 suficiente достаточный  
 sufrimiento *m* страдание  
 sufrir терпеть, выносить, страдать  
 sugestivo внушающий определенные мысли  
 suicidarse покончить с собой  
 superfluo излишний, ненужный  
 suplicante умоляющий  
 suplicar умолять  
 suponer предполагать  
 suposición *f* предположение  
 surgir появляться, возникать  
 suspenso удивленный, изумленный  
 suspicaz подозрительный, недоверчивый  
 suspirar вздыхать  
 susurrar шептать

# T

tablero *m* шахматная доска  
 tacaneo стук каблучков  
 taleguilla *f* короткие штаны тореро  
 tamaño размер  
 tamarindazo *m* удар в тамариндовое дерево  
 tamarindo *m* тамариндовое дерево  
 tambalearse качаться, шататься  
 tanda *f* вереница, масса  
 tapar закрывать  
 tapicería *f* *зд.* ковры  
 taquígrafo *m* стенограф  
 tatarabuela *f* прапрабабушка  
 tejado *m* крыша  
 tejido *m* ткань  
 telón *m* занавес  
 temblar дрожать, трепетать  
 temblor *m* дрожь  
 temor *m* боязнь, страх  
 templar смягчать, умерять  
 temporada *f* период времени, сезон  
 tenaz упорный, настойчивый  
 tender проводить, протягивать  
 tendido *m* ближайшие к арене ряды  
 tentar шутить  
 ternura *f* нежность  
 terrible ужасный  
 terroso землистый, глинобитный  
 tertulia *f* компания, вечеринка  
 tesón *m* упорство, твердость  
 tesoro *m* сокровище  
 tez *f* цвет кожи  
 tijeras *f pl* ножницы  
 tilo *m* липа



timidez робость  
timido застенчивый, робкий  
tirar бросать; привлекать, притягивать  
tiritar дрожать  
tiro *m* бросок, выстрел  
tocador *m* туалетный стол  
tocar трогать, ощупывать; выпасть на долю; свистеть  
toldo *m* парусиновый навес, тент  
tolerar терпеть, выносить  
tonificante тонизирующий, бодрящий  
tontería *f* глупость  
tonto *m* дурак, глупый  
torear участвовать в бое быков  
tormenta *f* буря; шторм  
toro *m* бык; corrida de ~ s бой быков  
torpe неловкий, неуклюжий; тупой  
torrente *m* поток  
tortura *f* пытка, мука  
toset кашлять  
tráfico *m* движение  
tragar глотать  
tranquilizar успокаивать  
tranquilo спокойный  
transcurso *m* течение времени  
transformación *f* изменение, перемена  
transición *f* переход  
transigir уступать, соглашаться  
traqueteo *m* шум, стук  
trascendencia *f* важность, значительность  
traslucirse угадываться, проглядываться  
tremendo ужасный; разг. громадный  
trenza *f* коса (из волос)  
tresillo *m* ломбер (карточная игра)  
triste грустный  
tristeza *f* грусть  
tronco *m* ствол дерева  
tropezar спотыкаться, наталкиваться на что-л.  
trota идти рысью, бежать  
tubo *m* зд.: пузырек  
tunda *f* взбучка, побор  
turbar ошеломлять, смущать  
turbio смутный, беспокойный; мутный  
turno *m* смена

## U

úlcera *f* язва  
uncir захомутать; зд. приковать  
urgente срочный

## V

vacar *f* корова  
vaciar освобождать, опорожнять  
vacilación *f* колебание  
vacilante нерешительный, колеблющийся  
vacilar колебаться  
vacio пустой  
vagar бродить, слоняться  
vago неясный, неопределенный; бездельник, лентяй  
vaivén *m* качание, движение  
valer стоить, представлять ценность  
vapor *m* пар, испарение  
vareta *f* палочка  
variar менять, разнообразить  
vasar посудная полка  
vecino *m* сосед  
vehemencia *f* пылкость, горячность  
vela *f* свеча  
velocidad *f* быстрота, скорость  
veneno *m* яд  
venta *f* продажа  
ventanal *m* большое окно  
veraneo *m* летний отдых  
vergüenza *f* стыд  
vez : tal ~ возможно  
víctima *f* жертва  
vientre *m* живот  
vigoroso сильный, бодрый  
vileza *f* низость, подлость  
visera *f* козырек  
vispera *f* канун  
vista *f* зрение, взгляд  
vocación *f* призвание  
vocerar кричать, орать  
volar летать  
volcar опрокидывать, переворачивать; бросать  
voluntad *f* воля  
volverse поворачиваться  
vulgar простой, избитый  
vulgo *m* простой народ

## Z

zafarse (de) прятаться, спрятаться  
zagal *m* мальчик; юноша ~ la *f* девочка; девушка  
zambullirse нырять  
zancudo длинноногий  
zapatazo *m* удар ногой, башмаком  
zapatilla *f* домашняя туфля  
zapato *m* обувь  
zarandear перен. расшевелить, рас-  
трясти  
zarzuela *f* сарсуэла (вид испанской оперетты)

## INDICE

От составителей . . . . .	3
Francisco García Pavón	
La miss . . . . .	4
El partido de fútbol . . . . .	6
Comida en Madrid . . . . .	9
Dolores Medio	
Injusticia . . . . .	11
Concha Lagos	
Una hora de vida . . . . .	15
La lámpara . . . . .	17
Ana María Matute	
Envidia . . . . .	19
Jesús Fernández Santos	
La vocación . . . . .	21
El doble . . . . .	26
Carmen Martín Gaité	
Un día de libertad . . . . .	32
Carmen Laforet	
El veraneo . . . . .	37
Alvaro de Laiglesia	
Un golpe de teléfono . . . . .	44
Vamos a pescar Manolos . . . . .	58
Ignacio Aldecoa	
La despedida . . . . .	67
Comentarios . . . . .	71
Vocabulario . . . . .	80



25 коп.



VYSSŠAJA ŠKOLA  
MOSCŪ · 1989

P 244

*uras fáciles*

# Golpe de teléfono



рассказы  
современных  
испанских писателей